

Patricia Alcantud Obregón

Desde la otra Orilla



Patricia Alcantud Obregón

Desde la otra Orilla



DESDE LA OTRA ORILLA

Patricia Alcantud Obregón

Sinopsis

¿Hasta dónde llegarías por amor? ¿Y por desamor? ¿Cuál es el límite que indica que ha llegado el momento de decir adiós?

Todo eso se pregunta Irene, sin poder encontrar las respuestas. Ella, una chica joven como cualquier otra, vive sumida en una rutina que, poco a poco, está acabando con su ilusión. A pesar de llevar años viviendo con su pareja, no consigue sentir esa palabra que muchos llaman *felicidad*.

Ella es consciente de que el refrán que tantas veces ha escuchado: “No hay mayor soledad que la que se siente aun teniendo compañía”, es cierto; por eso sabe que ha llegado el momento de dar un giro a su vida y romper con todo lo que conocía hasta entonces.

Irene se siente sola, incompleta y perdida en este mundo que no se detiene nunca... hasta que conoce a Dani. Por destino o por casualidad, este chico moreno de ojos oscuros llega a su vida justo cuando más lo necesita. Así, sin esperarlo, casi sin darse cuenta, se va enamorando como nunca antes lo había hecho. Pero... siempre hay un *pero*; y esta vez ese *pero* es que a Dani y a ella los separan muchos kilómetros de distancia.

¿Podrá su amor salvar esa barrera? ¿Es conveniente abandonar el pasado y lanzarse a vivir un futuro incierto? ¿Será capaz de dejar todo atrás y arriesgarse a vivir el verdadero amor, por mucho que este duela?

Eso... solo lo descubrirás leyendo esta historia.

DESDE LA OTRA ORILLA

©Patricia Alcantud Obregón, 2018

©Todos los derechos reservados

Diseño de portada: Sol Taylor

Maquetación: Fran M. R. Marín

No se permite la reproducción, total o parcial, de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los personajes y acontecimientos son ficticios. Cualquier parecido con personas reales es mera coincidencia.

**No estamos tan lejos,
los dos vemos la misma luna...**

Prólogo

Llega un momento en la vida en el que, en medio de todo el ajetreo de las responsabilidades diarias y la rutina, te paras a pensar y te das cuenta de todo el tiempo que ha pasado desde que llegaste al mundo.

Hay recuerdos que permanecen intactos y otros que, por insignificantes o por lejanos, se han borrado de tu mente. Los días pasan rápido, juntando semanas y,

a su vez, meses. Y, de pronto, has dejado de ser un bebé adorable, una niña traviesa, una adolescente complicada y... ahora se supone que eres una mujer. O

deberías serlo, al menos.

En mi caso, mis veinticinco años me parecen la edad perfecta: ni muy inmadura ni demasiado mayor. Es la vida que he elegido la que no sé si es la adecuada. Miro a mi alrededor: tengo una casa bonita, la cual he adornado a

mi

antojo; cortinas, cuadros, figuras y libros en las estanterías del salón. Los muebles... ¡Cuánta ilusión me hizo el comprarlos! A pesar de haber conseguido

todo lo que anhelaba, me siento encerrada entre estas paredes celestes, de las cuales yo también escogí el color.

Capítulo 1. Rutina

Una noche más, en la misma cocina, a la misma hora de siempre... realizo

la misma tarea que el día anterior. Estoy preparando la cena cuando, como todos

los días a las 20:00, se escucha el sonido de las llaves de la puerta principal al abrirse.

—¡Hola, cariño! —me saluda Javier asomándose por la puerta de la cocina.

—Hola, Javi. ¿Qué tal tu día? —me intereso.

No obtengo respuesta ya que, casi al mismo tiempo que me saludaba, se ha

marchado al dormitorio; supongo que a quitarse la ropa del trabajo para después

darse una ducha. El caso es que ni siquiera me ha mirado. Reviso mi atuendo antes de proseguir con mi tarea de preparar la mesa: un pijama rosa de rayas blancas con el que me siento muy cómoda, las mismas zapatillas acolchadas de

andar por casa y la misma bata azul con la que tanto me gusta resguardarme del

frío. Está bien, lo acepto, no estoy en mi mejor momento de belleza; pero entre

Javier y yo hay confianza y se supone que puedo permitirme ya pasearme por mi

casa con la ropa con la que mejor me sienta. Cinco años de relación me dan el derecho a ello.

Javi entra e interrumpe mis pensamientos. Estaba tan absorta en ellos que no me he percatado de que el sonido del agua, al caer mientras se aseaba, ya había

cesado.

—¿Hay pan?

La misma pregunta, de cada comida y cada cena, mientras se sienta y acerca su plato de garbanzos. Afirmo con la cabeza, lo saco de la bolsa que tengo colgada detrás de la puerta y se lo ofrezco. Después yo también me dispongo a

cenar. Javier enciende la televisión pequeña, tal vez para romper el silencio incómodo que hay entre nosotros. El mismo canal, las mismas noticias...

Quisiera romper este momento tenso, pedirle que me cuente cómo le ha ido el día en su trabajo pero ya sé, de antemano, por dónde iría la conversación.

Trabajar en una fábrica haciendo ocho horas lo mismo no da mucho tema para

una charla.

Por mi parte, no tengo nada que contarle sobre mi día: la misma hora de despertar, el mismo café en soledad para desayunar, las mismas tareas del hogar

y las mismas conversaciones en el móvil con un par de amigas. De repente, tanta rutina me indigna. Aparto un poco mi plato, que apenas había

empezado.

—¿No tienes hambre? —me pregunta Javi sin quitar la mirada de la televisión.

Niego con la cabeza.

—Javi...

No me escucha, a pesar de estar tan cerca de mí; suelo tener que llamarlo varias veces para que se digne a prestarme atención.

—Javier... te estoy hablando.

Me mira.

—Dime.

—¿Tú todavía me quieres?

No sé por qué he soltado esta pregunta, me ha salido así, sin pensar demasiado. Tal vez debido a que llevo días planteándomelo, o quizá meses... y

no me he dado cuenta.

—Claro que te quiero. Ya lo sabes.

Pongo los ojos en blanco. Esperaba esa respuesta.

—No... no lo sé. Nunca me lo dices.

—No es necesario. Estoy contigo, ¿no? —me explica, mientras coge la última cuchara que queda de su cena.

—Eso no me basta. A veces hay que demostrarlo, ¿sabes?

Javier ahora me mira con más atención, fijamente, a los ojos.

—Y tú... ¿lo haces?

—¿El qué?

—Si tú lo demuestras. Manos que no dais, ¿qué esperáis?

Suspiro. Por un segundo, había pensado que me había devuelto la pregunta...

Que él también quería saber si todavía lo sigo queriendo y, la verdad, no habría

sabido qué responder a ello.

—Si te refieres a que no te doy tanto cariño como antes... lo reconozco. Pero soy así porque tú me has hecho de esta forma. Eres frío y seco conmigo, y no puedo ofrecerte más de mí si no tengo nada a cambio.

Javier resopla. Estira la mano para alcanzar de la mesa el paquete de tabaco y saca un cigarrillo. Se enciende uno.

—Ahora va a ser que yo tengo la culpa de todo. Pero, bueno, Irene... ¿Qué te pasa? ¿A qué viene todo esto? ¿Has tenido un mal día hoy y lo pagas conmigo?

—¡Todos los días son iguales, todos los días son malos! —De pronto la rabia ha comenzado a invadirme y no logro, ni quiero, controlarla—. ¿Cuánto hace que no tienes un detalle conmigo? ¿Dónde están esas palabras bonitas que me dedicabas cuando empezamos? Los mensajes... ni siquiera uno en toda la mañana para saludarme o darme los buenos días. Antes lo hacías. ¡Ahora ni siquiera respondes a los que yo te envío.

Javier no parece darse cuenta de mi enfado, o no quiere verlo.

—Irene, sabes que estoy muy ocupado en el trabajo. No puedo perder el tiempo dedicándome a mandarte mensajitos.

Meneo la cabeza de lado a lado con indignación.

—¡No se trata solo de eso! Cuando uno quiere, saca tiempo... cuando no, excusas. Pero hay más... ¿Cuántos besos nos damos al día? Puedo contarlos con

los dedos de una mano... y me sobran. Últimamente, solo me besas cuando llegas y cuando nos vamos a dormir, y apenas dura un par de segundos.

Abrazos... no recuerdo cuándo fue la última vez que nos abrazamos. ¡Por no hablar del sexo!

Javi apaga el cigarro en el cenicero y permanece en silencio. Sabe tan bien como yo que lo que estoy diciendo es cierto. Ya no existen las caricias, los mimos entre nosotros y el tema sexual es casi nulo. Siempre de la misma forma,

las mismas posturas, las mismas palabras... y con la misma frecuencia. Una o dos veces por mes, si llega. Lo miro interrogativamente y en vista de que no voy

a parar hasta obtener una explicación, se dispone a darme sus razones.

—Ya no somos niños. Me parece que estás exagerando mucho. Llevamos años juntos. —¡Ni siquiera recuerda cuántos!—. ¡No puedes pretender que todo

sea como al principio!

—¿Por qué no? —pregunto, un poco más calmada.

Es la primera vez que he sacado este tema a la luz y quiero, *necesito*, saber su manera de ver las cosas.

—Porque no tenemos quince años, Irene. Ya no somos unos adolescentes para pasarnos la vida con besitos y paseos de la mano. Hay cosas más

importantes en las que pensar y responsabilidades que cumplir cada día.

Suspiro de nuevo. La rabia ha dado paso a la tristeza, aunque la aguanto con entereza.

—¿En qué momento dejé de serlo?

Javier se encoge de hombros.

—¿Una adolescente? ¡Yo qué sé! Ya tienes veinticinco años, deberías pensar con más madurez.

No ha entendido mi pregunta.

—Importante para ti. ¿En qué momento dejé de ser importante en tu vida?

Se levanta de la silla y, antes de salir de la cocina, se da la vuelta y me mira.

—Me estás aburriendo. Cuando se te pase toda esta tontería que te ha entrado de repente, me avisas. Estaré en la cama. Estoy agotado.

No respondo, no digo nada. No tendría sentido. Permanezco sentada, con la vista fija en las baldosas blancas que tanto me esmero en limpiar. Ahora, ya a solas, cojo un cigarrillo y lo enciendo. Estoy en proceso de dejarlo, pero, de repente, me ha entrado una necesidad increíble de fumar uno. *Solo uno...*

Podría seguir a Javier hasta nuestro dormitorio, insistirle en continuar la

discusión que yo misma he empezado, pero no tengo ganas y no sacaría nada en

claro. Podría encerrarme en el baño y sentarme en la taza, dejar que tanta decepción acumulada se expresara en forma de llanto y dar rienda suelta a mis

sentimientos. Podría también, como tantas noches he hecho, acostarme a su lado

y, dándole la espalda, hacerme la dormida mientras las lágrimas descienden desde mis ojos; en silencio, con la esperanza de que no me escuche y, al, mismo

tiempo, que se dé cuenta de mi sufrimiento y actúe para remediarlo. El problema

es que todo eso no serviría de nada. Javier seguiría durmiendo ajeno a mis preocupaciones e indiferente a la rutina que, poco a poco, está acabando con esta

relación. El problema es que, en realidad, existe un problema más grande que todas estas quejas, del cual él aún no se ha dado cuenta. Y ese problema es que

ya no me quedan lágrimas. Que su desprecio, su falta de amor por mí... ya ni siquiera me duele.

Capítulo 2. Derrotada, resignada y sola

Cuando me despierto, Javier ya no está. Eso no es algo nuevo, puesto que todas las mañanas amezco sola. Él se levanta más temprano que yo para ir a

trabajar. Sin embargo, por alguna razón que desconozco, ahora su ausencia me afecta más. Estoy comenzando a cansarme de pasarme la vida sola, de tirarme las mañanas y las tardes deambulando por esta casa o buscando algún plan que

hacer para salir del aburrimiento; plan del que, obviamente, Javier no forma parte. Solo nos vemos en la hora de las comidas y las cenas, y ni siquiera estoy

segura de si eso puede contarse como vernos. Nuestras conversaciones cada día

son más limitadas, nuestras miradas más esquivas. Hay noches en las que, mientras me acuesto, me doy cuenta de que no nos hemos dirigido ni una sola palabra durante todo el día.

Pero eso tiene que cambiar. ¡Yo voy a encargarme de ello! Estamos entrando en una fase muy peligrosa. Es esa fase en la que solo hay dos opciones: echarle

agallas al asunto y enfrentar los problemas para tratar de solucionarlos antes de

que sea demasiado tarde o, simplemente, dejarlo pasar y esperar a que ese *demasiado tarde* llegue. Yo he decidido decantarme por la primera opción: voy a luchar por nuestro amor y voy a poner todo de mi parte para salvar nuestra relación. ¡Por lo menos que luego no se diga que no lo he intentado!

Así que así estoy, infundiéndome ánimos a mí misma para realizar lo que tengo en mente, mientras me doy un baño relajante y pienso en todo ello. Tras

más de media hora sumergida en agua caliente, me siento más decidida y preparada para poner en marcha mi plan. Con un buen humor que no suelo acostumbrar a tener últimamente, me planto frente al espejo de mi dormitorio y

comienzo a arreglarme. Mientras me maquillo, tarareo la canción que suena en la

radio y que llega a mis oídos desde el salón.

Déjame que vuelva a acariciar tu pelo.

Déjame que funda tu pecho en mi pecho.

Volveré a pintar de colores el cielo.

Haré que olvides de una vez el mundo entero...

Sí. Definitivamente, voy a hacerlo. Voy a recordarle a Javier por qué estamos juntos, voy a hacerle revivir los momentos que un día nos unieron. Voy a volver

a enamorarlo, aunque ni siquiera sé si en realidad ya no está enamorado. Tal vez

solo sean imaginaciones mías. Ya se sabe que las mujeres tendemos a ser un tanto obsesivas en cuanto a temas de amor se refiere...

De un modo o de otro, voy a poner fin a este martirio en el que, por lo menos yo, estoy viviendo. Cuando termino de arreglarme, me observo detenidamente.

Sonríó a mi reflejo y él me devuelve la sonrisa. Si con esto no consigo avivar la

chispa que parece haberse apagado entre mi novio y yo, me doy por vencida.

¡Hasta yo quisiera pasar una noche con la mujer que me mira desde el espejo!
Al

pensar eso, inevitablemente suelto una carcajada. Me siento feliz, supongo que verme tan guapa ayuda en gran parte a estarlo. Ahora solo queda esperar. En cualquier momento, el hombre con el que comparto casa y cama, aparecerá por

esa puerta y yo lo estaré esperando.

Una extraña agitación se enciende en mi interior. Mi estómago se revuelve y

las piernas me tiemblan un poco, creo que es por lo extraño que me resulta estar

haciendo todo esto. Así, envuelta en un manojito de nervios pero segura de mí misma, me dirijo al salón. Dejo la luz encendida, porque quiero que Javier tenga

una buena visión de mí en todo momento. Me siento en el sofá, vestida tan solo

con un camisón cortito y transparente... muy transparente. Por debajo, no llevo

nada; tan solo este cuerpo sensual que Dios me ha dado.

Sin embargo, la emoción que sentía se evapora más rápido de lo que me hubiese gustado. Los minutos pasan, y pasan, y siguen pasando; y creo que he escuchado ya por lo menos veinticinco canciones. A pesar de haber encendido la

calefacción, mi cuerpo comienza a temblar y no sé si es precisamente de frío.

Necesito un buen café para entrar en calor, así que voy a la cocina y me dispongo a prepararme uno. Me lo tomo despacio, saboreándolo a la vez que disfruto de un cigarro (ya sé que dije que *solo uno*, pero la ocasión requiere una excepción). Me daría tiempo para tomarme otro más, pero no quiero ponerme más cardíaca de lo que ya me encuentro. Miro de nuevo el reloj. Resoplo. Son

casi las 23:00 de la noche y Javi no da señales de vida. Bueno, *Javi* no, *Javier*; en estos momentos estoy demasiado cabreada como para llamarlo de forma

cariñosa.

En el preciso instante en el que mi paciencia está a punto de llegar a su límite, la cerradura de la puerta de casa gira y el ruido que emite al hacerlo llega a mis oídos. Cojo aire y lo suelto despacio por la boca, en un intento de

mantener la calma que hace rato me ha abandonado. De pronto, se me han pasado todas las

ganas de seducir a Javier como tenía pensado. Sin embargo, sigo vestida de esta

forma tan... íntima, y supongo que él querrá saber el motivo.

Para mi sorpresa, nada de lo que había esperado sucede. Javier no entra al salón a saludarme, tampoco para explicarme el motivo de su tardanza. Él puede

ser un hombre soso, demasiado indiferente a la hora de demostrar sus

sentimientos, pero no suele acostumbrar a ausentarse mucho de casa. Jamás llega

tan tarde. Imagino que es eso lo que me hace seguir sus pasos e ir a buscarlo a su habitación, a la habitación que ambos compartimos. Cuando abro la puerta, lo encuentro de espaldas a mí. Está agachado, parece que intentando quitarse los zapatos y, por un momento, me da la impresión de que se va a caer.

—Javier... —murmuro.

Nada de *c ariño*, ni de *mi amor*; simplemente Javier. Javier a secas, Javier sin ningún significado más allá del que tienen esas letras. Como no se inmuta, tengo

que volver a repetirlo, esta vez un poco más alto:

—¡Javier!

Entonces sí, se da la vuelta y me mira, aunque dudo mucho de que sus ojos

me estén viendo realmente. Tiene la mirada perdida y sus pupilas están más grandes de lo habitual. Instantáneamente y sin dignarme a preguntar, lo acuso señalándolo con la mano:

—¡Has estado bebiendo!

—Sí, un poco —masculla entre dientes.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estás borracho! ¡Has bebido! —sigo repitiendo como un disco rayado, como tratando, efectivamente, de creérmelo—. ¡No me esperaba esto de ti!

En ese momento, él clava su mirada en mis ojos y me suelta con dureza, casi con ironía:

—¿Y qué esperabas, Irene? ¿Preferías imaginarme trabajando todo el día?

¡Trabajo todo el maldito día, aunque tú a veces parezcas no enterarte de eso!

Contengo la respiración. Trago saliva. Me muerdo los labios para no gritar.

Hago todo lo necesario para no explotar y soltarle toda clase de cosas de las que, seguramente, me arrepienta mañana. Así que guardo silencio, mientras él no cesa

de observarme. Por unos instantes, tengo la ingenua esperanza de que se dé cuenta de la imagen que tiene ante sus ojos, de que vea lo que se está perdiendo

por su comportamiento inmaduro. Pero no, no lo hace. En su lugar, vuelve a darme la espalda y dice:

—Tengo sueño.

Voy a replicar, voy a demostrarle lo mucho que me disgusta su actitud, cuando él añade:

—No, Irene. Hoy no. Déjame en paz, te lo pido por favor.

La conversación termina y eso que apenas había comenzado. Perdiendo la

poca dignidad que me queda, me acerco hacia él y paso las manos por su espalda, por encima de su camiseta de trabajo. Se gira levemente, pero lo hace

solo para detener cualquier intento de acercamiento por mi parte. Su cabeza niega de lado a lado a la vez que lo hacen sus ojos claros, y, entonces, sin mediar más palabra, me aparto de su cuerpo. De pronto, es como si la poca distancia que

nos separa me quemara, me hiciera daño; porque, efectivamente, lo hace. Su compañía me hace daño. Hace tiempo que descubrí, aunque me hubiera gustado

no hacerlo, que no hay mayor soledad que la que se vive acompañado por otra

persona; una persona que, en realidad, no está. Una persona que ya no es parte

de tu vida, por más que siga compartiendo contigo partes de la misma.

Con la cabeza agachada como un animal herido, me apresuro a salir de la habitación, mientras rezo en mi interior por olvidar pronto este humillante momento. Por su parte, no me preocupo; seguro que, para mañana, cuando

despierte, no recordará nada y me alegro por ello. Vuelvo hacia el salón, pero esta vez no me siento en el sofá. Me planto frente a la ventana y, sin importarme

que alguien pueda verme desde fuera (aunque lo dudo por la hora que es), me asomo y miro hacia el exterior. Mientras, la música sigue sonando. No me había

acordado de apagar la radio, pues mi mente se ha quedado en blanco desde el mismo instante en que Javier ha entrado en casa... y ha pasado de largo. Ahora,

está empezando una canción de Melendi.

*Me cansé de echarle de menos,
durmiendo en la misma cama,
separados por el hielo.*

*De hacer la compra en la farmacia,
sonreírle a la desgracia
boxeando con los celos...*

La canto por lo bajo, mientras cojo el paquete de tabaco de la mesa del salón y vuelvo a mi lugar en la ventana. Elevo la mirada hacia el cielo, sin lágrimas.

Supongo que lo que siento en mi interior se trata de dolor, aunque no puedo estar

muy segura porque no soy capaz de derramar ni una sola lágrima. Ya no. Suspiro

hondo. Acabo de comprobar que a Javier no le importo lo más mínimo. Y, en el fondo, me siento más resignada que decepcionada. Me resigno, como me he resignado siempre; como llevo haciéndolo desde hace más de un año, quizá dos,

quizá tres. Quizá nunca hubo nada en realidad por lo que poder luchar. Tal vez

solo fue una atracción pasajera, que pasó a convertirse después en una relación,

pero en una relación disfrazada, donde no hay lugar para las demostraciones de

afecto ni para los planes de futuro en común.

Tras un largo rato, decido apagar la radio de una vez y tratar de descansar.

Mañana no tengo que madrugar si no quiero pero, aun así, estoy demasiado agotada ya por tantas emociones vividas. Totalmente derrotada, me tumbo en el

sofá y con la manta que siempre está ahí cubro mi cuerpo casi desnudo.

Derrotada, resignada... y sola.

Capítulo 3. Sin rumbo fijo

La luz que entra por el gran ventanal me despierta. Cuando lo hago, cuando abro los ojos, me cuesta un poco percatarme de dónde me encuentro. Es decir, sé

que estoy en el salón, reconocería cada estancia de mi casa incluso con los ojos

cerrados; lo que me cuesta es recordar por qué estoy acostada aquí y no en mi enorme cama de matrimonio. Rápidamente, las imágenes de la noche anterior acuden a mi cabeza y aunque desearía que desaparecieran tan rápido como han

venido, es inútil, no lo consigo.

Me incorporo despacio, al ritmo de mi estado pésimo de humor, voy a la cocina y preparo un café. Lo necesito. Intuyo que hoy no va a ser un buen día,

aunque, en verdad, ninguno lo es. No me apetece para nada quedarme sola compadeciéndome de mí misma y, de pronto, permanecer encerrada entre estas

paredes se me antoja insoportable. Me ahogo solo de pensarlo, así que me encamino hacia mi habitación. Esta, ¡cómo no!, se encuentra vacía. A pesar de ser sábado, Javier ha salido de casa antes de que yo me despertara. A veces, tiene que hacer horas extras también en días de descanso. O eso dice...

En el fondo,

ya no sé ni qué pensar, tampoco sé si quiero hacerlo.

Mientras trato de ahuyentar esos pensamientos, me desprendo, por fin, del finito y llamativo vestido con el que he pasado la noche; un vestido que, sin embargo, a Javier no le llamó nada la atención. En fin... Suspiro, y sigo con lo

que estaba haciendo. Abro el armario y allí, de entre un sinfín de prendas de todo tipo, acabo cogiendo un conjunto gris de pantalón estrecho y blusa a juego. Por

encima, tan solo me pongo una americana. Seguramente, hará bastante frío en la

calle; tiene que hacerlo, contando con que estamos todavía a finales de invierno,

pero eso no es impedimento para mí. Dentro de mi Mini Cooper, no hay frío que

valga la pena. Si hay algo de bueno en esta lamentable vida que tengo, eso es exactamente que no me privo de nada. Javier tiene un buen sueldo, y aparte de

ese ingreso mensual que aporta en casa, dispone de unas cuantas herencias de un

par de parientes cercanos: una tía soltera y sin hijos, sus abuelos paternos...

Cuando lo conocí, hace ya mucho tiempo, ya contaba con esos bienes, solo que

nunca se esmeró mucho en darles uso. Una de esas herencias es el piso donde ahora vivimos. Al poquito tiempo de empezar nuestro noviazgo (y con poco me

refiero a un par de semanas), nos mudamos a este lugar y, desde entonces,

hemos

tratado de que esa vieja casa que encontramos sucia y deshabitada, se convirtiera

poco a poco en un hogar; yo más que él. Me he esforzado día a día, cuidando y

manteniendo nuestro *nidito de amor* en condiciones. Es cierto que no he puesto

un solo euro en todo lo que ha costado el cambio que se ha producido en esta vivienda, pero igual de cierto es que me lo he currado. Todo lo que tengo, me lo

he ganado a pulso, con dedicación, con cariño. Además, él nunca me ha

permitido trabajar. Alguna vez se me pasó por la cabeza buscar un empleo, para

sentirme más útil y todas esas cosas, pero Javier me hizo olvidar esa idea rápidamente, argumentando que no era necesario, puesto que ya nos bastaba con

los casi 2.000 euros que él cobraba, más todo lo que tenía ahorrado.

Mi coche (que supongo que es mío, aunque yo tampoco lo haya comprado)

fue un regalo de uno de mis cumpleaños, ahora mismo no recuerdo cuál. La verdad es que me llevé una grata sorpresa cuando lo vi aparcado debajo de mi casa. En un principio, porque era exactamente el modelo de coche que yo quería

y en el color que me gustaba. Después, cuando Javier sacó las llaves que abrían

aquel tesoro del bolsillo de sus vaqueros y las puso en mis manos, creí que iba a

desmayarme. Me lancé a sus brazos y me puse a dar saltitos de la alegría, emocionada como una niña pequeña con su juguete nuevo. Javier sonreía,

todavía recuerdo cómo lo hacía, con esa sonrisa que ahora hace demasiado tiempo que no veo. Yo... ¡casi me lo como a besos! Me olvidé de la calle, me olvidé de la gente, me olvidé del mundo, incluso me olvidé en ese momento de

mi precioso Mini azul claro. Solo me concentré en el abrazo que Javi y yo nos

dábamos, en la manera cariñosa en la que nos besábamos... ¡Aix! ¡Acabo de llamarlo *Javi*! Meneo la cabeza de lado a lado frenéticamente, mientras me digo a mí misma que ya no es *Javi*, sino *Javier*. Y que, probablemente, así siga siendo siempre.

Salgo de casa, no sin antes envolver mi largo cabello en un moño de esos que

tanto me gusta, y colgarme mi bolso al hombro. Una vez en nuestro garaje privado, pierdo unos minutos más mirando a mi querido cochecito. No puedo evitar preguntarme si, acaso, eso tampoco me pertenece. Si es solo algo prestado,

como lo fue el amor de quien creí que me amaría toda la vida. Con un nudo en el

interior, me monto y, sin encender siquiera la música, arranco y salgo pitando de

allí.

Recorro las calles de Logroño sin rumbo fijo, rodeando rotondas y entrando

en otras, conduciendo casi por inercia, con la seguridad de quien se conoce a la

perfección cada parte de su ciudad. Sigo así durante un buen rato, no sé decir cuánto, hasta que comienzo a aburrirme de dar vueltas sin sentido y termino por

detenerme en una calle cualquiera, pero lejos de la mía. Eso es lo único que importa: ahora quiero estar lejos de casa, lejos de él, lejos de todo lo que me haga recordar lo que me ata a esa vida insustancial y vacía. Todavía sentada en el

asiento del conductor, enciendo un cigarrillo (¡Sí, ya sé! ¡Otro!), y mientras voy echando el humo y la ceniza por la ventana abierta, voy pensando en lo mucho

que me gustaría estar lejos de verdad. Sueño despierta y en esos sueños me permito verme a mí misma en un punto lejano de esta ciudad, donde nadie me conoce y puedo comenzar mi vida de cero. Por alguna razón, evocar esa imagen

no me hace sentir mal, sino todo lo contrario. Imaginarme lejos de Javier me alivia, me hace tener una sensación de paz inmensa. Creo que es esa misma razón la que me hace comprender que no es que algo ande mal, como pensaba,

sino que nada anda de ninguna manera. Que ya no hay nada, ni por su parte ni

por la mía. Si queda algo entre nosotros dos, es solo una especie de cariño, la confirmación de saber que hemos sido importantes el uno para el otro, durante algún momento de nuestra vida. Pero ya no, ya no lo somos. Y acabo de descubrirlo. De todas formas, no quiero pensarlo. Prefiero negar lo evidente, prefiero volver a ponerme esa venda con la que, sin duda alguna, he estado conviviendo.

De repente, todo me resulta demasiado pesado para llevarlo yo sola. Tengo que apoyarme en alguien antes de que pierda la fuerza de la que siempre tanto he

presumido. Pienso en llamar a mi madre, pero está lejos y no quiero preocuparla.

¡Bastante tuvo la mujer con la separación de mi padre! Eso pasó hace ya un

par

de años, pero mi pobre madre todavía no se ha recuperado del todo de la ruptura,

aunque se moriría antes de admitirlo.

Me planteo entonces la posibilidad de llamar a alguna amiga. En cuanto lo hago, tengo que encenderme otro cigarro. Hace mucho que no escucho, ni

pienso, en esa palabra: *amiga*. Bueno, en realidad, sí lo he hecho; suelo hablar a diario con unas cuantas, pero nuestras charlas no pasan de ser charlas banales, insustanciales. Puedo resumirlas a un par de frases: «Me falta fregar el suelo » o

«El vinagre es bueno para los cristales». *Amigas*, lo que se dice *amigas* de verdad, no sé si tengo alguna. Una vez escuché algo así como que las verdaderas

amistades se las puede contar con los dedos de una mano... bueno, pues a mí me

sobran dedos y manos.

De pronto, una extraña sensación de culpa se instala en mi pecho. Y lo hace

al recordar a una de esas amistades que fueron parte, y en cierto modo siguen siendo, de mi vida. *Nelia*. Ella fue una de las verdaderas, una de las grandes.

Siempre lo fue, desde que nos encontramos un día, en un tiempo que ahora me

parece tan lejano, en la barra de una discoteca. Nuestra manera de conocernos fue un tanto peculiar. Nada de presentaciones educadas, ni de encuentros en un

lugar de estudio o algo parecido. No, por aquel entonces yo no pensaba

demasiado en los estudios. Ahora... lo lamento. Terminé el instituto y pasé

de la idea de seguir adelante con un proyecto mejor de futuro para mí. A Nelia le pasó

lo mismo. Dos chicas jóvenes, dos chicas de tan solo dieciséis años, que no miraban más allá de sus ombligos ni pensaban en nada más que enseñarlos. Dos

adolescentes con muchos disparates en su cabeza, pero con muchas cosas en común. Y así lo comprobamos esa misma noche. Sentadas no demasiado lejos,

acompañadas solamente por un vaso de 43 con Coca-Cola, dejábamos pasar las

horas, mientras nuestras respectivas compañeras de fiesta se dedicaban a bailar

con los correspondientes novios de turno. Ni Nelia ni yo teníamos pareja por ese

entonces, tampoco es que nos importara demasiado. Éramos jóvenes, y como jóvenes, queríamos vivir, deseábamos disfrutar de la vida al máximo, mientras que se nos estuviera permitido. Con una simple sonrisa, una sonrisa compartida,

nuestros mundos se juntaron. Y así siguió siendo durante mucho tiempo. Tras esa noche, hubo muchas más; noches de risas, de borracheras y de lágrimas, noches de planes de futuro y de sueños truncados. Después, inevitablemente, llegó la calma. Y a mí me llegó antes que a ella.

Conocí a Javier, de una manera mucho más formal que a Nelia, en una

parada de autobús, en la que yo esperaba impaciente para regresar a casa. Se me

había hecho tarde, estaba con Nelia y con las demás amigas que en ese entonces

tenía, y era consciente de que me iba a caer una bien gorda cuando regresara

a

casa. Mi casa, la casa de mis padres, todavía. Él apareció, o mejor dicho su coche, cuando más lo necesitaba. Llegó casi como un ángel a mi vida, todo vestido de blanco, a juego con su Audi del mismo color. Se detuvo enfrente de

mí y se ofreció a acercarme hacia donde necesitara. Aunque era evidente que se

refería a mí, pues a esas horas de la noche no había nadie más en esa parada que

yo, recuerdo que me costó un poquito reaccionar. Tal vez por el miedo a lo desconocido, tal vez porque mis padres me habían repetido incansablemente que

no subiera nunca en coches de extraños. La cuestión es que, quizá por ese mismo

miedo, sentí tal emoción de rebelarme a lo correcto, que acepté su ayuda y subí

en su vehículo. Afortunadamente, más para mis padres que para mí, Javier me respetó en todo momento. Cumplió con lo prometido y me dejó en la puerta de

casa, y yo me quedé con la incómoda sensación de que me hubiera gustado más;

quería pasar más tiempo junto a ese chico desconocido, poder disfrutar durante

más rato de esa sonrisa tan preciosa que me ofrecían sus labios. No tuve que esperar mucho más, al día siguiente, lo tenía abajo. En esa ocasión, yo bajaba con Nelia de mi casa, y creo que fue en ese preciso instante en el que nuestros

mundos se separaron.

Yo me adentré, a un paso descabellado, en el de Javier, y en todo lo que él me ofrecía. Sin poder ni querer remediarlo, me fui engancho a él; a sus besos, a sus risas, a la forma en la que brillaban sus ojos al mirarme, a lo bien que me hacía sentir cuando estaba, desnuda o vestida, entre sus brazos... Y creo

que a él le pasó lo mismo. Sí, Javi me quiso. Solo que lo hizo de una manera tan

intensa que luego ese amor se desvaneció con la misma intensidad.

Nelia respetó ese cambio en mi vida, esa decisión por mi parte de no hacerla partícipe de la mía, y fue alejándose despacio, del mismo modo que lo hice yo.

Ya no nos veíamos con tanta frecuencia, ya no nos llamábamos a diario... y, de

pronto, llegó un día en el que podía contar con los dedos de la mano cuánto llevábamos sin tener contacto. Y entonces, en vez de sobrarme, me faltaban manos. Aunque suene ruin, debo admitir que no me dolió su lejanía. Me

acostumbré, como supongo que nos acostumbramos todos, a una nueva vida en

la que ya solo existíamos mi novio y yo. Después, la mudanza, la casa, las compras, la limpieza, etc., fueron ganando la partida y acabé convirtiéndome en

alguien que no era, en esto que soy ahora.

Por algún motivo, ahora la melancolía se empeña en abrirse un hueco dentro de mí. Me lastima, me hiere. ¡La echo de menos! Echo de menos a mi amiga, la

única que en verdad lo fue, la única que, en el fondo, creo que me queda.
Alguna

que otra vez, aunque no con demasiada frecuencia, sí nos hemos llamado
(más

ella a mí que yo a ella), y hemos tratado de ponernos al día con lo que hemos
podido. Nelia ha vuelto a retomar los estudios, por lo que me contó la última
vez

que hablamos, en un centro de esos de adultos, y llegó incluso a conocer a un
hombre. Según me dijo, es algo mayor que ella, y con *algo mayor* me refiero
a unos diez años más que nosotras; o sea, treinta y cinco años. Pero no la he
juzgado por ello en ningún momento. Cada uno es libre de hacer lo que
quiera,

¿no? Ese fue siempre nuestro lema, cuando aún no existían las
responsabilidades

ni los compromisos. Y, además, dicen que el amor no tiene edad, así que, si
ella

es feliz así, ¡adelante! No seré yo quien la haga bajar de ese sueño.

De pronto, me veo a mí misma buscando con urgencia mi teléfono móvil en

el bolso que he dejado en el asiento del copiloto. A continuación, sigo
observando, como si fuera una simple espectadora, cómo busco su nombre en
Whatsapp y abro una conversación que, en realidad, carece de conversación.

Aunque parezca irónico, es con ella con la que menos mantengo este tipo de
contacto. De hecho, no nos escribimos nunca. Con las demás, con Lara y con
Marta, sí suelo hacerlo cada día, pero con Nelia es distinto. Hablar demasiado
con Nelia significaría verme, más tarde o más temprano, obligada a confesar
mis

verdaderos sentimientos, el penoso presente en el que estoy viviendo. Y eso
es

precisamente lo que quiero hacer ahora. Ni más ni menos. Necesito volver a ser yo, necesito reencontrarme con esa *Irene* que sabía reír, que sabía hablar abiertamente de todo sin cohibirse nada.

Borro las pocas palabras que he escrito en cuanto lo he hecho, antes de mandarlo, y opto por llamarla. Una llamada siempre es mejor, una llamada siempre tiene el beneficio de entender lo que está pasando, por un simple tono de

voz...

—¿Sí? —pregunta, aunque sabe muy bien quién la llama.

—Hola, Nelia. ¿Cómo estás? Espero que todo bien.

Silencio unos segundos. Después, ella que me habla, ella que me conoce tan bien, que me sigue conociendo tanto a pesar de todo el tiempo perdido.

—¡Hola, Irene! ¡Qué sorpresa! Pues sí, todo bien, gracias por preguntar.

Pero, por lo que veo, tú no puedes decir lo mismo...

Trago saliva. Lejos de sorprenderme por lo rápida que ha sido para percibir mi estado de ánimo, se lo confirmo:

—Pues no, no estoy bien. En realidad, creo que no estoy nada bien. ¡Estoy *de puta pena!*

Nelia suelta una carcajada en cuanto me escucha y yo, inevitablemente, la sigo. Esas palabras, que ahora me parecen tan malsonantes, eran nuestro

repertorio casi diario; esta era nuestra manera de comunicarnos que estábamos deprimidas y amargadas. Que necesitábamos la ayuda de la otra, y yo ahora la necesito.

—¿Quieres que nos veamos?

Solo una pregunta y solo una respuesta.

—Sí.

—Está bien. ¿Dónde estás? ¿Quieres que me acerque a buscarte?

Niego con la cabeza, aunque no puede verme.

—No, gracias, Neli. No hace falta. Voy con el coche. De hecho, estoy dentro del coche, desde hace... creo que más de tres horas.

—¡Madre mía! ¡Entonces es más serio de lo que pensaba! Te espero en mi casa... ahora. ¡No tardes!

—Vale. Llego en quince minutos. Prepara café.

Cuando colgamos, no puedo evitar sonreír. La he llamado *Neli*, y, aunque me ha salido sin querer, es algo que solo hacíamos antes. Nos decíamos *Neli* o *Ire*, hasta que dejamos de hacerlo de golpe. Por otra parte, está lo del café: era nuestra costumbre. Cuando sabíamos que una de las dos se dirigía a casa de la

otra, solíamos decirnos: «¡Preparo café!». De pronto, se me escapa otra carcajada. Al final, creo que ha sido una buena idea la de ponerme en contacto

con ella. De todas maneras, no voy a tardar mucho más en averiguarlo. Enciendo

el motor y vuelvo a perderme por las calles de Logroño, pero esta vez con un rumbo fijo.

Capítulo 4. Vida solo hay una

Ver a Nelia me hace tener la impresión de volver a aquella adolescencia que, muchas veces, tanto extraño. Es como si no hubiera pasado el tiempo, al

menos,

no para nosotras. En cambio, los años sí se notan por fuera; el paso del tiempo ha cambiado nuestro aspecto físico. A pesar de poder considerarnos jóvenes

todavía, son evidentes los cambios en nuestra apariencia.

Miro a Nelia. Lo hago con atención, queriendo indagar más allá de esos ojos marrones (como los míos), y de ese porte alocado pero elegante que siempre me

gustó. Sé que ella, por su parte, está haciendo lo mismo. Busca en mí a la chavalita risueña que conoció algún día y, aunque tal vez no la encuentra, sonrío.

Yo también lo hago.

Hemos cambiado, eso está claro. A fin de cuentas, no es lo mismo tener diecisiete que veinticinco años, ¿no? A la fuerza se tiene que notar la madurez a

la que nos enfrentamos. No obstante, seguimos siendo las mismas, con nuestros

sueños y pensamientos alocados, solo que ahora más tapados.

Nelia, como ya esperaba, me invita a pasar a su cuarto. No al salón, como suelen hacer la mayoría de los anfitriones con sus visitas, sino al dormitorio, donde hemos pasado tantas tardes y noches envueltas en nuestras confidencias interminables. En el fondo, todo sigue estando casi igual; al menos para ella, no

todo ha cambiado. Todavía vive en esta casa, la casa de su infancia, la casa que

la vio crecer y, en cierto modo, me vio crecer a mí también. Como ella misma me explicó, fue incapaz de marcharse de este sitio y dejar así a su madre sola.

Ella, la señora Pilar, también se separó de su marido. La diferencia es que Pilar

se quedó sola, sin más apoyo que el de su única hija; y mi madre, sin embargo,

decidió cambiar su vida mudándose a la otra punta del país, donde reside mi hermana Yanira.

Como adivinando mis pensamientos, Nelia me pregunta:

—¿Qué tal? ¿Sabes algo de Yanira? ¿Cómo le va?

Contesto con rapidez, contenta de tener un tema en concreto con el que establecer una conversación con ella.

—Está bien. Por lo que sé, está bastante bien. Vive con mi madre, ya sabes, y entre ellas se hacen compañía.

—Me alegro mucho. Dales saludos de mi parte. ¿Y de novios, qué tal? ¿Ya encontró alguno o todavía nada?

Repito sus últimas palabras, sin poder reprimir una sonrisa al recordar lo dura de mollera que ha sido siempre (y es), mi hermana en lo que a amores se refiere.

—Todavía nada. Ya la conoces, es una cabra loca. No quiere saber nada de hombres. En su vida solo existen, como tal, los jefes que le dan trabajo en el hospital.

Nelia asiente, acordándose de pronto de que Yanira, a pesar de ser solo dos años menor que nosotras, siempre fue más responsable para los estudios; con lo

que consiguió finalmente, y tras mucho esfuerzo, un puesto como enfermera.
Sin

saber por qué, soltamos una carcajada.

—¿Y tú? ¿Cómo te va con Javier?

Su pregunta me devuelve a la realidad en un solo instante. Mi expresión pasa de la alegría a la tristeza más profunda. Nelia lo nota y también se pone seria.

Me conoce y sabe que mi llamada no es una llamada casual, sino que tiene un motivo que va más allá de mis ganas de volver a verla.

—Bien... Supongo que estamos bien, por lo menos, bajo su punto de vista.

Nelia enarca una ceja y me mira con expresión incrédula.

—¿Bajo su punto de vista? Irene, ¿qué está pasando?

No puedo más. Tal vez es ese interés por parte de mi amiga o que,

simplemente, ya no soy capaz de actuar más tiempo como si no estuviera pasando nada, como si todo marchase bien... cuando en realidad nada marcha.

El caso es que me desmorono. Descubro de pronto que sí me siguen quedando

lágrimas, pues mis ojos empiezan a llenarse de ellas y mi cuerpo se pone a temblar.

Nelia, al percatarse de mi estado, da un paso al frente y pone su mano en mi hombro. Un gesto cariñoso, una señal que me invita a hablar.

—No sé, Nelia. No sé nada. Solo sé que hace ya tiempo que nada es lo mismo. Creo que Javier ya no me quiere.

Ella, al oírme tan convencida, se apresura a hablar:

—¿Tú lo quieres a él?

Me quedo callada. No contaba con esa pregunta. Nelia no me ha preguntado por qué pienso eso respecto a mi novio, solo me ha preguntado algo para lo que

no sé si estoy preparada a responder. Me encojo de hombros y vuelvo a decir:

—No lo sé. —Cojo aire y prosigo—: Javi robó un trocito de mi corazón, eso es cierto, pero nunca lo tuvo entero. A veces pienso que jamás ha conseguido enamorarme, no del modo verdadero, no del modo en que una sabe que ya no hay marcha atrás, que ya tu mundo pasa a girar en torno a esa persona. No.

Nelia asiente. Por unos segundos, guarda silencio como meditando su respuesta. Después, con una determinación que siempre admiré en ella, me suelta:

—Entonces, sepárate. No sé a qué estás esperando. Eres joven, eres guapa, ¡y ni siquiera tienes hijos que te unan a él!

Una mueca amarga se forma en mi rostro, al recordar las numerosas ocasiones en las que Javier se empeñó en dejarme claro que él no era hombre de niños, que no estaba preparado para formar una familia.

Voy a decir algo, supongo que cualquier tontería que sirva de excusa para seguir con él, cuando Nelia me lo impide:

—En serio, amiga. La vida solo es una y hay que vivirla. No te des el lujo de perder el tiempo, pues te aseguro que este no va a regresar para que puedas corregir tus errores.

—Ya, pero...

—¡Pero nada! —me interrumpe—. Si Javier no te hace feliz, no te quedan más opciones que buscar tu felicidad por otro lado.

Asiento afirmativamente. Sé que tiene razón. Hace tiempo que lo sé, soy consciente de que tengo que salir de esta rutina que, poco a poco, me está apagando y marchitando como persona. Pero eso no impide que duela menos.

Son muchos años compartidos, muchos sueños, muchos besos y muchos planes

que puedo desbaratar con un solo soplido. Se me encoge el corazón al comprender que ha llegado el momento.

—Hablaré con él —le aseguro a mi amiga—. Esta noche.

—De acuerdo. Sabes que aquí me tienes para lo que haga falta. No es necesario que te diga que cuentas conmigo.

Vuelvo a asentir, mientras las lágrimas siguen resbalando por mis mejillas. El peso que cargaba en mi interior sigue presente, pero, compartiéndolo con Nelia,

de pronto se ha vuelto más liviano. Le doy un abrazo como despedida (y una promesa de venir a visitarla más a menudo), y me marcho.

Cuando vuelvo a montarme en mi coche, lo hago con la seguridad de haber encontrado la luz donde solo veía sombras. Esta noche hablaré con Javier. Esta

noche... mi vida dará un giro de 180 grados.

Capítulo 5. Salvar lo insalvable

¡Es increíble cómo uno puede pasar de la euforia a la incertidumbre, en un

solo momento!

Cuando he entrado en casa lo he hecho con la placentera sensación de tener el control en mis manos. Sabía lo que tenía que hacer, cómo y cuándo hacerlo.

Sin embargo, esa sensación se ha disipado con tanta rapidez que no he podido ni

siquiera tratar de retenerla conmigo. En su lugar, ha aparecido la confusión. Mi

mente se ha llenado de dudas y, quizá por eso, he intentado olvidarme de la decisión que, pensaba, ya había tomado. He paseado por todas las partes de esta

casa, y he vuelto a repetir ese paseo ni sé cuántas veces más.

Y en cada habitación, un recuerdo. En cada rincón, una imagen de nosotros, juntos. Javier y yo... dándonos una ducha juntos. Javier y yo... viendo una película juntos. Javier y yo... besándonos y durmiendo juntos. Todo juntos. Y

ahora eso está a punto de cambiar. Estoy a un paso de estropearlo todo y no sé si

estoy preparada para hacerlo. En un par de horas, la puerta de esta casa se abrirá y yo estaré esperando. Le diré que se acabó, que me marchó, y él no dirá nada

porque, en el fondo, será lo que estaba esperando.

En un intento desesperado de negar lo evidente, corro hacia la habitación y

busco mi móvil. Después, su nombre: *Javi*. Ya nunca más volveré a llamarlo de esa manera. Suspiro y omito el temblor de mis manos. Y, con ese mismo intento

de salvar lo insalvable, le doy a la tecla de llamar, aun sabiendo que corro el riesgo de hacerme más daño.

—Dime, Irene.

Escuchar su voz, aunque era lo que estaba buscando, de pronto me paraliza.

Me bloquea. Puede que también influya esa manera suya de dirigirse a mí. No *cariño*, ni *mi amor*, solo Irene.

—Hola —le saludo con un murmullo casi inaudible.

—Hola. ¿Pasa algo? Nena, ahora tengo mucho trabajo.

Suspiro. ¡Por lo menos me ha dicho *nena*! Y, sin más ni más, lo suelto:

—Javi, ¿tú todavía me quieres?

¡Ya está! ¡Ya lo he dicho! Ahora solo queda esperar la respuesta que, una de dos, o lo dejará todo como está o lo cambiará todo. Él se queda callado al otro

lado del móvil durante unos segundos. Termina contestando, no con demasiada

rotundidad.

—Sí te quiero, Irene. ¿Por? ¿Pasa algo?

—No —me apresuro a contestar—. No pasa nada.

Miento, porque en realidad todo sigue estando igual de mal, igual de

confuso, igual de oscuro. Pero disimulo como una buena actriz y cuelgo, despidiéndome con un cordial *Nos vemos luego*. A continuación, me pongo el pijama y voy a la cocina, dispuesta a hacer la cena, dispuesta a seguir actuando

en una película que hace tiempo se ha terminado.

Capítulo 6. Ya no hay marcha atrás

Y una noche más, esta vez a la misma hora de siempre, la puerta de casa se abre. Javier entra y me encuentra atareada en la cocina, poniendo orden en el caos que yo misma he causado (y no me refiero solo a la vajilla sucia).

No menciona nada sobre la conversación que hemos mantenido por teléfono hace tan solo un rato. No pregunta, no se interesa porque, aunque me duela, con

su actitud ya ha dejado claro que no queda nada por lo que interesarse. Aun así,

finjo. Finjo como solo yo sé hacerlo, con una tranquilidad y maestría que me pregunto de dónde he sacado.

Cenamos, no hace falta decir que en silencio, pero lo digo: en el más absoluto de los silencios. En esa ausencia de palabras que dicen más de lo que

queremos oír, que hieren, que lastiman, que envenenan el alma y lo parten en pedazos. Cuando creo que ya no voy a poder soportarlo más tiempo, abro la boca

para decir algo, lo que sea, y entonces Javier, como adivinando mis intenciones,

se levanta de su silla. Agarra su plato, ya vacío, y lo deja en el fregadero.

Después, se queda allí parado, de espaldas a mí, y por unos segundos creo que va

a hacerlo. Va a decir lo que yo no me atrevo a decir, va a romper con lo que yo

no me atrevo a romper. Pero no, no lo hace. Sigue inmóvil, incapaz, solo él

sabe

por qué, de mirarme.

Mientras tanto, yo permanezco sentada, también inmóvil, con el único pensamiento de que no es propio de él que recoja la vajilla. Forzosamente, eso

tiene que significar algo. Y así es. Javi, de pronto, se da la vuelta y dirige su mirada hacia mí, aunque no se mueve, no se acerca. Trago saliva y juego con mis

dedos. Estoy nerviosa, tanto como lo está él. Lo compruebo cuando lo veo abrir

los labios, cerrarlos, para después volver a abrirlos de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos, Irene?

Lo miro, para nada sorprendida con su pregunta. Por alguna razón, me esperaba algo parecido así que, sin ninguna emoción reflejándose en mi voz, contesto:

—Cinco años.

D emasiado, se me pasa por la cabeza, pero omito esa palabra.

—Es mucho tiempo —afirma él, y tengo la leve impresión de que se lo está diciendo a sí mismo.

Asiento despacio. Esta vez no digo nada; no veo qué podría decir. En cambio, a él sí parecen quedarle palabras, pues, sin apartar sus ojos de los míos, me lanza otra pregunta:

—¿Eres feliz?

Abro la boca para responder pero lo pienso mejor y me callo. No quiero mentirle, no a él. Y tampoco puedo decir algo que le duela. En el fondo, puede

que me duela más a mí misma. Así que decido contarle una verdad a medias.

—Bueno, creo que la palabra feliz es algo muy relativo. Creo que nunca se llega a serlo del todo.

Ahora, es él quien asiente, aunque sé perfectamente que no está de acuerdo con mi razonamiento. Pero se lo guarda ahí, muy dentro, donde se guardan las cosas que no queremos sacar a la luz, por miedo a que nos deslumbren o nos dejen ciegos. Sé lo que está pensando, puedo escucharlo aunque no me lo diga.

Antes era feliz. Hubo un tiempo en el que lo supe a ciencia cierta. Me vienen de

pronto a la cabeza los besos, las guerras de cosquillas, con las que a menudo conseguía convencerme de algo; los larguísimos paseos cogidos de la mano...

Son como *flahsbacks* que me corroboran lo que Javi me está diciendo, sin decir nada. Sí, fui feliz, extremadamente feliz; aunque ahora eso me parezca tan lejano.

—Me duele la cabeza —suelto de pronto.

No sé por qué he dicho eso, no tiene mucho sentido, pero la situación, la incómoda situación, que estamos viviendo, tampoco lo tiene mucho. Supongo que necesito salir del paso de alguna manera. Esa es la mejor que se me ha ocurrido.

—Sí —murmura él, con un tono más indeciso que segundos antes—. Ya es tarde. Debería irme a dormir.

Mi cabeza se mueve de nuevo de arriba abajo, en un gesto afirmativo. Mis labios, al igual que mi interior, tiemblan, pero me esfuerzo en disimularlo. Antes de que se vaya, antes de que salga de la cocina con el único propósito de escapar

de mi presencia, nuestros ojos se mantienen unidos. Se lanzan un sinfín de acusaciones, de preguntas, de respuestas no formuladas. Me obligo a mirarlo, tal

vez porque algo me dice que esta es la última vez que podré hacerlo, al menos

con los ojos que solía verlo.

Tras un duelo de miradas en el que ninguno termina ganando, Javier emite un sonoro suspiro y da un paso al frente, luego otro; pero no para acercarse a mí,

sino para abandonar esta lucha interna, que es tanto suya como mía, y salir de la cocina. Yo me quedo ahí, sentada en mi silla, con un plato a medio comer frente

a mí y sumida en mis propios pensamientos. Le he dicho que me duele la cabeza,

aunque no era del todo cierto. Lo que realmente me duele es el alma. Y me duele

porque acabo de comprender que no hay marcha atrás, que la bomba que quería

desconectar ya ha explotado.

Javi ya debe de estar metido en la cama, en esa cama en la que tan buenos

ratos hemos compartido. Yo no sé si voy a poder dormir esta noche. Vivir con él

se ha convertido en una tortura, en una lucha constante, ya no sé si entre él y yo o entre mi cabeza y mi corazón.

Capítulo 7. Adiós

Contra lo que había pensado, el sueño acabó ganándome la partida y terminé por quedarme dormida, ¡cómo no!, en el sofá. En cuanto abro los ojos, percibo

que este no va a ser un día como los demás. No me hace falta siquiera levantarme para saber que algo está pasando, que algo no va bien. Es el silencio,

el profundo silencio, el que me avisa y me pone en alerta.

Normalmente, un domingo como hoy, la casa estaría ya rodeada de ruidos, desde la música a todo volumen que a Javier le gusta escuchar desde el primer

punto de la mañana, hasta el sonido de la cafetera preparando un café para él y,

en otros tiempos, también para mí.

Me incorporo despacio y me calzo con mis cómodas y calentitas zapatillas de estar por casa, mientras me voy diciendo a mí misma que quizá esté exagerando

demasiado las cosas. Aun así, me dirijo hasta la habitación (en la que últimamente cada vez paso menos tiempo), para corroborar, o desechar, las sospechas que se han instalado en mí desde que me he despertado. Llego frente a

la puerta que, extrañamente, está cerrada, y dudo un momento antes de abrir.

Una voz interior me indica que tal vez sea peligroso, que tal vez no va a gustarme lo que voy a encontrarme... o lo que no me voy a encontrar. Indecisa y

curiosa a partes iguales, agarro con fuerza el pomo que me separa de la

realidad

a la incertidumbre, y lo giro. Entonces, la escena con la que se encuentran mis

ojos hace que todo mi cuerpo se tense. Es como si me hubieran echado un jarro

de agua fría, solo que no tengo nada con lo que secarme. Mejor dicho, para ser

más explícita, en realidad no veo nada, no hay nada que parezca ser motivo de

preocupación. En el dormitorio todo está tal y como estaba, todo salvo él.

Javier no suele salir los días de descanso, no sin antes avisarme o

proponerme ir a desayunar a alguna cafetería cercana. Pero no es solo eso lo que

me inquieta. Se trata del silencio que rodea la casa, el aire cargado que impregna todo a mi alrededor. Ingenua todavía a lo que está ocurriendo, a lo que ya ha ocurrido, camino de regreso al salón, con el paso más apresurado que puedo.

Rescato mi móvil de debajo de la manta. Antes de mirarlo, me quedo unos segundos quieta, insegura de pronto de encenderlo y descubrir lo que, de antemano, sé que me voy a encontrar. Cuando por fin me atrevo a desbloquear el

teclado y echar un rápido vistazo a la pantalla, lo compruebo. Confirmando lo que

ya imaginaba: no hay nada. Había guardado la leve esperanza de tener alguna llamada, algún mensaje por lo menos, que me avisara de que había salido para hacer algún recado, que todo seguía estando en orden.

De pronto, lo comprendo. La realidad viene a mí con toda su dureza. No hay

nada. No está. *Javi se ha ido*. Y lo sé incluso antes de enterarme de lo demás. En un acto casi reflejo, voy de nuevo hasta la habitación, pero esta vez lo hago corriendo. Me dirijo directamente al armario, ese armario que ocupa la mayor parte del dormitorio y que tanto nos costó elegir. Frenética, lo abro de golpe, empleando todas mis fuerzas, quizá más de las necesarias. Un grito de asombro

sube por mi garganta y sale de mi boca. Me la tapo con una mano y la otra mano

me la llevo a la cabeza. Me quedo así, en una especie de estado de shock, incapaz todavía, pero a la vez muy convencida, de asimilar lo que tengo ante mí.

Nada, no hay nada, el apartado que corresponde al vestuario de Javier está completamente vacío. *Por lo menos, mi ropa sigue en su sitio*, pienso con una amarga ironía. Se ha encargado de llevarse todo, aunque, pensándolo bien, no había mucho que llevar. Aparte de sus trajes, sus vaqueros, camisas y uniformes

de trabajo, Javier no tenía mucho más. Era yo la que me obsesionaba con llenar

la casa de cacharros, a veces por necesidad y, otras veces, por mero capricho.

Camino marcha atrás como los cangrejos, hasta que me quedo sentada en la cama, justo en el borde, sin atreverme a ocupar más sitio del merecido, pues si

otra convicción se cierne sobre mí es la de que ni siquiera esta cama me pertenece. ¡Se la podía haber llevado también! En realidad, no debería haberse ido. Tendría que haberlo hecho yo y no entiendo qué hago todavía aquí. Paseo mi mirada con desesperación por todos los rincones de esta habitación y, entonces, me embarga una desoladora angustia. Es extraño, acabo de descubrir que mi novio, mi novio desde hace cinco años, me ha abandonado, y no he logrado sentir más que un inesperado alivio en el pecho. En cambio, cuando pienso en esta casa, mi casa que ya no lo será dentro de

muy poco tiempo, siento

una pena tan grande que creo que voy a echarme a llorar en cualquier momento.

¿Acaso será posible cogerle más cariño a algo material que a una persona de carne y hueso? Quizá eso suene muy frívolo, quizá solo sea que me asusta demasiado romper con todo lo que he tenido hasta ahora, con todo lo que he sido.

De pronto, lo veo. En uno de esos paseos visuales que estoy dedicando a la habitación, mis ojos se topan con algo que, en circunstancias normales, no debería estar ahí. Es un sobre y desde aquí puedo distinguir que lleva escrito un

nombre, seguramente el mío. Sin estar muy segura de si quiero pasar por esto, pero decidida a hacerlo, me levanto y rodeo la cama para llegar a la mesita de noche. Allí descansa el sobre, un sobre común y corriente que, efectivamente, tiene mi nombre: IRENE. Nada más, ni una introducción de lo que vendrá después, ni una indicación que me haga abrirlo. Aun así, obviamente, lo hago.

Mantengo el folio (este con más palabras escritas), en mis manos y, extrañamente, mis manos no tiemblan. Es como si ya lo supiera, como si lo hubiera sabido siempre, como si, en el fondo, lo hubiera estado esperando.

Leo, primero mentalmente, luego en voz alta, supongo que para

convencerme de que son ciertas cada una de las palabras que esconde esa carta,

o ese amago de carta.

« Irene... no sé bien cómo comenzar. Sabes que no soy bueno para las

palabras. Quizá por eso he decidido, después de mucho pensar, dejarte esta nota. Quizá no tengo el valor para hacerlo de otra forma. Puede que también esa sea una de las razones por las que todo ha llegado a este límite. Nunca

he sabido expresarte lo que sentía, no como tú querías. Pero supongo que eso ahora ya no importa. Lo siento, Ire, pero no puedo más. No puedo darte lo que

no tengo para dar. Puedes llamarme cobarde, estás en todo tu derecho. Pero anoche entendí que ya no puedo seguir contigo. Por eso, me voy. No quiero que

pienses que te estoy dejando tirada, porque no es así para nada. No es mi intención hacerte daño, así que he pensado que puedes quedarte tú en la casa el tiempo que necesites. Yo regreso a casa de mis padres. Y, antes de que quieras preguntarlo... No. No voy a cobrarte nada. Aunque ahora seguramente no lo creas, has sido y eres importante para mí, solo que ahora de otra forma. Te deseo lo mejor, Irene, y te lo digo en serio: Sé feliz y busca a alguien que te haga feliz, porque yo no pude hacerlo. Javier.»

Mi primera reacción, cuando por fin llego a la última palabra, es de enfado.

Me siento furiosa, ofendida y traicionada por el hombre que debía protegerme de

todo y de todos, de todo lo que estoy sintiendo. ¡¿Que no quiere hacerme daño?!

¿Y qué se supone que creía que iba a hacerme, lanzando toda mi vida por la borda? Ha roto todo cuanto habíamos construido, y ni siquiera ha tenido la delicadeza de decírmelo en persona. En algo le doy la razón: ¡Es un cobarde!

¡Un maldito cobarde que ahora vuelve a casa de sus papás, en vez de haber intentado arreglar las cosas a tiempo, cuando todavía podían salvarse! Y encima

va a resultar que tengo que estarle agradecida, por eso de dejarme vivir en esta

casa sin pagar nada. ¡Como si eso significara algo! Como si no supiera, por adelantado, que ese favor solo tendrá validez hasta que decida rehacer su vida, hasta que encuentre a otra mujer a la que sí pueda dárselo todo.

Entonces, yo solo seré el estorbo, el recuerdo del pasado que tendrá que agachar la cabeza y

partir hacia otro lugar.

Vuelvo a leer la nota. A pesar de ser un poco larga, la memorizo. Me sudan

las manos. Me fallan las piernas. Creo que estoy comenzando a asimilar la

realidad de los hechos. Vuelvo a sentarme, esta vez en el lado izquierdo de la cama (el que ocupaba él), con el papel todavía en mis manos. aguardo a que suceda algo, espero a que mi interior reaccione y todo mi ser estalle en un llanto incontrolado. Sin embargo, no sucede. Y no es que no quiera llorar, es que no puedo hacerlo. En el fondo, incluso me esfuerzo, tal vez porque es lo correcto, lo esperado después de una situación similar, pero las lágrimas se niegan a salir de

mis ojos.

En realidad, conozco la razón para tanta frialdad, y la razón no es otra que la

que ya sabía: entre Javier y yo no queda nada, excepto recuerdos. ¡Yo misma tenía pensado dejarlo! Solo que él se me ha adelantado, se ha atrevido a hacer algo que a mí me daba tanto miedo. En mis labios se dibuja una sonrisa al comprender que, en esta relación, yo he sido siempre la más cobarde. No puedo

evitar preguntarme si, en el momento en que lo ha decidido, en el preciso momento en el que ha cruzado el pasillo con sus maletas en las manos, habrá dirigido acaso una última mirada, una rápida mirada, hacia el interior del salón.

Si se habrá despedido en silencio, o si habrá salido de esta casa con la misma sensación de alivio que yo tengo ahora.

Al final, oso tumbarme en la cama que parece que, por lo pronto, seguirá siendo mía. Al menos por un breve periodo de tiempo...

Alzo la mirada y la clavo en el techo perfectamente pintado de blanco, el que

tantas veces he mirado mientras Javier se encargaba de hacerme el amor, o de intentarlo. Terminó soltando una carcajada. Es una mezcla de todo lo que he contenido hasta ahora. Es una pizca de miedo, de incertidumbre, de la sensación

que causa el romper un lazo, y de paz. Una increíble y extraña paz. Todo eso, en

forma de risa, de una risa que no puedo controlar, ni quiero.

Capítulo 8. Vivir mi vida

A ojos de las demás personas, de la gente que no ha visto de cerca nuestra vacía relación, que no ha vivido en nuestra piel, puedo llegar a parecer una chica insensible, una egoísta también. Es posible que todas esas cosas sean ciertas y la verdad es que me trae sin cuidado. La cuestión es que el primer día que abro los

ojos después de nuestra ruptura no siento ese vacío que debería sentir. Es decir,

en realidad siempre me despertaba sola, pero sé que esta vez es distinto. Javier

ya no volverá para comer, tampoco para cenar, y esa puerta no se abrirá a no ser

que yo decida aceptar alguna visita, cosa que dudo que pase. No obstante, me encuentro bien. Me encuentro tan bien que me planteo, por un instante, si es que

acaso no estoy siendo realista. Todo me resulta un tanto extraño, es cierto.

¿Cómo no iba a ser así cuando, de golpe y porrazo, todo mi mundo ha

cambiado? No me asusta la soledad, me he acostumbrado a convivir con ella; lo

único que realmente me preocupa es la duda de si podré valerme sola. Por el momento, cuento con un punto a mi favor: tengo el techo asegurado.

Anoche, antes de dormirme, lo estuve pensando mejor y caí en la cuenta de que lo más sensato es aceptar su ofrecimiento. Viviré aquí hasta que encuentre algo; pero, para eso, primero tendré que buscar un trabajo, algo que no es nada

fácil en los tiempos que corren y con la escasa, o nula, experiencia que tengo.

Aun así, no voy a rendirme. Le mandé un mensaje a Yanira antes de acostarme y

le expliqué, por encima, mi caso. He tenido que morderme un poco el orgullo y

solicitarle una pequeña ayuda económica, por lo menos para lo esencial: comer y

beber. Dispongo de una cuenta propia con unos pocos ahorros en ella, pero no sé

cuánto me durará ese dinero, ahora que tendré que mantenerme yo misma.

Yanira todavía no me ha llamado, pero sé que no tardará en hacerlo. A pesar de

nuestro diferente carácter, me quiere, tanto como yo la quiero a ella, y no dudará en ayudarme en todo lo que esté en sus manos.

De momento, es la única persona (sin contar a mi madre, que se enterará en cuanto mi hermana lea el mensaje), a la que se lo he contado. No tengo intención

de decírselo a nadie más, no todavía. Seguiré hablando con las chicas por el grupo de Whattsap, como he hecho hasta ahora, y lo haré con naturalidad, sin entrar en detalles de mi vida privada. En realidad, no les interesa, y en tal

caso sería solo para cuchichear a mi costa, algo de lo que no tengo ningunas ganas.

A Nelia, sin embargo, sí podría contárselo. Es más, me siento casi en la obligación de hacerlo. Pero, de momento, voy a aplazar esa llamada. Tengo que

darme tiempo para poner en orden mis ideas, para buscar el camino correcto con

el que encauzar mi vida. Justo en el instante en el que me encuentro cavilando sobre todo esto, una voz me saca de mis razonamientos. Es Marc Anthony, que

con su canción *Vivir mi vida* me anuncia que estoy recibiendo una llamada. Al principio, dudo un poco. ¿Será Javier, arrepentido quizá de su acelerada decisión? Enseguida descarto esa posibilidad. No ha sido precipitado, ha sido una decisión premeditada, muy bien premeditada.

Busco el teléfono, con la total certeza de que se trata de mi hermana, que ya

ha recibido mis noticias y me llama para asegurarse de que estoy bien. Con la sonrisa que siempre me provoca saber que voy a hablar con mi tata pequeña, cojo el móvil de la mesa. Mi sonrisa se congela al instante al comprobar que quien llama, insistente, no es precisamente mi hermana. Sin pararme a pensarlo

demasiado, descuelgo y contesto, con toda la calma que puedo:

—¿Qué quieres?

Oigo un carraspeo y casi puedo sentir cómo traga saliva, nervioso.

—¡Vaya! ¡Qué manera tan amable de saludarme!

Reprimo una risita, que no viene al caso, y me esfuerzo por ser más educada;

pero no puedo evitar que la ironía se refleje en mi voz:

—¿Preferirías que te dijera «Hola, cariño»? ¿Así está mejor?

—Irene...

Ignoro su tono de reproche y vuelvo a la carga:

—En serio, Javier, ¿qué quieres? ¿Se te ha olvidado algo en casa? Porque, si es así, no hay problema en que pases a recogerlo. Es más, yo puedo salir un rato,

para que no te encuentres conmigo, si así te sientes más cómodo...

Mientras que hablo, me doy cuenta de que no sé bien por qué estoy diciendo todas esas cosas. Tal vez se deba un poco al resentimiento y a la indiferencia que quiero mostrarle, todo un poco mezclado.

—Irene, no me he dejado nada allí. Yo solo quería... quería... —titubea un poco antes de continuar—. Quería saber si estabas bien. Solo eso.

Pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

No es mi intención sonar borde, pero lo hago. Javier se da cuenta y parece no saber cómo actuar al respecto.

—Bueno, ya te dije en la carta que te sigo teniendo cariño. Mucho cariño — recalca—. Y no quisiera saber que lo estés pasando mal. Si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—Es que no lo estoy pasando mal —lo interrumpo—. De verdad, Javi, puedes quedarte tranquilo. No tengo intenciones de acabar con mi vida, ni

nada

por el estilo. Quizá te duela oírlo, pero no eres el centro del universo.

Un repentino silencio se forma entre nosotros; lo que él no sabe es que ese silencio ya no me incomoda, ya no me perturba. Conviví demasiado tiempo con

silencios más largos...

—Bueno... Entonces, si todo va bien, no te molesto más. Cuídate, Irene.

Repito sus palabras en el tono más frío posible:

—Cuídate, Javier.

No sé quién de los dos cuelga primero, pues creo que ambos sentimos una necesidad imperiosa de acabar con esa llamada. Por unos minutos, me quedo pensando, mientras sigo mirando el móvil, que me he quedado con ganas de decirle un par de cosas. Me hubiera gustado responderle, quizá incluso gritarle,

aunque eso no es muy habitual en mí. Quisiera haberle dicho, por ejemplo: «*Sí*

hay algo en lo que puedes ayudarme. ¡Quiero que des la cara! ¡Sé un hombre de

verdad por una vez en tu vida!». Pero, en el fondo, ni siquiera sé si eso es lo que quiero. Por eso he decidido reprimir mis impulsos.

De repente, me entran unas ganas inmensas de volver a escuchar la canción

con la que él ha cortado el silencio en el que estaba sumida; escucharla entera,

sin que nadie me la interrumpa. La busco en el reproductor del móvil y me pongo los cascos que están en el cajón de la mesita. Subo el volumen a tope,

para no sentir nada más que lo que esa canción quiere decirme.

Y para qué llorar, pa qué,

Si duele una pena, se olvida.

Y para qué sufrir, pa qué,

Si así es la vida, hay que vivirla, la la la...

No puedo evitar tararear, a voz en grito, las siguientes frases que tan bien canta Marc Anthony:

Voy a reír, voy a bailar,

Vivir mi vida, la la la la...

Sonrío. Sonrío y canto. Canto y sonrío. Eso es; voy a vivir, todavía no sé cómo, pero lo haré lo mejor que pueda hacerlo. Buscaré mi felicidad y no pararé

hasta encontrarla. De eso estoy tan segura como de que me llamo Irene.

Capítulo 9. Él

La vida pasa, los días siguen corriendo, nos guste o no. Hoy tacho otro de esos días en mi calendario mental. Hace exactamente dos semanas que mi

mundo se puso patas arriba y, aunque debo admitir que no ha sido fácil, ahora,

por lo menos, logro mantenerme en equilibrio. Tengo mis momentos, momentos

de bajón como los llaman, pero, a pesar de todo, creo que puedo decir que lo estoy llevando bastante bien. He tratado de seguir mi vida con normalidad.

Dentro de mi concepto de «normalidad» entra: limpiar la casa, salir para hacer las compras necesarias y charlar por teléfono con mis amigas. Todavía

no les he

contado nada, aunque estoy casi segura de que ya lo saben. Y no es que piense

que Nelia haya abierto la boca. No, definitivamente confiaría en Nelia hasta con

los ojos cerrados. Es solo que las mujeres disponemos de un sentido que nos ayuda, no solamente a poner en duda la lealtad de nuestras parejas, sino también

a saber captar cuándo una de nosotras está mal. Yo no es que esté mal, o tal vez

sí y aún no me he dado cuenta de ello. Sea como sea, sigo aquí, entre estas paredes; sigo viviendo, que ya es mucho, ¿no?

Hoy es una de esas tardes en las que mi cabeza se empeña en traerme

recuerdos que no quiero visualizar, en obligarme a preguntarme a mí misma si podría haber hecho algo más para evitar todo esto; si acaso había algo que podía

haber dado de mí... que ya no hubiera dado. Un tanto irritada de tanto

pensamiento acumulado y un tanto aburrida, me levanto del sofá y apago el televisor. Las series que tanto me gustaba ver antes, ya no las soporto. Imagino

que es parte del proceso, confío en que sea solo cuestión de tiempo.

Sin ganas de darle más vueltas a la cabeza, voy a mi cuarto y me siento en mi

cómoda silla giratoria rosa. Miro el ordenador portátil que descansa en la mesa y

dudo unos segundos. Todavía no he hecho la cena, y ya son casi las 20:00; pero,

¡qué diantres! Ya no tengo que seguir a rajatabla los horarios, puesto que ya no

hay nadie a quien esperar con un plato de comida caliente.

Levanto la tapa del portátil, lo enciendo y espero. A los pocos segundos, la pantalla de inicio me saluda, y lo hace, ¡cómo no!, con una foto: Javier y yo en

una bonita playa, Javier y yo... juntos. Me sale inmediatamente un mohín de fastidio, mientras pienso que debo cambiar cuanto antes esa foto, así como quitar

las muchas otras que hay por la casa. Adornos... Adornos que, de repente, ya no

adornan, sino que más bien estorban.

Decido ir a la cocina a por el paquete de tabaco antes de continuar. Llevo días aguantando la tentación, pero hay momentos, como lo es este, en los que las

ganas le pueden a la razón. Regreso a la habitación y vuelvo a sentarme, ya con el cigarro en la mano, aunque todavía sin encenderlo. Abro el Facebook.

Últimamente entro mucho, más de lo habitual. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Cotilleo un poco por el muro, pero enseguida me aburro también de eso.

Siempre las mismas frases compartidas, o parecidas; frases muy bonitas o muy

ciertas, pero que ahora no tengo ganas de leer. Muevo el ratón y dirijo la flechita hasta la ventana del chat. Otro mohín disgustado se forma involuntariamente en

mis labios. No hay nadie conectado, al menos, nadie con quien me apetezca hablar. En realidad, ni siquiera sé si me apetece hablar con alguien.

De pronto, el recuerdo de Javier vuelve a mi mente. Así, como vienen los recuerdos: veloces, traicioneros, sin ningún tipo de compasión hacia la persona

que los recibe. Su rostro se dibuja ante mis ojos, lo veo sonreír, con esos hoyuelos que se le formaban (y seguirán formándosele), al hacerlo. Casi diría que puedo sentir su respiración. Por unos breves instantes, tengo la seguridad de

que si me doy la vuelta lo encontraré aquí, sentado en la cama; mirándome como

lo hacía antes, de una forma que me desnudaba el alma. Sin embargo, sé que son

solo imaginaciones; mi cordura todavía no se ha resentido tanto. *¿Qué estará haciendo él ahora?* , me pregunto. *¿Se acordará de mí? ¿Me llamará? ¿Y si lo llamo yo a él?*

Desecho esa opción en cuanto se me pasa por la cabeza. No he vuelto a tener noticias de Javier desde la última llamada que me hizo, en la que, por cierto, no

lo traté demasiado bien; y no voy a ser yo la que rompa ese contacto cero. Mi orgullo no me lo permitiría. No obstante, de pronto se me ocurre una idea. Existe

una posibilidad, en la cual no había caído hasta ahora, y que estoy dispuesta a averiguar en este mismo momento. Guío la flechita de la pantalla hasta el buscador y, allí, tecleo su nombre. En principio, no sé bien cómo ponerlo. Ni siquiera estoy segura de que vaya a encontrar nada. Javi nunca fue dado a este

tipo de cosas. Siempre respetó que yo me conectara para hablar con mis amigas

o con mi hermana, pero él no quiso abrirse una cuenta. Lo único que usaba

era el

Whatsapp, y eso solo porque yo le insistí mil veces en que así era más fácil comunicarnos. Ahora, sin embargo, algo me dice que quizá haya cambiado de opinión respecto a las redes sociales. ¿Quién sabe cuántas cosas cambian tras una ruptura? Así que, movida por esa típica intuición femenina, escribo su nombre completo: Javier Daniel García Mendoza. Me decepciono al no

encontrar nada, ningún perfil con esos datos. Me salen varias opciones, de fotos

con rostros desconocidos para mí, pero ninguno con el nombre exacto. ¡Es que,

si ya lo decía yo, que su madre fue un tanto retorcida al llamarlo así!

De todos modos, sigo con mi búsqueda, un poco por curiosidad y otro poco por el gran aburrimiento que tengo. Pruebo de varias maneras: solo el nombre, solo el primer apellido, solo el segundo... Pero los perfiles que me sugiere Facebook son tantos que me aturullan el cerebro. Vuelvo hacia la página anterior, y entonces lo veo. *Dani*. Solo eso. Dani a secas. Bueno, Dani y una fecha: 1989. Una fecha que coincide con el año de nacimiento de Javier.

Veintiocho años tiene ya, ¡cómo ha pasado el tiempo! Y pensar que lo conocí con apenas veintitrés añitos, yo veinte. No hay foto que me indique que se trata

de Javier; la imagen del perfil está en blanco. *Claro*, pienso, *si se lo acaba de hacer, igual no ha tenido tiempo de añadir gran cosa*. Sin esperar más, clico dos veces en esa imagen en blanco y comienzo a investigar. En verdad, ignoro qué es

lo que estoy buscando, pero sigo haciéndolo. Paso por alto el apartado de información; voy directa hasta las fotos. Como esperaba, no se me permite ver nada, supongo que porque Javier y yo no estamos agregados como amigos.

Incapaz de detener mis impulsos, le doy a *mensaje* y una nueva ventana se abre ante mí. No me detengo a pensar qué le voy a decir, porque, de ese modo, no lo

haría. Simplemente me limito a escribir, dejando que mis dedos se muevan por el

teclado libremente. Tampoco lo releo una vez he enviado el mensaje, aunque no

me hace falta hacerlo para que las palabras se queden grabadas en mi memoria.

En cuanto apago el ordenador, me arrepiento de lo que he hecho; pero, ni modo, ya no hay marcha atrás. Tampoco es que le haya dicho nada fuera de lo

normal, nada de lo que deba avergonzarme. Un « *Hola, ¿cómo estás? Yo sigo bien, aunque no sé si te interesa mucho saberlo...* » no suena muy desesperado,

¿no? Por lo menos, eso espero. Abandono la habitación y me pongo a pasar la mopa por todo el piso, con el único propósito de despejar mi mente y de olvidarme de la tontería que acabo de cometer. En menos de diez minutos, mi móvil suena. El ruido característico del Messenger anuncia que acabo de recibir

un mensaje. Casi doy un salto (mopa incluida), del susto. No contaba con recibir

una contestación y mucho menos tan pronto. Saco el móvil del bolsillo de mi pijama y lo mantengo fijo en mis manos. Por alguna razón, decido no abrirlo hasta que llegue a mi habitación. Una vez allí, me tumbo sobre la cama y, entonces sí, me dispongo a descubrir cuál es su respuesta.

Abro de nuevo el Facebook, esta vez desde el teléfono móvil, y lucho contra

los nervios que siento. La sorpresa se apodera de mí, y también una inevitable

decepción, cuando leo el mensaje recibido.

« ¡Hombre! La verdad es que mucho, mucho, no es que me interese. Si tenemos en cuenta que no nos conocemos... De todas formas, agradezco tu interés. Y, sí, estoy bien, o eso creo».

Abro los ojos como platos. Me cuesta un tanto reaccionar ante esas palabras

carentes de sentido, aun cuando no tardo en comprender que me he equivocado

de persona. De todos modos, vuelvo a sentarme frente a la mesa del escritorio y

enciendo por segunda vez el ordenador. Embriagada por la curiosidad, busco su

perfil y lo abro. No muy convencida de lo que estoy haciendo, le envío una solicitud de amistad. No es que pretenda hacerme amiga de alguien a quien ni siquiera conozco; es más el repentino deseo que siento de poder ver esos álbumes cerrados. En apenas unos segundos, mi solicitud es aceptada. Me doy prisa en buscar mi objetivo. Y, allí está, lo tengo. Un sinfín de fotos aparece ante mis ojos, pruebas de una vida vivida en algún punto de este país, o de otro.

Pincho en una imagen, en una cualquiera, y esta se amplía, dejando a la vista al

dueño de ese perfil y de ese mensaje. Lo examino con minuciosidad. Es extraño

cómo uno puede estudiar al otro, a través de una foto, con la máxima tranquilidad de que esa persona no se está percatando de ello.

La imagen, al principio, no tiene nada de raro. De fondo, una calle

cualquiera, a saber de qué lugar; alrededor, varias personas que pasean

indiferentes a ese momento inmortalizado. Es el centro de esa foto, es *él*, lo que llama mi atención y me hace quedarme embobada. Ojos castaños, piel morena,

rasgos viriles y un gesto serio, pero no por ello menos atractivo, que me hace sentir un ligero cosquilleo dentro. Pero no es solo eso lo que llama mi atención.

Son esos brazos, grandes y bien definidos, que se marcan bajo una camiseta blanca de manga corta que se ajusta a su cuerpo. Se me escapa una sonrisa al cruzarse por mi mente el pensamiento de que, al final, puede que mi

desafortunado error no haya sido tan desafortunado. ¡Este hombre es mucho más

guapo que Javier! ¡Qué narices! ¡Es increíblemente guapo! Casi parece salido de

una de esas películas que no puedes dejar de ver, solamente por no perderte al impresionante protagonista que sale en ellas.

Me apetece mucho fumarme un cigarro, mas me contengo, porque soy

incapaz de moverme. No puedo apartar los ojos de la pantalla, o, mejor dicho, de

él. Definitivamente, no puedo.

Capítulo 10. Un sueño

Miro el reloj de la pantalla del ordenador. Son las 22:00, lo que quiere decir

que llevo aproximadamente una hora y media sentada en esta silla, sin cambiar

de postura; dejando correr el tiempo mientras me dedico a investigar un poco más a fondo a este muchacho desconocido y guapo. Creo que he visto ya la mayoría de las fotos, pero no me canso de seguir observándolas.

Durante todos los años que pasé junto a Javier no tuve ojos para nadie más, y

acabo de descubrir que todavía siguen existiendo hombres interesantes en la Tierra. Por algún motivo, me resulta excitante y divertido, así que continúo con

mi tarea de espía profesional. Voy adentrándome, poco a poco, en una vida que

no me pertenece, sacando conclusiones de ella e imaginando cosas a mi antojo.

De pronto, algo me interrumpe. Es otro mensaje. Por alguna razón, no me sorprende cuando veo que se trata de él.

« Llevo un buen rato esperando a que me contestes, pero, en vista de que no piensas hacerlo, he decidido escribirte yo primero. Durante la espera, me he dedicado a indagar un poco en tu perfil; no con mucha suerte, me temo».

Sonríó involuntariamente. No le falta razón; a pesar de tener la cuenta hecha

desde hace tiempo, no suelo subir fotos de mí. De hecho, no hay ninguna. Lo único que este chaval habrá podido encontrar es alguna que otra imagen con frases de esas inspiradoras, tanto felices como tristes. Y no es que yo no me guste a mí misma, todo lo contrario. Tampoco voy a presumir ni a pecar de arrogante diciendo que soy una de las mujeres más bonitas del mundo, porque no

es así. Siempre me he considerado normal, una chica del montón como se dice,

pero eso no significa que no tenga mi atractivo personal. La naturaleza quiso darme un cuerpo bien estilizado, con curvas bien formadas y unos pequeños, pero bonitos, pechos. Eso, sumado a mi rostro fino, me ayuda a tener mis encantos. Lo que más me gusta de mí es mi pelo, liso y bien cuidado, que me cae

en cascada por la espalda. Mi color natural es el castaño y así lo sigo

teniendo,

pues no soy partidaria de estropearme el cabello con tintes que no necesito.

Con la sonrisa todavía en la cara, empiezo a escribir en el teclado.

« Podrías haber seguido esperando sentado, durante lo que queda de noche... No tenía intenciones de responderte. No obstante, como tengo mucha educación, ahora lo hago. ¡Ah! Lo de antes ha sido un error. Lo siento. Pero, de todas formas, me alegro de que estés bien».

Una carita sonriente y, ya está, lo envío. No me muevo de mi sitio, pues intuyo que la respuesta no tardará en llegar de vuelta. Efectivamente, así sucede.

Leo con rapidez, con una prisa que ni yo misma entiendo.

« ¡Vaya! Me orgullece hablar con alguien tan educado. ¿O debería decir educada? Porque, si te soy sincero, prefiero pensar que eres una mujer...»

Y, de nuevo, otra carita, esta vez una que saca la lengua. Reprimo una carcajada. Me divierte la situación y la forma tan original con la que me habla, o me escribe, este tipo. No lo hago esperar mucho tiempo.

« Eso es muy relativo. No sé si puedo catalogarme como “mujer” con 25 añitos que tengo; aunque, supongo que lo que tengo entre las piernas, me hace considerarlo».

Me llevo la mano a la boca, incrédula ante lo que acabo de teclear y mandar.

¡Esta no soy yo! ¿Dónde se ha metido la Irene racional y responsable? No lo sé,

y, la verdad, es que no quiero saberlo. Estoy disfrutando como una niña de todo

este juego.

El siguiente mensaje tarda un poco más en llegar, y cuando digo «un poco» me refiero a unos cinco minutos. Sin embargo, para mi gusto, se hacen larguísimos. Me da tiempo a ir rápidamente al baño y, a mi vuelta, encenderme

un cigarro.

« Sí, supongo que “eso” es una prueba evidente de que no eres un hombre, cosa de lo que me alegro. Me alegraría todavía más si pudiera verte la cara...

Me gusta saber con quién estoy hablando».

Antes de que pueda contestarle, diciéndole que no tengo ninguna foto a mano, las letras vuelven a aparecer en la pantalla.

« No te lo tomes a mal. Es solo que la curiosidad mató al gato, y, como no deseo que ningún pobre gato acabe así, se me ocurre que podríamos vernos.

¿Qué te parece si lo hacemos por cam? »

Suspiro hondo. «Si lo hacemos por cam», ¡qué frase tan descarada! Trato de mantener la compostura, mientras me voy reprochando a mí misma mis malos pensamientos. Solo se trata de vernos, de conocernos un poco más a través de este aparato. En realidad, ¿qué tiene de malo?

Me veo a mí misma dándole un rotundo «Sí». Apago el cigarro en el cenicero que tengo al lado. En un par de minutos, estamos ofreciéndonos uno al

otro (nuestras imágenes, quiero decir). Me había puesto un tanto nerviosa, repentinamente insegura debido al aspecto que llevo. En pijama, con el cabello mal recogido y sin una gota de maquillaje en mi rostro, no debo de lucir mi mejor apariencia. No es exactamente lo que podría imaginarme para una primera

cita, si es que a esto se le puede llamar *cita*.

Todo se me olvida cuando lo veo. Mis dudas y mi timidez se disipan como por arte de magia. Solo puedo concentrarme en lo que mis ojos me están ofreciendo. Está ahí, al otro lado, y ya no solo en fotos.

—¡Hola, soy Dani! —se presenta con una gran sonrisa, que consigue que mi pulso se acelere aún más, si cabe.

—Hola, soy Irene —lo imito, pero sin sonrisa. No puedo ni sonreír.

La suya se intensifica.

—Creo que eso ya lo sabía. Tu nombre, quiero decir... Irene Fernández.

Asiento, sin saber de pronto cómo continuar la conversación. Él se me adelanta:

—Lo que no sabía es que detrás de esa tal *Irene* se escondía una chica tan guapa.

Me sonrojo. Siento cómo mis mejillas se encienden y casi estoy a punto de decirle: *¡Tú sí que eres guapo!* Pero me contengo, porque no quiero causarle una impresión equivocada. En su lugar, digo:

—Gracias por lo que me toca. Se hace lo que se puede...

A partir de ahí, mi mente desconecta por completo, es como si me hubiera

abandonado. Dani empieza a hablar y ya no se detiene. Habla y habla sin parar,

mientras yo no puedo hacer nada más que mirarlo. Me pierdo en sus labios, incapaz de entender nada de lo que está diciendo. No sé si él no nota mi actitud;

si lo hace, lo disimula muy bien. Por si fuera poco, de repente veo cómo se incorpora y, estirándose, se desprende de la camiseta de un solo movimiento.

Deja al descubierto un cuerpo moreno por el que podría volverme loca; corrijo:

por el que cualquier mujer se volvería loca.

Se encoge de hombros a modo de disculpa:

—Perdona. Es que hace mucho calor, tengo la calefacción a tope...

Se excusa, aunque no veo necesario que lo haga. Yo, que estoy casi sin aliento, consigo murmurar:

—Tranquilo. No hay nada que perdonar.

—He visto en tu perfil que eres de Logroño.

—Sí —corroboro— ¿Y tú?

De pronto caigo en la cuenta de que he pasado ese punto por alto. Él me lo aclara enseguida:

—Soy de Palma de Mallorca. Aquí he nacido y aquí sigo.

—Mmm. ¡Vaya! —musito—. Eso queda bastante lejos.

En el fondo, no sé por qué he sentido ese disgusto al descubrir la distancia que nos separa, ya que no tengo previsto más que compartir unas charlas con este muchacho; pero, de todas formas, me afecta.

—Sí —me confirma él con su tono de voz ronco—. Muy lejos. En la otra orilla del charco, podríamos decir. ¡Pero hay algo bueno! Soy un nadador profesional, y estoy seguro de que podría llegar hasta el otro lado, con tal de poder ver esos hermosos ojos marrones más de cerca.

Inclino la cabeza hacia atrás, riéndome. Me causa gracia su desparpajo, aunque no puedo evitar preguntarme a cuántas chicas más les dedicará semejantes halagos. De todas formas, me río con ganas. Me río por primera vez

en toda la tarde, en toda la semana, en todo el mes, en todo el año; casi en toda

una vida o, al menos, eso me parece a mí en este instante.

La expresión de Dani también parece alegre. Y así, por culpa (o favor), del destino, seguimos conociéndonos, contándonos cada uno lo que nos apetece y lo

que consideramos necesario. Preguntas de todas clases, respuestas de todo tipo.

Preguntas banales, como: «¿Qué horóscopo eres? ¿A qué te dedicas? ¿Qué te gusta hacer?». Hasta otra clase de preguntas, estas más íntimas: «¿Tienes pareja?

¿Cuánto tiempo llevas sola? ¿Qué buscas en una persona?».

Sin darnos apenas cuenta, la noche sigue su curso y nosotros seguimos allí,

cada uno sentado en su correspondiente silla. Aunque me gustaría seguir

hablando con él, de todo y de nada, hasta que amaneciera; llega el momento de

despedirnos. Es Dani el que empieza:

—Bueno, muchachita, ha sido todo un placer coincidir contigo. Ahora tengo que dejarte, porque me quedan solo un par de horas para descansar.

Asiento en silencio, aunque quisiera pedirle que no se vaya, que no desconecte la cámara. Al final, logro decir:

—El placer ha sido mío.

—Buenas noches, Irene.

—Buenas noches, Dani.

Entonces, cuando su imagen desaparece, apago el ordenador y me quedo con una molesta angustia, la que me crea el saber que vuelvo a quedarme sola.

Acabo de percatarme de que no he cenado, seguramente Dani tampoco lo haya

hecho. ¡Pero qué importa! Con toda certeza, este ratito que hemos pasado ha sido más interesante que un plato de filetes con patatas fritas.

Me acuesto en la cama y cierro los ojos. Ya es tarde, pero no tengo sueño. Es inevitable que todas las palabras recientes acudan a mi cabeza, así como su rostro. En unas horas, me he enterado de que Daniel (Dani, como lo llaman), es

un chico de veintiocho años, simpático y, por lo que parece, con mucha seguridad en sí mismo. Vive en una casita de un barrio de Palma de Mallorca.

Como yo, lo hace solo. Sus padres, por cuestiones de trabajo, emigraron a otro

país cuando él era más joven, y, desde entonces, los únicos familiares que tiene

cerca son su hermana María (a la que adora, aunque a veces lo saque de quicio)

y su primo Rodrigo, con el cual mantiene una relación muy estrecha. Tiene más

amigos, claro está, entre los que destaca un tal Iván, su vecino y confidente. No

he querido indagar sobre el hecho de si también tiene muchas amistades

femeninas; doy por hecho que tiene que ser así. Un chico como él no pasa desapercibido, no hay que ser muy perspicaz para saberlo.

También sé que trabaja de mecánico. Tiene su propio taller de coches. Allí,

su primo y su amigo le echan una mano. Que no le sobra la pasta, por palabras

textuales, pero que tampoco se priva ni vive pensando en el dinero. Un chico sin

vicios; ni alcohol, ni drogas, ni tabaco.

Poco a poco, voy dejándome llevar por el cansancio y me voy quedando

dormida, mientras pienso que este chico es perfecto. Tan perfecto, que quizá no

sea más que un sueño.

Capítulo 11. Él... y yo

A veces la vida nos sorprende para bien, otras veces para mal. En mi caso, afortunadamente, ha sido para bien. Dani ha llegado a mi vida cuando, sin saberlo, más lo necesitaba; y ahora solo espero que lo haya hecho para quedarse.

Después de esa inesperada noche, creí que no volveríamos a tener contacto,

que él no volvería a escribirme. Pero me equivoqué. ¡Y cuánto me alegro de haberlo hecho! Al día siguiente de nuestra primera conversación, me llegó un mensaje; fue a primera hora de la mañana, con el cual me hizo despertarme.

En

el mensaje solo decía:

« *Buenos días, preciosa* ».

Para mí, fue el mensaje más bonito del mundo. Obviamente, le contesté. Así

seguimos durante unos días más, y noches, hablando vía Facebook y viéndonos

por la cámara; pero no tardamos mucho en darnos el número de móvil. Me llamaba, o yo lo llamaba a él, a cualquier hora del día, en cualquier rato posible.

Los segundos se convertían en minutos y los minutos en horas, y cada vez nos

costaba más decidir quién colgaba primero. Nos contamos muchas cosas,

conversamos sobre sucesos vividos, unos buenos y otros no tanto. Y seguimos haciéndolo, pues, a día de hoy, Dani y yo ya llevamos dos meses conociéndonos.

En realidad, no lo conozco, al menos no en persona; pero tengo la sensación

de conocerlo de toda la vida. Hemos llegado a tal punto de confianza que ya no

nos cohibimos para hablar de cualquier tema; nos contamos, incluso, los secretos

más guardados, esos que todos albergamos en algún rincón de nuestro ser. Es raro, suena casi irreal, pero puedo asegurar que he hablado más con Dani en este

corto periodo de tiempo que con Javier en cinco años.

La verdad es que ya casi ni me acuerdo de él, de Javi, salvo en las ocasiones en las que tengo que hacerlo obligatoriamente para explicarle algo a Dani que tenga que ver con mi anterior relación. Dani dice que es muy reciente mi ruptura,

y que tal vez solo esté confundida y acabe regresando con él. Supongo que, aunque no lo expresa en voz alta, tiene miedo de que eso pase. Lo que él no sabe

es que no tengo ni la más mínima intención de regresar con Javier. Aunque él llegase a intentarlo algún día, lo nuestro está más que terminado; y, si antes lo tenía claro, ahora lo tengo más. Ahora que tengo una nueva ilusión, ahora que Dani ha aparecido en mi mundo para cambiarlo todo, incluso el concepto que tenía de mí misma. Aunque no se lo digo, yo también tengo miedo, miedo a despertar un día y darme cuenta de que todo esto no ha sido más que un sueño.

Me aterra pensar que puede que, en un tiempo, Dani se aburra de mí y no vuelva a escribirme ni a llamarme. Me asusta más todavía lo que estoy sintiendo.

Si en otro momento de mi vida, en una época ya pasada, me hubieran contado todo esto, yo me habría echado a reír y los habría tachado de locos. Sin

embargo, aquí estoy, sentada en el sofá de mi casa con un portátil en las manos,

esperando a que llegue la hora acordada para volver a ver al hombre que tanto me gusta.

Amor... No puedo decir esa palabra, todavía no. Es demasiado grande, abarca demasiados sentimientos. No obstante, esto que siento es muy parecido.

Pero, ¿acaso es posible enamorarse de alguien que está tan lejos? ¿Se puede

querer a una persona aun sin haberla conocido? He escuchado muchos casos así,

de gente que se conoce por Internet y acaba formando una pareja; eso en algunos

casos, no en todos. Pero siempre me ha parecido absurdo. Con las miles de personas que uno tiene cerca, ¿para qué ha de ir a fijarse en la más inalcanzable?

Creo que ya no tengo respuesta para eso. Solo sé que Dani me atrae hasta un límite insospechado. Y que no hay un solo minuto en el día en el que no piense

en él; mientras me visto, mientras limpio, mientras cocino, mientras salgo en busca de trabajo... siempre, siempre, espero su llamada. Y siempre llega.

Si pudiera... ¡Ay, si pudiera! No pararía de saborear sus labios, su cuerpo.

No dejaría sin probar ni uno solo de los tatuajes que tiene dibujados en su pecho.

Mientras espero a que se conecte, cierro los ojos y me permito fantasear con esa

escena. Él y yo, juntos. Él y yo, cerca. Él y yo, siempre.

Capítulo 12. Extrañar algo que nunca se ha tenido

Por fin, llega la hora. A las 21:00 en punto, ni un minuto más ni uno menos,

el chat de Facebook me indica que Dani acaba de ponerse en línea. Se nos ha hecho costumbre quedar siempre a la misma hora. Lo decidimos así porque es el

momento en el que ya hemos cenado, el día se ha terminado, y podemos

sentarnos tranquilos a disfrutar el uno del otro, aunque sea de esta forma tan extraña.

Desde que lo conozco, me he encerrado todavía más en mí misma. Si antes quedaba poco con mis amigas, ahora lo hago menos. Dani insiste en que tengo

que salir más, que tengo que airearme, pero no me apetece dar explicaciones a nadie del maravilloso momento que estoy viviendo. Esta parte de mi vida me pertenece. No quiero compartirla con alguien que, con toda probabilidad, no va a

entenderlo. Ahora, mi prioridad es este chico moreno y todo lo que él me hace

sentir. Él consigue hacerme sentir cosas que nadie ha logrado, sin necesidad de

ponerme un solo dedo encima. Pero eso va a cambiar esta noche, lo presiento en

cuanto la cámara se enciende y veo su rostro, iluminado como siempre por la emoción que le causa hablar conmigo; emoción que yo comparto.

Hay algo en su mirada que me indica que quiere decirme algo, o quizá es su rostro, levemente contrariado, que se muestra más serio de lo normal. Aun así, me saluda con la misma dulzura de siempre:

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, feísimo.

Y, a continuación, una divertida carcajada de parte de ambos. Se ha convertido en una especie de ritual, en un ritual que solo nosotros dos comprendemos.

—Hoy estás muy guapa —me halaga.

Pongo los ojos en blanco e inclino la cabeza hacia un lado, intentando

hacerme la ofendida.

—¿Hoy? ¿Eso quiere decir que los demás días no lo estoy?

Otra risita de su parte, una risa de esas que me llegan al alma y la llenan de vida.

—Siempre lo estás, y lo sabes. Por lo menos para mí, eres la mujer más bonita que hay en el mundo.

—¡No seas exagerado! —replico, aunque sus palabras me causan una gran felicidad—. Hay mujeres mucho más guapas que yo.

Él niega con la cabeza, todavía con esa expresión seria en el rostro.

—Para mí no. De verdad, Irene, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Trago saliva con rapidez, luchando por controlar el nudo que se está

formando en mi garganta. Pese a lo bonito de sus palabras, algo se remueve dentro de mí y me hace tener unas intensas ganas de llorar. Tal vez es que llevo

demasiado tiempo sin escuchar nada tan agradable, o quizá simplemente se trate

del inevitable miedo que tengo a que todo esto no sea verdad, a que se esfume

demasiado pronto. Como no deseo estropear nuestro «encuentro» con un ataque

de llanto infantil, me esfuerzo en disimular lo que me está pasando. Le dedico una media sonrisa, que espero que camufle la conmoción que siento.

—Tú también te has convertido en alguien muy especial para mí —confieso

en un susurro—. A veces, me asusta darme cuenta de cuánto.

Dani asiente en silencio, como queriéndome decir que me entiende perfectamente, que a él le sucede lo mismo. Antes de que pueda decir nada, me

apresuro a hablar, con el tono más despreocupado que puedo:

—¡Pero, bueno, no vamos a ponernos ahora melodramáticos! Cuéntame, feo, ¿cómo te ha ido el día? ¿Alguna novedad interesante que merezca la pena saber?

Las comisuras de sus labios, de esos labios tan sensuales que tiene, se curvan ligeramente hacia arriba y yo suspiro aliviada, pero solo en mi interior. He conseguido romper ese atisbo de melancolía que se había interpuesto entre los dos.

—Nada nuevo, pequeña. A no ser que cuentas como interesante que Iván y Rodrigo han tenido una pelea en el trabajo, en la que he tenido que intervenir.

—¿En serio? ¿Ha sido algo grave? ¿Por qué se han peleado?

Él responde a todas mis preguntas con solo una respuesta:

—No hay de qué preocuparse. Siempre lo hacen, pero no les dura mucho. A lo sumo, unos diez minutos, los que les cuesta decidir a qué bar van a ir esa noche a tomar una caña.

Sonrío, ya más tranquila y menos preocupada por unas personas que, en realidad, no conozco; pero que de tanto escuchar a Dani hablarme sobre ellos han pasado a formar parte de mi vida diaria.

—Entonces, ¿por qué esa carita? Te veo decaído y no me digas que no, porque sé que algo te pasa.

Me dedica otra sonrisa, pero esta vez es una sonrisa a medias; una sonrisa que, lejos de aliviarme, me deja todavía más intranquila.

—No lo sé, Irene. Hoy estuve pensando... —comienza, y se detiene un instante, sin saber cómo continuar—. La verdad es que llevo días haciéndolo.

Otro intento por tragar saliva de mi parte. De alguna manera, siento que esta es una de esas típicas frases con la que todos los finales empiezan, como bien canta Melendi en su canción *La casa no es igual*. Me preparo mentalmente para lo que sea que tenga que pasar, aun cuando sé bien que no estoy preparada para

nada de lo que presiento.

—¿Qué sucede, Dani? —pregunto en un murmullo. Aunque me aterra la respuesta que puedo recibir, necesito escucharlo, necesito saberlo.

—Estoy empezando a echarle de menos, Irene. Y este sentimiento no me gusta. Me hace sentir mal.

—¿Echarme de menos? —repito su pregunta, porque no sé qué otra cosa puedo decir—. ¡Pero si hablamos todos los días!

En el fondo, soy consciente de lo que quiere decir puesto que a mí me está pasando lo mismo. Lo extraño de una manera horrible, de una manera que hace

daño. Sin embargo, no quiero decirlo, por si así puedo evitar lo que, ahora veo, a los dos nos está sucediendo.

—No es lo mismo. Quiero besarte, quiero abrazarte, quiero llenar todo tu cuerpo de caricias que tengo guardadas para ti. Pero no puedo hacerlo. Eso es lo

que me hace echarte de menos. Y te juro que no entiendo cómo puedo extrañar

algo que nunca he tenido.

—No es mi culpa. Yo no puedo hacer nada...

Mi voz suena a justificación, aunque en verdad no sé por qué me estoy disculpando. Cabizbaja, dirijo la vista hacia el suelo de mi habitación, justo donde están apoyados mis pies. Escucho la voz ronca de Dani, pero sigo sin levantar la cabeza. No me atrevo, me asusta lo que puedo encontrarme.

—¡Sí puedes! ¡Sabes que puedes hacer algo! Puedes venir aquí, conmigo. Te lo he pedido muchas veces.

Resoplo. Es cierto, durante este tiempo (sobre todo durante el último mes), ha insistido en ofrecirme su casa, ha intentado convencerme de que viaje para visitarlo; para poder cumplir lo que ambos tanto estamos deseando. Eso es algo

que deseo con todas mis fuerzas; anhelo con todo mi ser poder reunirme con él y

lanzarme a sus brazos, mas, por algún motivo que desconozco, no me atrevo. No

tengo el valor suficiente para dar un paso tan grande. Como no sé cómo explicárselo para que me entienda, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Esto ya lo hemos hablado. Ya te he dicho que no puedo coger un vuelo y marcharme así porque sí a la otra punta del país.

—Ya. Al otro lado de la orilla, ¿verdad? —su voz refleja una decepción que resulta hiriente para mí—. Si te soy sincero, no lo entiendo. No veo por qué no

puedes hacerlo. ¿Qué te detiene allí, Irene?

Nada, voy a decirle, porque es así; nada me retiene en esta ciudad, en este barrio. Ahora, todas las personas que significan algo en mi vida se encuentran a

muchos kilómetros de mí. En cambio, prefiero mantenerme en silencio, demasiado temerosa quizá de que mis argumentos no resulten convincentes.

—¿Acaso tienes miedo de perder a alguien si vienes? Igual es eso, Irene.

Dime. ¿Quizá, en el fondo, hay algo en ti que desea volver con él?

Sus palabras son como un golpe en el estómago. Sus acusaciones infundadas

me lastiman, me ofenden. Entonces sí, alzo la mirada y la fijo en sus ojos, que, a su vez, no expresan ninguna emoción positiva. Trato de sonar calmada, pero la

rabia habla por mí:

—¿Se puede saber qué estás diciendo?! Mira, no sé si estás celoso, que eso

es lo que parece; pero, si es así, que sepas que no tienes ningún motivo para estarlo. ¡Yo no te he dado razones para desconfiar de mí! Es más, yo he depositado en ti mi confianza sin cuestionarme nada. ¿O es que piensas que yo

no puedo tener mis dudas? ¿Crees que a mí no se me pasa por la cabeza la idea

de que puedas conocer allí, en tu ciudad, a alguna chica que sí pueda darte lo que yo no puedo? ¡Pero no por eso te trato mal ni te culpo a ti por la maldita

distancia que hay entre nosotros!

Dani me observa, todavía serio. No dice nada, parece que mis palabras han conseguido el efecto deseado. Le ha impactado mi forma de reaccionar, ya que,

hasta ahora, no había conocido todavía mi faceta más enfadada. En cambio, él debe de estar más cabreado que yo porque, sin mediar más palabra, se despide con un gesto de mano; impidiéndome así poder alegar nada más. De pronto, la

oscuridad se hace ante mí. Sin ni siquiera avisarme, Daniel (sí, lo llamo así porque no me da la gana llamarlo *Dani*), ha decidido por su cuenta zanjar la conversación que manteníamos.

Si las cosas fueran distintas, si entre nosotros no hubiera tanta distancia, me plantaría ahora mismo en su casa y lo obligaría a escucharme, le haría entender

que no tiene razón. Pero, lamentablemente, eso no es posible. Dani ha apagado

la cámara que nos conectaba y con ello ha imposibilitado toda clase de contacto

posible; ni visual ni verbal. No tengo manera de rebelarme ante su actitud por mucho que quiera y eso me saca de mis casillas. Podría llamarlo por teléfono para cantarle las cuatro cositas que tengo ganas de decirle, pero sé de antemano

que no me lo cogería. Yo tampoco había visto nunca este comportamiento suyo;

es la primera vez que lo veo perder la calma. Quizá por eso me asusto, me inquieto, me ahogo; quizá por eso tengo el terrible presentimiento de que esto puede ser una señal, la señal definitiva. El momento que tanto temía ya ha llegado. Dani se ha aburrido, sino es de mí como persona, es de la

imposibilidad

de disfrutarme como se debe; como disfrutaban las parejas normales. Pero, ¿acaso

somos una pareja? ¿Es eso lo que somos? Me cuesta deducirlo porque no es esta

la definición que yo tenía como tal. Durante toda mi vida, he dado por hecho que

las parejas son las personas que, unidas, deciden emprender un camino juntos, que persiguen un futuro en común. No separados, no sin conocerse, sin haberse

tocado, sin haberse probado; no sin poder experimentar en el otro cuerpo antes

de decidir que sí es el cuerpo al que deseas unirte. Aunque, ahora que lo pienso,

creo que Dani es lo más cercano a una pareja que he tenido en mi vida.

No quiero menospreciar a Javier. Pese a todo, guardo un bonito recuerdo de

él, de nuestro pasado juntos. No todo en nuestra relación fue malo, pues, de haber sido así, jamás me hubiera ido a vivir con él. Sin embargo, no puedo comparar a Javi con Dani, no puedo comparar un sentimiento con el otro. No me

gusta admitirlo, pero ahora mismo tengo un remolino de emociones en mi interior que no puedo explicar ni quiero.

¡Hacía tanto que no me sentía así! Ya no recuerdo cuándo fue la última vez

que experimenté esta angustia en mi pecho. Y, lo peor de todo, es que me gusta.

No es que sea masoquista ni nada por el estilo; lo que sucede es que me resulta

agradable redescubrir esta parte de mí misma que había permanecido olvidada.

Me duele, sí; solo el pensar que pueda perder a Dani me duele tanto que me impide casi respirar, pero eso solo puede significar una cosa. Aparte de que está

claro que este chico me importa, esto también quiere decir que estoy viva. Viva,

como hace muchos años que no lo había estado.

Contengo las ganas de llorar que siento, ya no sé si fruto de la tristeza o de la satisfacción que me da haberme reencontrado con la mujer que era; con la mujer

que aún soy.

Acabo de descubrir que llevaba tiempo dormida y, por alguna razón, acabo de despertar de ese sueño (o de esa pesadilla). Y la sensación que me causa entender eso es alucinante, es devastadora.

Capítulo 13. Solo tú, al otro lado de la orilla, pero tú

Hay cosas en la vida que hay que hacerlas sin muchos miramientos, sin

paradas innecesarias para sopesar si es lo correcto o si, por el contrario, es una completa locura. Sucede que, a veces, sencillamente no hay tiempo para efectuar

esas paradas, pues lo que está en juego es demasiado importante. Y Dani lo es.

Tal vez no imprescindible, pero sí importante, por lo menos para mí.

Me he tirado toda la noche dándole vueltas a la cabeza (cosa que se me da

demasiado bien), y he llegado a la conclusión de que no puedo, ni quiero, perder

una oportunidad como esta. Porque con él tengo la oportunidad de ser Feliz, Feliz con mayúscula. Y sería de tontos desaprovecharlo.

Por eso, voy a intentarlo; porque no solo creo, sino que considero, que merece la pena. He pasado horas meditando sobre el mejor modo con el que demostrarle a este muchacho que se ha equivocado con sus suposiciones; que mi

rostro solo tiene ojos para él, que mi cuerpo le pertenece exclusivamente a él, aun cuando no pueda tenerlo como quisiera.

Cuando he encontrado la solución para detener este enfado absurdo, casi doy un salto de la cama y me aplaudo a mí misma. ¡Si es que... hay que ver lo que

hace el amor! Nos vuelve más pensativos, más despiertos, más todo. Tan segura

de mis actos que ni yo me reconozco, he empleado la mañana entera, y parte de

la tarde, en organizar al dedillo mi plan. Después, solo me quedaba un último detalle, el más valioso y esencial para que todo cuanto he preparado funcione. Y

así lo he hecho. Sin dudas ni inseguridades, le he informado a Dani de mi necesidad de hablar con él; lo he hecho en forma de mensaje. No he querido excederme demasiado ni dar muchas explicaciones; he escrito simplemente

« Hoy, a la misma hora de siempre. Hay algo que quiero enseñarte. No te arrepentirás, o eso creo. Te espero, desde la otra orilla».

No puedo negar que, una vez enviado, los nervios han hecho acto de presencia y se han acomodado en mi interior. Sería demasiado autocontrol

permanecer tranquila, con tantas cosas en las que pensar. Una de ellas: « ¿Me contestará?». «¿Se conectará a las 21:00, como le he pedido?»

No lo sé, lo único que sé es que no voy a dejar que mis temores influyan en

lo que tengo pendiente hacer. Hoy, por primera vez en mucho tiempo, he dedicado horas y horas en dar vueltas por el centro comercial, con el único propósito de encontrar algo que ponerme. Y no podía ser una prenda cualquiera,

no; tenía que tratarse de algo especial, algo que fuera capaz de dejar al más

resistente sin palabras. Creo que lo he conseguido. Mirándome en el espejo de mi habitación, me sorprendo a mí misma con el placer que me da ver mi propia

imagen. No es que me haya costado mucho trabajo; apenas unos cuantos

minutos para asearme y cepillar mi cabello, dejándolo secar al aire. Un suave maquillaje en el rostro, un poco de sombra de ojos dorada y otro poco de brillo

en los labios, y ya está, lista para enfrentarme a lo que sea necesario. Lo demás... es un secreto. Un secreto que solo desvelaré en el caso de que Dani decida hacerme caso.

Por fin, cuando comienzo a pensar que la dichosa hora no va a llegar nunca,

el reloj marca las 21:00. Para mi desgracia, los minutos siguen pasando y, con ellos, mis nervios crecen. De repente, el sonido más bonito que podrían escuchar

mis oídos llega hasta mí. Cojo rápidamente el móvil que ya tengo al lado y leo

con ansias:

« Dame cinco minutos. Mi hermana acaba de salir de casa. Ya sabes, las mujeres a veces podéis ser muy insistentes».

¡Y tanto! , confirmo mentalmente. Si él supiera lo insistente y cabezota que puedo llegar a ser yo... Está casi a punto de averiguarlo. Sonrío

involuntariamente al percibir que su estado de humor es mejor del que había supuesto. ¡Por lo menos, tiene ganas para bromear respecto a las mujeres!

Cinco minutos después, como me ha prometido, su nombre aparece en la ventana de mis contactos conectados. Mi corazón se llena de felicidad, casi temo

que dé un salto y se salga de mi pecho. Llevo solamente 24 horas sin verlo, sin

escucharlo, sin recibir noticias de su parte, pero en estos momentos me da la impresión de que hace una eternidad de todo eso. Cuando lo veo, sentado en la

silla de su habitación, con su cara iluminada por la leve luz de una lámpara de mesa, creo que va a darme algo de la emoción que siento.

Para mi tranquilidad, nada de eso sucede. Dani me saluda, no con la misma ternura que de costumbre, pero tampoco con la misma frialdad con la que me trató ayer por la noche.

—Buenas noches...

Carraspeo intencionadamente.

—Mmm. ¿Solo eso?

Él pone cara de no entender a lo que me refiero. Me mira con gesto interrogante. Yo, lejos de enfadarme, pongo morritos y le dedico una expresión

de lo más infantil. Mimosa, insisto:

—Buenas noches...

Entonces, percibo en él un atisbo de complicidad. Debe de causarle gracia mi comportamiento porque, aunque intente ocultarlo, su rostro se suaviza y sus labios hacen amago de dibujar una sonrisa. Al final, claudica:

—Buenas noches, preciosa.

¡Mi corazón da un grito de júbilo! Ahora sí que salta, y no solo salta, sino que se eleva hasta lo más alto posible, hasta el mismo cielo.

—Buenas noches, feísimo.

Ahora es él quien carraspea.

—Me has dicho que tienes algo que enseñarme. ¿Qué es?

—¡Eh, eh! —Pongo una mano en alto, justo enfrente del ordenador para que pueda verla—. Tranquilo, no tengas prisa. ¿No has oído nunca eso de que la curiosidad mató al gato?

Dani suelta una sonora carcajada, incapaz ya de resistirse a mis ocurrencias.

Soy consciente de que he dado en el clavo, porque ese refrán es justo con el que

él se dirigió a mí, cuando aún éramos unos completos desconocidos. No puedo

explicar la alegría que me causa escuchar su risa de nuevo.

—¿Y bien? —me pregunta, ya más relajado.

Inspiro lentamente y suelto el aire por la boca, despacio; mientras me digo mentalmente que ha llegado el momento, que ya no hay marcha atrás. Hasta el

momento, Dani no puede ver de mí más que lo que yo misma le permito, o, mejor dicho, lo que la dimensión de la cámara le permite. Normalmente, nos enfocamos en el rostro y, como mucho, nos hemos podido ver el uno al otro cuando uno de los dos se levantaba para coger algo de la habitación o para salir

al servicio. En esos casos, yo siempre estaba en pijama, con la confianza que me

causa saber que con él no tengo que tener vergüenza alguna. Sin embargo, eso está a punto de cambiar, esta noche, ahora mismo.

Sin más demora, me incorporo lentamente de la silla. Tengo que hacerlo ya o no seré capaz. El corazón me late más rápido que de costumbre. Aun así, no estoy nerviosa, sino más bien excitada, entusiasmada por lo que está a punto de

suceder. Ya en pie, doy unos pasos hacia atrás, sin dejar de mirar a la cámara del ordenador, hasta que calculo que estoy en la posición exacta para ofrecerle una

buena visión a Dani de mi cuerpo.

—¿Dónde vas? —lo oigo preguntar, pero no respondo.

Estoy demasiado concentrada en mis propios pensamientos. Él me observa, me observa y me observa, ajeno todavía a lo que estoy a punto de mostrarle.

Sobre mi piel, tan solo un camisón de esos de estar por casa; un camisón no demasiado sexy, pero que consigue captar toda la atención de Dani de igual manera.

—Irene... —escucho mi nombre a través del altavoz del portátil y, por su voz, deduzco que está empezando a sospechar algo.

Decidida, maliciosa y seductora, le propongo:

—¿Qué te parecería disfrutar de mí, de una manera que nadie ha hecho nunca?

Me acerco un poco más a la mesa, donde se encuentra el ordenador, para poder fijarme mejor en su reacción. Es justo la que esperaba. Dani me mira fijamente, con un brillo pícaro en los ojos que, incluso a través de la pantalla, soy capaz de percibir.

—No hay nada que podría gustarme más que eso —me asegura con la voz más ronca de lo normal.

—Me alegra escucharlo.

—Sorpréndeme.

Me lo tomo como un reto. Lo miro con expresión desafiante. Él entorna los ojos, supongo que para verme mejor, para tratar de sentirme más cerca de lo que

en realidad estoy. Entonces, despacio, vuelvo a alejarme, esta vez dándole la espalda. Me detengo unos segundos, un tanto indecisa de pronto.

Inevitablemente, me vuelvo a preguntar qué estoy haciendo. Después, con una sonrisa que él no puede ver, aparto mis pudores a un lado y me dispongo a actuar. Lentamente, muy lentamente, me voy deshaciendo del soso camisón que

llevo puesto, moviéndome en una especie de baile improvisado. El camisón cae

al suelo, dejando lucir por fin el bonito conjunto interior que me he comprado y

que tanto me ha costado elegir. Un sujetador blanco, casi transparente, y un finito tanga de hilo del mismo color, es lo único que ahora evita una completa desnudez de mi cuerpo. Desde esta postura, le ofrezco un buen panorama de

mi

firme trasero.

Sin darme la vuelta para comprobarlo, sé que Dani está sonriendo.

Efectivamente, he acertado. Cuando giro levemente mi cabeza para mirarlo, contemplo su rostro radiante y hermoso. En sus labios se dibuja una sonrisa; en los míos, no. Tengo demasiadas emociones dentro, todas positivas, como para poder siquiera sonreír. Me acerco un poco más, lo suficiente para que pueda verme mejor, pero no lo bastante como para impedir que la cámara reduzca demasiado mi imagen.

—¿Qué estás haciendo, Irene? —me pregunta incrédulo, sin dar crédito a lo que está viendo.

Juguetona, le contesto de inmediato:

—Me entrego a ti, de la única manera que puedo hacerlo.

Dani se frota la cabeza con la mano y suspira.

—Vas a volverme loco.

Sus palabras son el empujón que necesitaba para continuar. También sus ojos profundos, cargados por el deseo, que me recorren y me comen con la mirada.

Sin más preámbulos, sin más esperas, termino lo que he empezado y me desabrocho el cierre del sujetador, con el inevitable pensamiento de lo mucho que me gustaría que lo pudiera hacer él. Acto seguido, el tanga también desaparece de mi cuerpo. Ahora sí, completamente desnuda, estiro las manos a

ambos lados y me muestro a él como lo que soy, como vine al mundo.

Dani se queda sin habla. Las palabras sobran en instantes como este. A partir de ahí, todo surge por sí solo. Nosotros simplemente nos dejamos llevar, como lo

hacen los enamorados, los ansiosos por disfrutar de un placer que les ha sido prohibido. Cojo el ordenador y lo llevo conmigo hasta la cama. Lo dejo ahí con

suavidad, casi con temor de romperlo y estropear este mágico momento. Me tumbo de lado, en una posición que le permita a Dani verme y a mí verlo. Él sigue sentado en su silla. La echa un poco hacia atrás y llega mi turno de observar. Se quita los calzoncillos y me deja ver su parte más íntima. No me sorprende al comprobar lo bien dotado que está; por alguna razón, me lo había

imaginado. Y se ayuda con la mano para darse placer, mientras yo me deleito con esa escena. La excitación es tanta que me cuesta controlarla. El sentido común me ha abandonado. Deslizo la mano por mi vientre, hasta llegar más abajo. Todavía no me puedo creer lo que estoy haciendo; lo que este chico está

haciendo conmigo, con mi vida. Sin embargo, no recuerdo un momento más feliz y más morboso que este.

Así seguimos un rato más, cada uno obsequiándose a sí mismo su propio placer y, a la vez, dándose al otro. Nuestros cuerpos no pueden unirse, pero nuestras miradas sí. Sus ojos se funden con los míos; me cuentan tantas cosas que, de golpe, se borran todas las dudas que había tenido respecto a nuestra inusual relación y se confirma algo de lo que ya no podré escapar: coherente o

no, estoy enamorada de este hombre, como no lo he estado nunca de nadie.

Y sigo disfrutando de mis propias manos, imaginando que son las de Dani, que me acarician; hasta que todo mi cuerpo se revuelve en un instante de

placer

máximo y, al fin, llego al orgasmo. Me quedo un poco así, tumbada en mi cama,

intentando recobrar el aliento y acompasar mi respiración. Cierro los ojos y me

esfuerzo en grabar este instante en mi memoria, en un rincón donde se guardan

los recuerdos bonitos, los perdurables.

Cuando los abro, me encuentro con que Dani está viviendo exactamente el mismo proceso que yo. Su rostro, relajado, ya saciado, me indica lo mucho que

le ha gustado este acto compartido.

—Feo... —lo llamo, con voz bajita.

Él alza la mirada y me observa. Por su gesto, da la impresión de haber salido de un trance, de haber despertado de un sueño.

—¿Por qué has hecho esto? —me pregunta sin apartar sus ojos de los míos.

Todavía desnuda, tanto de cuerpo como de alma, le respondo:

—Porque quería demostrarte que para mí no existe ningún hombre más que tú. Solo tú, al otro lado de la orilla, pero tú.

Dani asiente silenciosamente. Si no sería porque al no verlo en persona me cuesta mucho confirmarlo, aseguraría que está a punto de echarse a llorar.

—¿Eres real?

—Sí, lo soy. O eso creo.

Para dejárselo más claro, estiro mi mano hacia el ordenador y la poso justo en el lugar donde se encuentra la cámara, la dichosa cámara que nos ayuda a vernos pero que nos impide tenernos como nos gustaría. Él hace lo mismo.

Nuestros dedos se acarician por un instante. Aunque nadie lo comprendiera, nosotros somos conscientes de que este es uno de los actos más íntimos de los

que podemos disfrutar. Y lo aprovechamos, y lo sentimos, y lo vivimos.

—Pequeña, creo que te quiero.

Sus palabras son música para mis oídos. Sonriente, le digo:

—Yo también lo creo.

Nos despedimos. Estamos agotados y extenuados de tanto placer recibido, de tantos sentimientos acumulados. Le lanzo un beso con las manos. Él me

responde con muchos más; mil más, mil besos solo para mí. Y así, sin vestirme

ni cambiar de postura, voy quedándome dormida. De la emoción, no me molesto

ni en apagar el ordenador. Con los ojos cerrados, rindiéndome ya a los brazos de

Morfeo, soy consciente de que él está observándome. Vela por mi sueño, como

vela por mi vida, de una manera que nunca ha hecho nadie. En algún momento

de la madrugada, el portátil terminará por apagarse, por culpa de la batería, pero sé que nuestros corazones no lo harán; pues estos ya están unidos. Nos guste o

no nos guste, ya no hay marcha atrás. Ya no.

Capítulo 14. Me toca ser feliz

Mi día comienza de la mejor forma posible. Me despierto con el dulce sabor en los labios o, mejor dicho, en la mente, de los recuerdos de la noche pasada;

hace tan solo unas cuantas horas. Me incorporo de la cama estirándome levemente, desperezándome, dando la bienvenida a todo lo que esté por venir a

partir de este momento.

Tras ponerme las zapatillas de andar por casa, voy a la cocina y me preparo un café. Quiero despejarme y poder rememorar aún mejor las escenas vividas con mi morenito. Me quedo un rato así, con una taza calentita en las manos y la

cabeza en otro lugar, un lugar muy alejado de esta casa. Sonrío, aunque nadie pueda verme; con la tranquilidad de quien sabe que ha hecho lo correcto, aunque

a otras personas pueda no parecérselo.

Anoche logré sorprender a Dani, de eso estoy segura; y, ahora, sé que algo ha cambiado inevitablemente en nuestra relación. Tal vez por eso mismo, porque hemos pasado «oficialmente» a ser una pareja; lo pongo entre comillas porque no lo sabe nadie más que nosotros... todavía. Sin embargo, lo tengo claro: hemos dado un paso bastante grande, compartiendo nuestra propia intimidad como tal vez no habíamos hecho con nadie. Aun en la distancia, aun en la imposibilidad de tocarnos, Dani y yo nos hemos vivido, nos hemos sentido, nos

hemos amado. Y eso ya no hay nadie que me lo quite.

Además, he tomado una decisión. No ha sido una de esas que se toman después de darle muchas vueltas al asunto, de pasar horas sopesando los pros y los contras... No, la idea me ha venido así, de repente, casi al mismo tiempo en el que estaba abriendo los ojos. Desde entonces, no he podido parar de pensar en ello. No voy a dudar, no voy a plantearme si es una buena idea o, por el contrario, es completamente descabellada. Simplemente, voy a hacerlo; porque quiero, porque puedo y porque es lo que más deseo en estos momentos de mi vida. ¿Hay algo más convincente que eso?

En algún punto de la mañana, me entra la necesidad (bastante fuerte, por cierto), de compartir mis planes con alguien más. ¿Y quién mejor para eso que

mi buena amiga Nelia? Sin pensarlo demasiado, porque si lo pienso no voy a hacerlo, busco su nombre en mi móvil y le mando un mensaje, en el que solo le

digo que la espero en mi casa y que tarde lo menos posible. No hace falta decir

más; no me responde, tampoco me llama, ella sabe bien que esas simples palabras significan algo más grande. Lo que no puede imaginarse es qué grande

es en realidad...

A la hora de la comida, las 14:00 aproximadamente, el timbre de casa suena y me apresuro a abrirlo. Todavía en pijama, la espero en la puerta de la entrada.

No estoy nerviosa, a pesar de que tal vez debería estarlo; lo único que tengo es

unas ganas locas de contarle todo lo que está pasando por mi cabeza. Puede que,

en el fondo, esta necesidad de poner en su conocimiento mis intenciones, no sea

más que una manera inconsciente de buscar un escape, de ver la realidad desde

la perspectiva de otra persona y echarme para atrás.

De un modo u otro, ya es tarde para lamentaciones. Nelia está subiendo, lo sé

por el ruido que emite el ascensor en su subida, y es cuestión de minutos que lo

que tengo entre mente salga a la luz en forma de palabras. La saludo como si nada, con dos besos; como si fuese un día más, uno de tantos en los que ambas

acudíamos, casi a diario, a casa de la otra para hacerle una visita. Esta, sin embargo, no va a ser tan cómoda y agradable; lo intuyo. Como por arte de magia, compruebo que no me he equivocado en mis suposiciones en cuanto mi

amiga, ya dentro de mi casa, se dirige al salón y abre la boca:

—¡Irene! Sé que quieres contarme algo, pero yo también tengo que hacerlo

—habla a toda prisa, mientras se sienta en el sofá—. Había pensado que iba a aguantarme sin decirte nada hasta que tú me explicaras por qué me has hecho venir. Quizá, en realidad, no debería decirte nada. ¡Pero es que no me aguanto!

¡Te juro que si no lo suelto voy a explotar!

Me dejo caer en el sillón individual y miro a Nelia. Los ojos, agrandados por

la emoción; los labios, haciendo esfuerzos sobrehumanos para mantenerse

cerrados. Desde aquí no puedo escuchar su corazón, pero juraría que palpita descontrolado. Si no la dejo hablar a ella primero, estoy convencida de que su advertencia se va a convertir en realidad.

—¡Suelta, suelta! —la animo entre risas—. ¡No vaya a ser que te pase algo malo por mi culpa!

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Me encojo de hombros, medio indiferente medio divertida.

—No, no puedo estar segura de algo que todavía desconozco. Pero, nos conocemos, vas a contármelo de todas formas... Así que, ¿a qué esperas?

¡Arranca!

Ella se ríe, pero es solo por unos segundos. Enseguida, recupera su gesto serio y me observa fijamente, como queriendo buscar en mis ojos respuestas a preguntas que todavía no ha formulado. Emite un hondo y largo suspiro. Parece

nerviosa, indecisa, pero a mí no me engaña; sé que está disfrutando como una niña al ser ella la portadora de la noticia que voy a recibir, sea la que sea.

—He visto a Javier. Ayer, por la noche...

Guarda silencio, intencionadamente, durante un breve periodo de tiempo; puede que para dar más énfasis a sus palabras, puede que para darme oportunidad de asimilar lo que me dice. Después, continúa:

—Estuvimos tomando una copa.

Otra vez silencio. Otra vez sus labios se cierran y aguardan mi respuesta, que, por cierto, no llega. Ella me sigue mirando, mientras por mí solamente pasa

el pensamiento de qué pintaba Nelia tomando algo con Dani y de noche. Ellos nunca han tenido una amistad demasiado estrecha que digamos; es más, ni siquiera la han tenido, y no consigo atar cabos. Es ella la que los junta.

—Fue una casualidad. Nos encontramos en un bar, ese que han abierto hace poco, ¿sabes?

—No, no sé —le digo, y no es por sonar borde, sino porque es cierto. Hace mucho que se me olvidó lo que significa salir de noche.

—Yo había ido con la intención de tomar algo fresquito, algo que me sacara un poco del aburrimiento en el que vivo. Ya sabes, mi vida no es la más emocionante que digamos. Estuve a punto de llamarte para ver si te apetecía acompañarme, pero no lo hice porque, en el fondo, me apetecía estar sola.

Asiento silenciosamente, instándola a continuar. La verdad es que, en caso de haber recibido esa llamada, habría rechazado su oferta con total seguridad. En realidad, ni siquiera sé si habría contestado al teléfono. Estaba demasiado ocupada... Una vez más, sonrío al recordarlo. Nelia no parece darse cuenta y prosigue:

—A él parece que le pasó lo mismo. A Javier, me refiero. Cuando entré en el bar ya estaba allí, sentado frente a la barra, bebiendo tranquilamente un cubata.

Hace otra pausa. Da la impresión de no estar segura de si debe seguir hablando. Noto sus nervios por más que se esfuerce en esconderlos. No puedo evitar que se me pase por la cabeza la duda de si acaso ha pasado algo entre los

dos, de si acaso hay algo entre ellos; pero enseguida escucho a mi voz interior diciéndome que qué más da; que a nosotros, a mi corazón y a mí, ya no nos importa Javier ni nada que tenga que ver con él. Por eso, intento hacerle más fácil a mi amiga este momento tenso:

—Neli, cariño, no te andes por las ramas. No tienes de qué preocuparte, en serio. Javier y yo ya no somos nada, nada absolutamente. Por lo tanto, él es libre para estar con quien sea... y ese *quien sea* te incluye a ti también, si es el caso.

—¡No! —Nelia abre los ojos como platos y su expresión cambia de nerviosa a sorprendida, casi diría ofendida—. Si lo que estás queriendo decir es que entre

tu ex novio y yo... No, rotundamente no. No es eso lo que quiero contarte. Me

invitó a una copa y la acepté, eso es cierto. Hablamos mucho y se nos hizo tarde,

pero entre nosotros no hubo más que eso.

—Vale, Nelia. De todas formas, va en serio cuando te digo que no me importaría. A ver, no voy a negarte que sería un poco raro veros a los dos juntos, pero lo entendería. Javier ya no me duele. No me importa lo que haga con su vida, de verdad.

—Pues a él tú sí le importas, Irene.

Mis sentidos se ponen en alerta al escuchar esa frase. Creo que me he equivocado completamente al creer que sabía el motivo de los nervios de mi amiga y creo también que casi habría preferido que fuera lo que yo estaba pensando. Al ver que no digo nada, ella se dispone a revelarme lo que tantas ganas tiene de contarme:

—Me preguntó por ti. Quiso saber si te veía a menudo y si sabía si estabas bien. Me contó que se sentía culpable por lo que hizo, por haberte abandonado

así, a tu suerte...

—¡No estoy abandonada! ¡No soy un pajarillo malherido! Si, por casualidad, vuelves a verlo, dile que sé valerme sola, que puede ahorrarse su preocupación.

—Pero que, más que arrepentido por haberte hecho eso, lo estaba por haberte perdido. Porque, palabras textuales, ha perdido a la mujer que más le importaba

en el mundo, la única que había aprendido a amarlo y a aceptar sus defectos.

De nuevo, el silencio se apodera de nosotras. De Nelia, porque ya ha dicho todo lo que tenía que decir; de mí, porque no me esperaba ni quería, oír eso.

Cuando por fin reacciono, lo hago de la única manera que podría hacerlo:

—Es tarde.

—Bueno, nunca es tarde para el amor —opina Nelia con una sonrisa en los labios—. Hay muchas parejas que han vuelto después de darse un tiempo.

—Ya, ¡pero es que nosotros no nos hemos dado un tiempo! Ha sido un *adiós*, un *se acabó*, un *c'est fini*, un *bye, bye*. Ha sido el punto final de una historia demasiado larga.

Emito un suspiro que sale de lo más hondo de mí, tratando por todos los medios de mantenerme tranquila. No quiero que nada que tenga que ver con ese

hombre me afecte, ya no. Entonces, lo suelto, quizá no en el momento más adecuado, pero lo hago porque lo necesito, porque yo también temo explotar si

no saco la bomba de relojería que llevo dentro:

—Estoy enamorada. Muy enamorada —repito esa palabra para remarcar lo que ella significa, para que no quede ninguna duda de la veracidad de mis sentimientos.

Como era de esperar, Nelia vuelve a poner cara de sorpresa total y, acto seguido, me interroga:

—¿Enamorada? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De quién? ¿Y por qué no me lo has contado antes? ¿Lo conozco?

Niego con la cabeza y, con una sola respuesta, contesto a todas sus preguntas:

—¡No lo conozco ni yo!

Si pensaba que los ojos de mi amiga no podían estar más abiertos, me equivocaba. Me mira como si estuviera enfrente de una enferma mental y se pasa

las manos por su cabello. Me pide, o me exige, todos los detalles, y yo accedo a

dárselos. Le cuento todo: desde el primer error, desde el primer mensaje, la primera llamada, la primera videoconferencia, la primera pelea, la primera declaración sincera... TODO. Hasta el momento más guardado entre nosotros

dos, el más íntimo, aquel en el que me despojé de todos mis pudores y me ofrecí

a él, de la mejor forma que supe hacerlo.

Nelia me deja terminar sin decir ni mu, pero, en cuanto ve que no tengo nada más que decir, se apresura a darme su opinión; que, por adelantado, sé que no

me

va a gustar:

—Irene, ¿tú te estás escuchando a ti misma? Me parece perfecto que te hayas divertido un rato; una ilusión nunca le hace daño a nadie, todo lo contrario. Pero,

¿de ahí a decir que estás enamorada? ¡No puedes estar enamorada de alguien a

quien no conoces!

—¡Sí puedo! —la contradigo—. Tú no puedes entenderlo, porque no sabes cómo es...

—¡Ni quiero saberlo! ¡A saber si es quien dice ser y no uno de esos tarados que se inventan una vida para engañar a las ilusas como tú! Irene, ese... ¿Dani, has dicho que se llama?

Asiento. Escuchar su nombre de labios de otra persona de pronto se me antoja extraño, pero no digo nada.

—Ese Dani no es real. Quiero decir, sí existe, eso está claro. Pero... pero...

¡Es una pantalla! ¡Te has enamorado de una pantalla de ordenador, no de un hombre!

Vuelvo a suspirar, esta vez con más fuerza. Quizá Nelia no lo sepa, pero está consiguiendo sacarme de mis casillas. La paciencia que tengo, y mira que es bastante, se está esfumando y no quiero tener que enfadarme; mucho menos con

ella, que es una de las pocas personas que de verdad me quedan. Aun así,

tengo

que hacerle comprender que no lleva razón, que hay un motivo para todo esto que ahora le parece tan absurdo. Me levanto y me siento a su lado. Me llevo la

mano izquierda al pecho y la poso en el lugar donde está mi corazón; con la otra

mano, cojo la de mi amiga y la aprieto con fuerza.

—Dani es real, Nelia. Es real, aquí. No necesito verlo para saberlo, no necesito conocer su piel para averiguar que quiero sentirla. Dani es lo más real

que he tenido nunca.

Por un momento, creo que he logrado convencerla. No pone pega alguna, se limita a contemplarme, hasta que digo:

—Hay algo más.

—¡Sorpréndeme! A estas alturas, no creo que puedas hacerlo...

Sus labios se tuercen en un gesto irónico. Yo me encargo de borrarélo con solo seis palabras.

—Me voy a Palma de Mallorca.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Qué estás diciendo, Irene?! No me lo puedo creer.

Definitivamente, has perdido la cabeza.

—¡Deja de ser exagerada! ¡Ni que me fuera a la guerra! Solamente serán unos días, todavía no sé cuántos. Tengo que ir a la agencia de viajes para gestionarlo todo. Tengo previsto viajar en dos semanas aproximadamente.

Nelia sigue dedicándome esa expresión reprobatoria, con la cual parece que se ha levantado esta mañana. Me apunta con el dedo.

—Tú, señorita, estás haciendo algo muy irresponsable. Sabes que está muy lejos, ¿verdad? ¿Sabes que tendrás que ir en autobús y luego en barco? ¡Por Dios, eso va a durar más de diez horas!

Sin poderlo remediar, sonrío; supongo que en el fondo me reconforta comprobar la clara preocupación que mi amiga tiene por mi bienestar.

—¡No creo que dure tanto! —desmiento—. Y, de todos modos, voy a ir en avión. Eso será mucho más rápido, ¿no?

Le guiño un ojo, pero ella no le encuentra la gracia por ningún lado. Prosigue con su ataque directo:

—¿En avión?! ¿Eres consciente de lo peligroso que puede ser viajar en avión?

—¡Bah! —Levanto una mano como quitándole importancia. — Le pones demasiadas pegas a todo. Si el destino es que me pase algo malo, pasará... bien

sea en avión, en barco o en bicicleta. Pero no tenemos que pensar así. Deberías

alegrarte por mí. ¡Yo estoy muy ilusionada!

—¿Y él? ¿También lo está?

Me encojo de hombros. La sonrisa no ha desaparecido de mi rostro.

—Dani aún no lo sabe. Es una sorpresa.

—¡Madre, madre! ¡En qué líos te estás metiendo! Bueno, nena, no te voy a decir más. Tampoco quiero parecer la típica madre refunfuñona y aguafiestas.

Solo quiero que sepas que no lo apoyo, pero que me tendrás para lo que haga falta. Si sale bien, que lo dudo... genial. Si sale mal... te estaré esperando,

¿vale? Y Javier también.

Me hubiera lanzado a sus brazos para agradecerle su comprensión, si no

hubiera nombrado a mi dichoso ex novio. Un irremediable mohín de fastidio se

forma en mis labios al escuchar su nombre en un momento tan apartado de él, un

momento que no le pertenece.

Nelia se queda conmigo toda la tarde; tras muchos consejos «maternales» y

varios intentos más de retenerme, se despide de mí y se va a su casa. Ya se ha

hecho de noche y debemos descansar. Ella más que yo, puesto que a mí hay alguien que, como siempre, me está esperando. Hablo con Dani, esta vez por teléfono, durante casi cuatro horas. ¡Espero que tenga buena tarifa porque, si no, esto lo va a llevar a la ruina!

Con muchos besos enviados a través de la distancia y muchas palabras

cariñosas, me despido también de Dani y me dispongo a intentar dormir.

Digo *intentarlo* porque dudo mucho de que pueda hacerlo. Una espiral de emociones se agolpa en mi pecho. ¿Quién sabe? Igual es cierto todo lo que me ha dicho mi

amiga, igual no estoy haciendo lo más sensato; pero quiero hacerlo y eso es algo

que prevalece por encima de cualquier otra realidad. No he sido del todo sincera

al nombrar al destino. Puede que este tenga mucho que decidir en nuestra vida,

quizá él tenga el poder para hacer que todo mi plan funcione...o se convierta en

un error más que sumar a mi lista. No lo sé. Lo que sí sé es que, aunque sea ese

mismo destino el que mande sobre nuestro futuro, todos disponemos de unas cartas con las que jugar. Y yo voy a aprovechar las mías lo mejor que pueda.

Esta vez me toca a mí decidir, me toca a mí ser feliz o, por lo menos, intentarlo.

Es mi turno; le guste a quien le guste y le duela a quien le duela. Y, con ese último pensamiento y una última sonrisa, me quedo dormida.

Capítulo 15. ¡Allá voy!

Como ya se sabe, el tiempo transcurre muy lento cuando estás esperando

algo con ansias. Y así estaba yo, impaciente, casi desesperada, restando cada día

que me despertaba a la lista mental que me había formado. Durante todo ese proceso de espera, en realidad hice de todo, menos esperar. Me explico: tuve que

acudir a varias agencias de esas que se encargan de todo el viaje, comparar precios y comodidades; también invertí bastantes horas en buscar la ropa adecuada con la que llenar mi maleta. No iba a ser mucho tiempo, pero necesitaba tenerlo todo controlado. Lo que no sabía en aquel momento es que no

hay nada que pueda tenerse controlado; todo surge así, de repente, y no

siempre

como nos hubiera gustado.

Pero, volviendo a donde estábamos, quiero dejar constancia que, pese a los inevitables nervios, disfruté como una cría de todo lo que estaba haciendo. Los

vestidos y sandalias de cuña que me compré, el neceser con maquillaje que guardé antes de que se me olvidara, el dinero que saqué de la cuenta por si me

hacía falta y, sobre todo, el papel que ¡por fin! tenía en mis manos, me llenaron

de ilusión y entusiasmo. Leí varias veces todo cuanto ponía en ese papel, detalle

por detalle, convenciéndome de que esa sería la herramienta que me llevaría a mi

destino.

No vi a Nelia desde aquella charla en mi casa, ni siquiera para despedirnos;

yo era consciente de que ella no aprobaba mi decisión y ella de que jamás conseguiría hacerme desistir. De todas formas, ambas sabemos que siempre

estaremos ahí, la una para la otra, pase lo que pase; sin importar quién de las dos tiene la razón, si es que acaso alguna la tiene.

Así, después de dos semanas, por fin llega el día, el esperado día. Ahora que todo está sucediendo de verdad, ahora que todo se vuelve más real, es cuando los

temores comienzan a hacer acto de presencia. Imagino que es normal sentirme nerviosa, cuando estoy a punto de cometer algo que nunca he hecho

antes ni creí

jamás poder llegar a hacerlo. He salido de casa por la mañana, cargada con una

sola maleta de mano y una pequeña mochila colgada a los hombros. He decidido

prescindir del coche para ir a la estación de autobús, puesto que por esa zona es

todo zona azul y no puedo dejar mi Mini allí estacionado tanto tiempo. Así que

he ido caminando, con paso lento pero seguro. He pasado casi cinco horas metida en un autobús, sin poder hacer otra cosa que no fuera tratar por todos los

medios de no echar la pota allí dentro, frente a todos los demás pasajeros. No he

conseguido concentrarme en la película que estaban dando y tampoco quedarme

dormida (supongo que por los nervios que iban creciendo a medida que nos alejábamos más y más de Logroño); por lo menos, he llegado sana y salva.

Tras superar también la fase del «ascenso al avión», cosa que no había hecho

nunca y me parecía un mundo, me he visto a mí misma sentada en el asiento que

me ha sido designado y he suspirado al fin. Tranquila y orgullosa, como si hubiera superado una prueba muy difícil y decisiva en mi vida porque, en el fondo, así ha sido.

Ahora, desde mi sillón, aguardo a que el piloto decida despegar. No tengo miedo, solo ganas, unas ganas infinitas de que todo esto termine... o comience.

En cuestión de unos minutos nos alzaremos hacia el cielo. Cierro los ojos y le permito a mi cuerpo relajarse. Allá voy. Dirección: *La Otra Orilla*, donde, aunque él aún no lo sepa, me está esperando.

Capítulo 16. María

A las 22.00, media hora más tarde de lo que en un principio tenía previsto,

llegamos al aeropuerto de Palma. Por fin, después de muchas horas de viaje desde que salí de mi ciudad, y muchos meses de espera, me encuentro pisando

suelo mallorquín. Río para mis adentros en cuanto lo pienso.

Mi alegría se vuelve mucho más grande cuando encuentro a María

esperándome, tal y como había prometido. Si tengo que ser sincera, creí que me

iba a hacer un lío para reconocerla, puesto que no había visto de ella más que un

par de fotos en el perfil de Dani. Sin embargo, enseguida me doy cuenta de mi

error. Es imposible no reconocerla, puesto que es la viva imagen de su hermano,

pero en mujer; o en chica, no sé bien cómo llamarla, ya que por lo que tengo entendido no llega ni a los dieciocho años.

Nuestros ojos se encuentran por primera vez y, mientras nos acercamos, nos

sonreímos. Y es una sonrisa sincera, una sonrisa de bienvenida; no una de esas

sonrisas prefabricadas que se construyen solo para quedar bien con el prójimo.

Adivino, antes incluso de que hable, que me va a caer bien. Bueno, la verdad es

que ya me cae bien, desde el mismo instante en que accedió a participar en mi plan y, sobre todo, guardarme el secreto. Ya ves, secretos entre dos completas desconocidas, secretos entre dos mujeres que ni siquiera saben si volverán a verse cuanto todo esto pase.

—Bienvenida, Irene. Me alegro mucho de verte.

Abre los brazos y, aunque al principio siento un poco de pudor por esa demostración tan afectuosa, enseguida lo pienso mejor y me aprieto a ella, rodeando también su espalda con mis brazos.

—Yo también me alegro. Creo que mi cuerpo va a agradecer que me mueva un poco... ¡Llevo horas sentada!

María se suma a mi queja, con una media sonrisa en la cara.

—¡Yo llevo más de dos horas aquí esperando, saliendo y entrando del aeropuerto! ¡Así que no te quejes!

Me suelta una ligera colleja en el hombro y yo doy un salto sorprendida.

¡Menudo carácter tiene la niña! ¡Y menudo descaro!

—Encantada, María. Soy Irene.

Estiro la mano en dirección hacia ella pero no me la estrecha:

—Ya lo sabía. He oído tu nombre miles de veces...

Una pincelada de satisfacción personal me llena.

—No le has contado nada, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza y se lleva una mano a su pecho con gesto solemne.

—Nada de nada. He guardado muy bien tu secreto. Esto será una sorpresa en toda regla. ¡Estoy deseando ver la cara de Daniel!

Sonrío. Yo también lo estoy deseando; durante todos estos días no he hecho otra cosa que imaginar su reacción al verme. Me fijo más atentamente en María,

mientras ella habla y habla. Me cuenta cosas sobre la ciudad, sobre sus amigos,

sobre su familia. Se nota a leguas que es una chica muy habladora y eso me gusta. Con ella no creo que nadie pueda aburrirse nunca. Es guapa, muy guapa;

estoy convencida de que cualquier hombre podría quedarse prendado de ella nada más verla, como me sucedió a mí con su hermano. Sin embargo, no tiene

novio; ella misma me lo cuenta con naturalidad e indiferencia. Parece no importarle, está más centrada en los estudios de enfermería a los que dedica la mayor parte de su tiempo libre.

La sigo entre la multitud, sorteando personas con maletas y mochilas, hasta que llegamos a un amplio parking y buscamos su coche, o mejor dicho lo busca

ella, puesto que yo aún no lo he visto. Es un Mini, igual que el mío; lo único que los diferencia es el color. El de María es blanco. Después de guardar mis pertenencias en el maletero, nos montamos ambas y, antes de arrancar, ladea su

cabeza hacia mí y me mira a los ojos:

—Irene, me caes bien, aunque apenas te conozca. Solo voy a pedirte una

cosa: no le hagas daño a mi hermano. Si, por alguna razón, llega un punto en el

que ves que él no es para ti, prefiero que te alejes de su lado antes de que le hagas sufrir. Soy una chica buena y sencilla, lo comprobarás enseguida; pero también puedo ser muy mala cuando se trata de defender a las personas que quiero y mi hermano es una de esas personas. No me gustaría ser tu enemiga.

Todo esto me lo dice con una amplia sonrisa en la cara. Ignoro si tomarlo como una amenaza o una advertencia, ya que más bien parece que María tiene

miedo de lo que pueda hacerle a Dani. No lo comprendo. ¿Qué mal podría hacerle yo? ¡Si soy incapaz de herir ni a una mosca! Aun así, le devuelvo la sonrisa y guardo los nervios que crecen en mi estómago, allí, muy dentro, donde

nadie pueda verlos. Y entonces sí, María enciende el motor y emprende el camino con suavidad. Primera, segunda, tercera... y allá vamos, cada una sentada en su asiento y luchando con sus propios miedos.

Capítulo 17. Hacer lo correcto

A medida que nos adentramos en la ciudad, comienzo a ponerme más y más nerviosa. Creo que no he suspirado tantas veces y tan seguido, durante toda mi

vida. María se percata de mi estado; lo sé por su forma de mirarme de reajo mientras conduce, pero no dice nada. Imagino que lo entiende.

A pesar de haberme expresado de un modo claro que su prioridad, ante todo, es la felicidad de su hermano (cosa que comprendo), esta muchacha me transmite confianza. Se le nota a leguas que es un alma pura, de esas que todavía

no han sido oscurecidas por ningún amor no correspondido. Aun así, hay algo que no termina de encajarme, algo que se le escapa a mi mente audaz. Quizá algún tipo de trauma, puede que familiar, sufrido en el pasado. De una forma o

de otra, comprendo que no quiera darme más detalles; a fin de cuentas, todavía

no nos conocemos lo suficiente.

Recorremos el camino que nos falta hasta llegar a nuestro destino en

silencio. En realidad, lejos de sentirme ofendida por ello, se lo agradezco. Dudo

de que ahora mismo pueda juntar más de dos palabras coherentes en una misma

frase. Clavo mi mirada en la ventana. A través de ella, disfruto de todo cuanto veo. Todo es nuevo para mí: las calles, con sus edificaciones de poca altura; los

niños jugando a las puertas de sus casas, sin nadie que los vigile; los pinos que

rodean las viviendas y dan un aspecto mágico al barrio. *La Bonanova*, así se llama este lugar. María me cuenta que es un sitio perfecto para vivir si te gusta la tranquilidad. Hasta el mismo aire que respiro, por el hueco que deja la ventanilla abierta, se me antoja diferente. Es paz; paz y frescura.

María, después de argumentar que tras tantas horas de viaje debo de estar agotada, acaba decidiendo por mí y me lleva a su casa. Ha dicho que ella misma

llamará a su hermano y, con algún pretexto cualquiera, lo hará ir hasta allí. En un principio, no digo nada. Estoy, quizá, demasiado aturdida para objetar nada o para elegir por voluntad propia. Me limito a dejarme llevar, mientras me pregunto por qué razón los dos hermanos no vivirán juntos. Que yo sepa,

ambos

están solos; sus padres se encuentran lejos y se tienen, únicamente, el uno al otro.

María, como por arte de magia, responde a los pensamientos que yo no me atrevo a exponer en voz alta:

—Dani y yo vivimos en el mismo barrio, pero en casas diferentes. Antes, hace ya tiempo, compartíamos la casa que mis abuelos, que en paz descansen, nos dejaron. Es una casita modesta, ya la verás, pero con encanto. Con los años, Dani ha ido haciendo alguna que otra reforma, y ya casi no parece la misma.

Pero, ¿sabes? Yo siempre que estoy ahí recuerdo mi infancia. Es como un viaje

al pasado. Me gusta, o al menos me gustaba, antes de...

Hace una pausa y enseguida me doy cuenta de que no precisamente para coger aliento. Ha estado a punto de meter la pata, de desvelar cosas que no le corresponde desvelar. Me lo dicen sus ojos, más oscuros que hace unos momentos, y la fuerza que está empleando de pronto para agarrar el volante.

Quizá no debería meterme donde no he sido llamada, quizá debería reprimir mi curiosidad, pero nunca se me ha dado bien controlar mis impulsos; por lo que, justo en el instante en el que el Mini blanco se detiene, le pregunto:

—¿Por qué ya no vivís juntos? ¿Qué significa «antes de»? ¿Antes de qué?

Mi compañera de viaje guarda silencio durante unos largos segundos.

Después, aún sin salir del coche, se gira hacia mí y me contesta con voz calmada, aunque no puedo evitar pensar que se trata de una calma fingida.

—Antes de que Dani y yo descubriéramos que no éramos iguales.

Físicamente, nos parecemos mucho, ¿verdad?

Yo asiento en silencio, animándola a seguir hablando.

—Pero, por dentro, todos tenemos alguna diferencia. Y nosotros encontramos la nuestra.

Sigo asintiendo, a pesar de que no logro entender bien lo que me quiere decir. María señala al exterior, un poco más allá de donde hemos aparcado, y me informa:

—Desde entonces, vivo ahí. Es un estudio, bastante pequeño, pero muy bonito. Para mí sola, me basta y me sobra. Ven, te lo enseñaré.

Hace ademán de bajarse del coche, pero no llega a hacerlo porque yo se lo impido. Una súbita idea ha cruzado mi mente veloz como un relámpago. Me permito la confianza de agarrar a María del brazo y consigo que esta se voltee hacia mí, con la puerta de su lado ya abierta, y me mire sorprendida.

—Me gustaría que me llevaras hasta donde está Dani... Ahora. Por favor.

Analizo su reacción con rapidez. Es posible que mi negativa para entrar en su casa le haya sentado mal. No obstante, en sus ojos no veo emoción alguna. De

repente, cuando pienso que va a rechazar mi petición, mueve la cabeza de arriba

abajo y vuelve a fijar la vista en el espejo del coche.

—De acuerdo, vamos allá.

Se ajusta de nuevo el cinturón de seguridad y enciende las luces del vehículo.

Gira la llave del contacto, que todavía estaba puesta, y, antes de sumergirse en el tráfico de la noche, me dedica unas últimas palabras:

—¿Sabes? Me gustas. Me pareces una buena chica y tengo la impresión de que de verdad sientes algo por mi hermano. Solo espero estar haciendo lo correcto esta vez...

Me quedo pensativa, no puedo remediarlo. Me ha dado la ligera sensación de que eso ha sido más bien una reflexión interna suya. Me intriga un poco tanto misterio, pero decido restarle importancia. A fin de cuentas, estoy a punto de cumplir un sueño. Y María me está ayudando a hacerlo, sin ningún interés de por

medio. La verdad es que ella a mí también me cae bien. Tengo la leve intuición

de que acabaremos convirtiéndonos en grandes amigas; en cuñadas también.

Cuñada, me pregunto si le gustaría que la llamase de ese modo. Sonrío al pensarlo. María me mira por el rabillo del ojo, mientras sigue conduciendo, y, por alguna razón, ella también sonrío.

Capítulo 18. Estás aquí

Los sueños se cumplen. Quien diga que no, es porque nunca ha tenido la satisfacción de saborear esa sensación que te deja saber que has llegado a la meta; que tu cometido está a punto de cumplirse y que la lucha, o la espera, ha

merecido la pena. Que todo lo ha merecido. A esas personas que aún no han logrado vivir todas esas magníficas sensaciones, les deseo que puedan hacerlo, y

confío en que así sea.

Mi sueño, que tiene nombre y apellidos, está cada vez más cerca. Mi hada madrina, que no es otra que María, me lleva hasta él. Según ella, solo faltan un

par de minutos para que Dani y yo, por fin, podamos mirarnos a los ojos. Es tanta la emoción que siento que no sé si voy a poder controlarla. Lo intento de

todos los modos posibles, porque quiero estar en mis plenas facultades para vivir

lo que estoy a punto de vivir. No quiero perderme ni un solo detalle de la nueva

experiencia que me espera.

Cuando María estaciona, después de dar unas cuantas vueltas buscando un sitio libre, la calma en mi interior sigue brillando por su ausencia. Me bajo del

coche con movimientos lentos e imprecisos y tengo que apoyarme un instante en

este para no caerme. María rodea el vehículo para ponerse a mi lado. Con gesto

preocupado, estudia mi rostro y frunce un poco las cejas.

—¿Estás bien?

Creo que asiento como respuesta. Intento abrir la boca para tranquilizarla, pero no lo consigo.

—Estás temblando —me dice señalando mi cuerpo.

Es verdad. Es en este mismo momento cuando me percató de que toda yo estoy temblando y, para mi disgusto, no puedo hacer nada por detenerlo.

—Tranquila —murmura ella—. Dani no muerde. A no ser que tú se lo pidas, claro...

Sé que ha soltado esa broma con intención de animarme, y ha surtido efecto.

Me hace tanta gracia que, por primera vez en mucho rato, suelto una carcajada.

—Todo va a salir bien —me alienta María.

A continuación, estira su brazo y me lo ofrece como apoyo. Reacciono

inmediatamente, aceptando su ofrecimiento. Necesito aferrarme a alguien que pueda guiar mis pasos temblorosos. Así, unidas por nuestros brazos como si de

dos viejas amigas nos tratásemos, emprendemos el camino; una más segura que la otra. Ella marca el ritmo, resuelta, decidida; yo, simplemente, me dejo llevar

por ella.

En ese corto espacio de tiempo que dura nuestro paseo, me da tiempo a pensar en muchas cosas. Tantas, que no puedo explicar aquí todas. Una de ellas

es, por ejemplo, si realmente estoy preparada para esto. No he avisado a Dani de

mi llegada y es posible que a él no le guste que haya actuado por mi cuenta, sin

consultarle a él mi decisión. Quizá ni siquiera fuera cierto su interés por mí.

Quizá solo he sido para él un simple y fácil entretenimiento con el que ocupar sus horas vacías y librarse un poco del aburrimiento. ¿Y si todo ha sido una mentira? ¿Y si no le gusto? O, peor aún, ¿y si él no me gusta a mí? No es lo mismo ver a alguien en una foto o vídeo que en persona; y cabe la posibilidad

de

que yo, y mi infinita imaginación, lo hayamos idealizado demasiado, a nuestro antojo y medida. Si eso pasara, no sabría cómo actuar. Tendría que ser sincera con él respecto a mis sentimientos, o a la falta de ellos, y después correr a buscar un billete de vuelta.

Agacho levemente la cabeza y dirijo un rápido vistazo a mi atuendo. Vestido

blanco de tirantes finos y tela igual de fina, que me llega justo por encima de las rodillas. Unas chanclas sencillas, blancas también. Y no mucho más. El pelo he

decidido dejarlo suelto; me he esforzado bastante en desenredarlo y peinarlo aunque, a estas alturas, me parece que da la impresión de no haber visto un cepillo desde hace un buen tiempo.

De pronto, mientras yo peleo con la voz insegura de mi conciencia, siento un

fuerte apretón en el brazo derecho. Es María, que con su llamada de atención consigue sacarme de mi bloqueo interior. Busco sus ojos y la interrogo; sin hablar; ella me contesta con los suyos, que se desvían hacia un punto exacto.

Sigo con la mirada esa dirección, con el corazón latiéndome a mil por hora, sabiendo lo que voy a encontrarme en menos de unos segundos.

Estamos de pie, en lo alto de una pequeña escalera que deja su entrada a esta

playa, *C ala major*, hasta ahora desconocida para mí. Desde este punto, me cuesta distinguir a las personas que hay allí. Agudizo mi vista lo más que puedo,

buscando con desesperación mi objetivo. Mis ojos se detienen en un grupo de chavales, amigos por lo que parece. Se lo están pasando bien. Juegan con una pelota sobre la fina arena y ríen mientras se la van pasando unos a otros.

También hay chicas en ese grupo, pero no me importa; se las ve tan radiantes de

felicidad que me contagian.

Entonces, en ese preciso momento, sucede. Lo que tanto, tanto, he aguardado; con lo que he soñado día y noche, surge. Como salido de la nada, una

figura masculina emerge del agua y se dirige hacia ese grupo de amigos, supongo que los suyos. Cualquier atisbo de duda desaparece en cuanto lo veo.

Está allí. No es una imagen difuminada a través de la pantalla ni una voz al otro

lado del teléfono. Es él, es Dani, y es de carne y hueso.

Aprieto más fuerte la mano de María.

—Es de verdad —susurro con la voz casi quebrada por la emoción.

—Sí —afirma ella con tono divertido—. Es un hombre, un hombre de verdad, y ha llegado el momento de conocerlo.

En otro momento de mi vida, seguramente hubiera girado mi cara para mirarla y le habría dedicado la mayor de mis sonrisas, la más sincera; así como

también le habría agradecido su ayuda incondicional. Pero eso hubiera sido en otro momento... No en este. Ahora no puedo. No puedo apartar los ojos de ese

punto, lejano, pero fijo. Casi temo parpadear por miedo a que esta imagen se desvanezca.

Inspiro profundamente antes de hablar. Cuando me siento lista para hacerlo, sin dejar de mirar al frente, digo:

—¡Vamos!

Todo sucede entonces muy rápido. Escucho la voz de María alzándose tanto que creo que va a romperme los tímpanos. ¡Menudo vozarrón que puede sacar esta chica cuando quiere!

—¡Dani!

Después, antes de que yo pueda reaccionar, un silbido agudo llega a mis oídos. No sé si es eso lo que llama la atención de mi moreno o que ya algunas de

sus amigas están señalando hacia nuestra dirección y haciendo aspavientos con

las manos para saludarnos; mejor dicho, para saludar a María, puesto que a mí todavía no me conocen. ¡Ni siquiera sé si han escuchado hablar de mí! Si significo algo lo bastante importante para él como para nombrarme entre su círculo de confianza.

De pronto, Dani repara en la presencia de su hermana; también en la mía. Se queda inmóvil, en medio de todas esas personas que le hablan y, por algún motivo, sé que no las escucha. No puede ver ni sentir nada que no sea la corta distancia que ahora nos separa. Comienzo a bajar, decidida, las escaleras, con una serenidad que ha despertado de pronto dentro de mí y a la cual agradezco mucho su visita. Voy despacio, escalón por escalón, borrando con cada paso esa

distancia que tanto nos ha hecho sufrir.

Él no se mueve, no se inmuta; da la impresión de no creer lo que ven sus ojos. Está demasiado lejos todavía. Desde aquí, no puedo apreciar con claridad

su rostro; pero sonrío. Sé que sonrío, de la misma forma que yo lo hago. Tal

vez

sea eso lo que me empuja a seguir caminando, acercándome más y más, con una

extraña opresión en el pecho que me aprieta y, a la vez, me hace tener ganas de

ponerme a dar saltitos de euforia.

La brisa es agradable. La noche apenas comienza y las pocas personas que disfrutaban de un agradable baño en esa agua cristalina ya comienzan a

abandonar la bonita playa. Todos, menos nosotros; y el grupo de amigos, claro está, que siguen atentos cada uno de nuestros movimientos. No me detengo para

comprobar si María sigue conmigo. Ahora, este momento, es solo nuestro; nos pertenece, por tanto como lo hemos deseado.

Al fin, Dani parece salir de ese estado de estupor y logra dar un paso al frente, después otro, y otro; hasta que nos encontramos en mitad de la playa. Él

enfrente de mí, yo enfrente de él. Simplemente ese hecho es más de lo que hubiera podido soñar. Lo es todo. Mientras nos acercábamos, no hemos dejado

de mirarnos ni un solo segundo. Nuestros cuerpos aún no se han tocado, pero nuestros ojos sí lo han hecho. Los suyos, penetrantes y oscuros, me atraviesan el

alma. Los míos, se dedican a examinarlo con minuciosidad, escaneando hasta el

último de los detalles. Ojos rasgados, negros casi como la noche que nos acompaña; nariz ancha; labios carnosos y sensuales, piel morena... Y ese torso

desnudo que me ofrece (a mí y a todo el que esté mirando), lleno de tatuajes y abdominales marcados.

Vuelvo a dirigir la vista hacia su cara. Las fotos no le hacen justicia. Es precioso. A unos pocos pasos de mí, tan cerca que puedo olerlo, me observa.

Huele a mar y a rayos de sol, huele a vida.

Es alto, más de lo que pensaba, y yo bastante bajita, más de lo que seguramente pensaba él. Agacha la cabeza para mirarme y yo alzo los ojos. Por

unos segundos, nos dedicamos a disfrutar de esa sensación. Su mirada me atrapa,

me embruja, me TODO.

En el preciso instante en el que empiezo a temer que ninguno de los dos pueda romper ese silencio, su voz llega a mis oídos. Su voz varonil, ronca, que

hace que todo mi cuerpo regrese al temblor que ya había abandonado.

—Estás aquí —dice bajito, aunque casi juraría que se lo está diciendo a él mismo.

Asiento despacito. Tengo tanto pánico de romper la magia que nos rodea si digo algo que prefiero mantenerme callada. Me limito a sonreír. Dani, sin embargo, se mantiene serio, con un gesto tan profundo en su semblante que me

preocupa que no esté sintiendo lo mismo que yo. Enseguida se encarga de desmentir mis sospechas. Levanta una de sus manos y la posa en mi mejilla. Me

acaricia con dulzura. El contacto de su piel con la mía, de su mano grande

recorriendo mi rostro, es el detonante que necesitaba para apartar mis pudores.

Rodeo su cuello con mis finos brazos y le digo, en el mismo tono bajito que él ha

empleado:

—Sí, estoy aquí. Soy yo. Soy Irene; aunque creo que hoy acaba de nacer en mí otra persona.

Dani me mira con gesto atento mientras me escucha. Después, esboza una amplia sonrisa. Una de esas como las que me dedicó cuando lo conocí por Internet; una de esas como con las que me enamoró, ciega y perdidamente. Así

estoy: loca por él. Si antes no lo tenía claro, lo tengo ahora. Y mucho más aún cuando él acerca su boca a mi oído y me susurra:

—Pues estaré encantado de conocer a esa nueva persona. Quiero descubrirte, quiero saber de ti, quiero formar parte de tu nueva vida y disfrutar de ti... en todos los sentidos.

¡Ni qué decir tiene que mi pulso deja de latir en ese mismo momento! O, al contrario, igual se acelera más que de costumbre; la verdad es que no lo sé. Lo

único que sé es que esto es más bonito de lo que había esperado. Tanto, que me

asusta. Dejándome llevar por mis impulsos (y alegrándome esta vez por ello), me inclino levemente, poniéndome de puntillas y, sin más esperas innecesarias,

me dispongo a besarlo. Quizá piense que soy una atrevida, que voy demasiado rápido; tal vez habría sido mejor haber esperado a que diera él ese paso. Pero, lo siento, no podía aguantarme más tiempo. Él tampoco, por la forma en la que me

recibe. Nos besamos. Dulce, tierna, suavemente. Con los ojos cerrados, soñando;

olvidando a todas las personas que hay a nuestro alrededor, disfrutando de esta

escena romántica.

Me concentro en sus labios. Los saboreo con avidez, entusiasmada de

probarlos por primera vez y espero que no por última. Ninguno de nosotros quiere finalizar ese beso; no queremos separarnos, pero, al final, después de unos cuantos minutos así, terminamos por hacerlo, aunque solo sea para coger aliento.

Entonces, soy consciente de que hay muchas miradas posadas en nosotros, especialmente en mí. Se oye un sonoro e inesperado aplauso. Alguien empieza y

otros le siguen. Nos vemos, de pronto, rodeados de toda clase de gritos de júbilo

y de felicitaciones sinceras.

Sin soltarnos, les ofrecemos una sonrisa, como si fuéramos dos recién

casados que acaban de salir de su boda. Veo a María, mezclada entre las demás

chicas, y a ella le sonrío un poco más. Le guiño un ojo en un gesto de complicidad, y no le lanzo un beso con las manos porque las tengo ocupadas sobre el cuello de su hermano. Esto, en parte, se lo debo a ella, y prometo devolverle el favor algún día. Sin su colaboración, todo esto no habría sido posible.

Dani me estrecha con fuerza entre sus brazos. Mira hacia sus amigos y los informa:

—Chicos, esta es Irene, la chica de la que os he hablado.

Suspiro en mi interior. ¡Pues sí era cierto que les había contado sobre mí!

Una oleada de orgullo me invade por dentro.

Dani continúa hablando:

—Haré las presentaciones formales... otro día. Quizá mañana.

Escucho unos gruñidos de protesta y eso me hace sonreír de nuevo.

—Lo siento, muchachas. Sé que tenéis ganas de conocer a esta preciosidad, pero esta noche es solo mía.

Todos asienten al unísono, comprendiendo; sabedores de que necesitamos nuestro espacio, ese del que no hemos podido disfrutar... hasta ahora. Yo... ¡No

puedo ni asentir! Sus últimas palabras me han tocado el corazón; lo han acariciado, lo han besado, lo han llenado de amor.

A partir de ahí, me dejo arrastrar por mi propio sueño, ese que ya se está cumpliendo. María se ofrece a llevarnos en su coche hasta casa de Dani, alegando que a pie tardaremos unos veinte minutos. Dani rechaza su

ofrecimiento. «Ahora no quiere más compañía que la mía», dice, «y no le importa tener que andar un poco». A mí tampoco. Aunque no lo digo, la idea de

dar un paseo agarrada de su mano, a la luz de la luna, me parece lo más bello que

puede existir en el mundo. El mejor plan. Si soy sincera, no me molestaría tener

que caminar durante un par de horas, siempre que fuera junto a él.

De repente, sorprendiendo a todos, pero más a mí misma, me coge por la cintura y me levanta en el aire sin esfuerzo alguno. Me carga sobre su hombro derecho y se aleja de allí, conmigo. Antes de desaparecer de la vista de los demás, que nos observan divertidos, levanta la mano y la agita en señal de despedida. Yo hago lo propio, soltando solo una mano de su cuello para no caerme. Inclino la cabeza hacia atrás, riendo, abandonándome a la felicidad que

siento. Nos despiden sonriendo. Y así nos vamos. El camino hasta su barrio es un poco largo. Sin embargo, a nosotros se nos hace llevadero, gracias a la conversación que mantenemos; felices, interesados, soñadores. Y así,

entrelazados y enamorados, llegamos a su casa, donde la felicidad, o lo que nos

queda por degustar de ella, nos está esperando.

Capítulo 19. Unidos en cuerpo y alma

Los veinte minutos que María ha calculado que nos costaría llegar hasta casa

de Dani, desde la bonita playa *Cala Major*, han aumentado en bastantes minutos más. Se han convertido casi en una hora y esto ha sido debido al tranquilo paso

que Dani y yo llevábamos. Ahora que, por fin, estamos juntos, no hay prisas, no

existe la impaciencia ni la necesidad de hacerlo todo a lo loco. Ambos queremos

disfrutar de cada segundo, cada minuto juntos; queremos, *necesitamos*, conocernos más a fondo y para ello tenemos que tomarnos las cosas con

tranquilidad. Así que no tenemos problemas en hacer de nuestro recorrido un paseo lento, sosegado, agradable. Es evidente que los dos estamos deseando lanzarnos a los brazos del otro y convertir en realidad tantas fantasías que, hasta ahora, solo han podido ser eso: fantasías. Sin embargo, lo tomamos con calma.

Si hemos esperado tantos meses, ¿por qué no íbamos a poder hacerlo un ratito más? ¿Qué significan un par de horas en comparación a más de setenta días?

Setenta días largos, con sus días y sus noches, aguardando algo que no me creo

que ahora, de verdad, esté sucediendo.

Por el camino, no dejamos de preguntarnos cosas, no paramos de hablar, tan

atropelladamente que, por momentos, nos cuesta incluso entendernos; nos

interesamos por la vida del otro, más de lo que ya lo hacíamos antes. Nos contamos anécdotas de todo tipo, aunque las más importantes las guardamos en

silencio. Quizá sea porque son los sucesos que más marcan los que más cuesta

sacar, los que más duele compartir, por miedo a que la otra persona sea testigo

del propio dolor interno. Por lo tanto, ni Dani me pregunta sobre mi ex pareja ni

yo indago sobre las muchachas que he podido ver antes en la playa, con las cuales he adivinado fácilmente que tiene una buena relación. Tendremos tiempo

de hablar, de saber, de responder, de opinar; pero eso será otro día. Hoy nos espera algo mejor, hoy somos nosotros mismos los que nos esperamos.

Yo todavía no puedo creer que esté aquí, sintiendo su mano pegada a la mía, sus dedos entrelazados con firmeza a los míos; su voz, con la que noche tras noche me quedé dormida, tan cerca de mis oídos. Estoy a punto de pedirle que,

por favor, me pellizque para comprobar que no estoy soñando; pero me contengo

porque no quiero que se burle de mí. He sido yo la que ha tomado esta decisión,

la que ha buscado a su hermana por *Facebook*, la que ha comprado ese billete sin pensarlo demasiado y la que ha cogido ese avión para presentarse aquí, en una

ciudad en la que nunca había estado y en la que ahora, sorprendentemente, no me importaría quedarme.

Me asustan mis propios pensamientos, la alta sensibilidad que siento me pone en alerta. Estoy enamorada de Dani, ya lo he dicho antes, pero eso no quiere decir que sea una irresponsable; soy plenamente consciente de que nuestra relación aún no está estabilizada y no puedo permitirme hacer planes más allá de pasar unos días a su lado.

Reconozco el barrio en el que vive antes de que él me informe. *Bonanova*, aquí es donde he estado hace tan solo un par de horas, metida todavía en el coche de la que se supone que ya es mi cuñada; mientras ella conducía y yo me

mordía las uñas de los nervios por saber lo que estaba por llegar. Ahora no estoy

mucho mejor. Los nervios han vuelto a hacer acto de presencia. Se deben encontrar tan cómodos en mi interior, que se niegan a marcharse por un periodo

demasiado largo. Y han vuelto, los siento en la boca del estómago, en el

pecho,

donde el corazón me late con fuerza, y en la garganta, por la cual entra la respiración justa para no ahogarme. No deseo que Dani se dé cuenta de mi estado, pero sé que, por mucho que disimule, él me conoce ya lo suficiente para

constatar que no me encuentro precisamente tranquila.

Sin embargo, no comenta nada al respecto. Por el contrario, me guía, sin soltarme la mano ni por un minúsculo momento, hasta la puerta de su casa. Me

gustaría describirla, tanto por dentro como por fuera, pero ahora mismo me es imposible hacerlo, ya que no soy capaz de mirar más allá de la mano libre de Daniel que, sujetando unas llaves, las introduce en la cerradura y esta, al momento, cede y se abre la puerta. Me hace un gesto con la mano que me insta a

pasar. Obedezco y me adentro en esa casa, su casa, su hogar. Escucho sus pasos

detrás de mí pero no me volteo para mirarlo. No sé si quiero hacerlo. Es decir, lo deseo, lo deseo como creo que nunca he deseado a nadie más, con una intensidad

tan grande que me quema por dentro; pero mis dudas han vuelto a surgir. No es

lo mismo decirnos palabras bonitas por teléfono que mirarlo ahora a los ojos y

decirle cuánto lo quiero, no es lo mismo regalarnos momentos íntimos a través

de la distancia que entregarnos ahora a esa intimidad, sin barreras de por medio.

Dani, tal vez para hacerme más llevadero el proceso, se ofrece a enseñarme

la casa. Yo lo sigo sin decir nada. Veo habitaciones vacías, otras más llenas (supongo que son pertenencias de María, que, por algún motivo, no quiso llevarse); descubro la cocina y también el salón pero, si tengo que ser sincera, mis ojos no se concentran demasiado en lo que están viendo. Me encuentro aturdida, tal vez incluso un poco desorientada; y por una milésima de segundo me pregunto si yo debería estar aquí, en esta casa, a solas con un hombre que en

realidad no sé cómo es. No conozco nada sobre sus gustos más personales, sus

manías más raras, sus defectos más imperfectos... No obstante, aquí estoy, y eso ya nadie puede cambiarlo. Y, además, aquí es donde quiero estar, a pesar de todas mis dudas y temores.

Por último, después de recorrer los más de cien metros cuadrados que tiene

esta casa, llegamos a una habitación. Dani me hace detenerme ahí. Se pone entonces detrás de mí y me tapa los ojos con sus morenas manos. Es un gesto que he visto en cientos de películas, que he leído en un montón de libros. Un gesto que siempre me ha parecido muy romántico, enternecedor, y que ahora, sin

embargo, me crea una sensación de vulnerabilidad y de incertidumbre al no saber lo que me deparará el traspasar esa puerta. Inspiro profundamente. Poso mis manos en las de Dani y me esfuerzo por permanecer calmada. « *Disfruta, Irene, ha llegado tu momento. Disfruta, joder, ¡disfruta!* », la voz de mi interior esta vez se pone de mi parte y me anima a entrar, a dejarme llevar por las emociones que, irremediablemente, pugnan por salir a la luz.

Decidida, opto por hacerle caso a la voz de mi subconsciente y me dejo llevar por Dani, que me ayuda a andar e impide que me caiga, con sus manos todavía impidiéndome la visión. Oigo la puerta cerrarse tras de nosotros, imagino que la habrá empujado con el pie, y, acto seguido, va apartándose lentamente de mí y me deja libre para observar cuanto desee. Mis ojos se mueven de prisa por los rincones de esa estancia. Su habitación; es su habitación,

lo sé sin necesidad de que me lo diga. Ojeo con rapidez la amplia cama que hay

en el medio del dormitorio, acompañada por un par de mesitas y un cabezal, todo

del mismo color; compruebo también la escasa decoración, pero lo que más llama mi atención, donde más tiempo me detengo, es en la mesa de color marrón

claro que hay en un rincón. Sobre ella, un ordenador, uno diferente al mío, uno

de esos que llaman *de mesa*, con su torre y su teclado incluidos. El ordenador con el que hemos conectado nuestras vidas durante tantas veces, el ordenador con el que comenzó nuestra extraña historia, con un simple y equivocado mensaje.

De pronto, me embarga una inesperada emoción, las sensaciones que habitan dentro de mí se encuentran a flor de piel. Giro la cabeza para mirar a Dani, que

se encuentra aún detrás de mí, y me encuentro con sus ojos. Sus rasgados ojos

oscuros, que me penetran con la mirada. Su media sonrisa dibujada en la cara, que me indica que todo está bien, que esto es lo que tanto ambos deseábamos.

Entonces, sonrío. Estoy exactamente donde quiero estar y con la persona que quiero estar. Mi sonrisa se intensifica todavía más cuando Dani, todavía sin acercarse, me mira fijamente y me dice:

—Bienvenida, preciosa. Bienvenida a tu nuevo hogar, porque lo será siempre que tú quieras que lo sea.

Sus palabras son música para mis oídos, luz para mi alma. Contenta, le mantengo la mirada y murmuro:

—Muchas gracias, feísimo. Por dejarme entrar en tu vida y mostrarme ahora un poquito más de ella. Será un placer para mí formar parte de este hogar, siempre que tú quieras que así sea.

Sonreímos al unísono. Después, también al mismo tiempo, soltamos una ligera carcajada. ¡Qué feliz se siente uno cuando, por fin, es feliz! Un razonamiento quizá un tanto rebuscado, sí, pero cierto. De pronto, caigo en la cuenta en algo que antes, con los nervios, se me había pasado por alto. Lo señalo

con el dedo y, divertida, comento:

—Has venido así hasta tu casa.

Dani levanta una ceja.

—¿Así cómo?

No sé si se está haciendo el que no me entiende o si, de verdad, no capta lo que quiero decirle, así que le explico, sin dejar de señalar su cuerpo:

—Así, sin camiseta. ¿En esta ciudad acostumbráis a ir casi desnudos por las calles?

Mi pregunta es de verdadera curiosidad. Si yo me atreviera a ir en sujetador, y mucho menos en biquini, por mi ciudad, lo menos que podía pasarme es que

fuera arrestada por escándalo público. Eso y una buena multa para aprender lecciones de modales y respeto a la ciudadanía.

A Dani debe de hacerle mucha gracia mi expresión de desconcierto, porque

menea la cabeza de lado a lado y vuelve a reír.

—Esto no es Logroño, cariño. Aquí, donde hay mar, también hay más libertad a la hora de ser como uno es. De todas formas, no estoy de acuerdo contigo.

—¿En qué no estás de acuerdo?

—En eso que has dicho. No estoy casi desnudo, como tú has asegurado.

—¿Ah, no?

Menea la cabeza de nuevo, de lado a lado, esta vez con una sonrisa pícara en los labios.

—¿Quieres ver lo que es realmente estar desnudo?

Me quedo sin habla. Antes de que pueda responder, Dani se lleva las manos a la única prenda que evita su desnudez y se dispone a desprenderse de ella. Con

los ojos bien abiertos y la respiración a mil o dos mil por hora, contemplo con atención cómo su pantaloneta de bañador cae al suelo. Presiento que sigue sonriendo, quizá aún más si cabe, pero no puedo asegurarme de eso porque no me atrevo a alzar la mirada hacia su rostro. Me da demasiada vergüenza. Allí lo

tengo, desnudo como Dios lo trajo al mundo, a tan solo unos pasos de mí, mostrándome un cuerpo que no tiene nada que envidiar al más guapo de los actores o modelos masculinos. Para mi desgracia, no puedo moverme. Me ha dejado impresionada con su desparpajo y ahora no consigo hacer nada que rompa la tensión que se palpa en el ambiente.

En vez de acercarme a él, doy unos pasos hacia atrás como los cangrejos e,

inconscientemente, me alejo lo más posible de su lado. Él, lejos de ofenderse, se

divierte ante mi reacción.

—¿No te parece que tú llevas demasiada ropa? Deberíamos estar iguales, si no, esto no vale... Me llevas ventaja —bromea con tono jovial.

«¿Ventaja? ¿ *Ventaja* dice? ¡Ventaja me lleva él a mí, que con su actitud desinhibida solo está logrando cohibirme a mí más y más!»

Permanezco allí de pie, pegada ya mi espalda a la puerta cerrada, sin saber bien cómo debo actuar. Lo deseo, me muero por tocar ese pecho desnudo, pero,

¿y si piensa que soy una atrevida, una descarada? ¿Y si no le gusta mi forma de

hacerlo? ¿Y si ni siquiera soy capaz de responder a su deseo?

Dani decide por mí. Acalla todos mis pensamientos en un instante. Me ayuda. Me lo pone fácil. Se encamina hacia mí, despacio, con tacto, y sujeta, una

vez más, mi mano entre la suya. Me conduce hasta la cama, donde seguramente

también yo habré formado parte de sus sueños durante varias noches, y con una

simple mirada me anima a sentarme. No dudo en hacerlo. Me quedo al borde, con los pies bien fijos en el suelo.

Por el rabillo del ojo, lo veo arrodillarse. Una vez así, arrodillado ante mí, me dice con voz firme:

—Irene, cariño, no tengas miedo. No de mí. Yo nunca haría nada que tú no quisieras. Nunca te haría daño.

Sus palabras suenan a promesa y, no sé por qué, esa promesa me da ganas de echarme a llorar, ignoro si de agradecimiento o de temor a que no sea cierta. Con

la vista fijada en el suelo, donde solo puedo ver sus pies, murmuro:

—Es que yo sí quiero hacerlo...

—Lo sé, pequeña. Es solo que estás asustada. Es normal, en cierta manera.

Hemos pensado tanto en este momento que ahora no sabemos cómo manejarlo.

No creas que eres la única, a mí también me pasa.

Suspiro más aliviada al descubrir que no estoy sola en esto. Dani se encuentra tan nervioso como yo, aunque a él se le note menos, mucho menos. Entonces, me sujeta con suavidad por la barbilla y me obliga a levantar la cabeza, también a mirarlo. Me sorprende y halaga lo que encuentro. Sus ojos brillan de deseo.

—Mírame, Irene. No dejes de mirarme. Quiero disfrutar de la belleza de tus ojos marrones, por los que un día aseguré que no me importaría llegar hasta la otra orilla de este país, con tal de poder verlos de cerca. Lo sigo pensando, ahora más todavía, que acabo de comprobar que son mucho más bonitos de lo que ya pensaba que eran.

Sin poderlo remediar, comienzo a temblar. Otra vez ese maldito temblor que tiene que aparecer justo en los momentos menos indicados. A pesar de mi conmoción, sigo aguantándole la mirada. Decido ser sincera, sabedora de que así, de esa manera es probable que todo se vuelva más fácil.

—Discúlpame, Dani. Has de pensar que soy una niñaata, una cría que no sabe gestionar sus propias emociones. He deseado tanto estar aquí, he idealizado tantas veces este encuentro, que ahora no sé cómo volverlo realidad. Tengo miedo de que algo se estropee... Tengo miedo de que algo salga mal... Y yo...

yo no sé ya ni qué decir.

Dani me hace callar con un beso. Un beso largo, profundo, apasionado, lleno de deseo hacia mí. Tiene apetito de mí y yo lo tengo de él. Así que me limito a

dejarme besar mientras, poco a poco, voy participando cada vez más gustosa en

ese acto.

—Irene... — dice suavemente mientras se incorpora y se sienta a mi lado en el bordillo de la cama—. No te preocupes por eso ahora. No tienes que decir nada. Ni siquiera tienes que pensar. Hemos tenido ya demasiado tiempo para hablar, ¿no crees? Ahora es el momento de disfrutar.

Analizo su razonamiento con rapidez y no me cuesta confirmar que lleva razón. Hemos tenido demasiadas palabras, eso es verdad; de hecho, es lo único que hemos tenido hasta este instante. Palabras, palabras escritas y palabras llevadas por ondas hasta su destinatario; simples palabras que ahora no son necesarias. Ahora, como él bien ha dicho, es el momento de actuar, de disfrutar,

y voy a hacerlo, porque si no lo hago no podré perdonármelo más tarde.

—Dímelo otra vez —le pido con un murmullo de voz.

—¿El qué? —Me aparta con delicadeza un mechón rubio que me cae sobre la cara, para poder así verme mejor—. ¿Qué quieres que te diga, preciosa?

Lo miro fijamente, sin acobardarme. Mis labios se curvan ligeramente hacia arriba y, ya decidida, vuelvo a repetir:

—Dímelo otra vez. Que quieres disfrutar de mí, dime lo que quieres hacer conmigo. ¡Ah! Y vuelve a llamarme así, una y otra vez. ¡Me encanta!

Dani sonrío, feliz, y no solo lo hace con sus bonitos labios; también sus ojos sonrían, complacido con mi cambio de actitud.

—Esta vez te lo diré, solo porque sé que necesitas escucharlo tanto como yo

decirlo. Pero lo haré con una condición. —Aguarda mi reacción y, al ver que asiento con frenesí, sonrío y continúa hablando—: Voy a decirte lo que quieres

escuchar, aunque estoy casi seguro de que ya lo sabes sin necesidad de oírlo de

mis labios. Pero después, cuando lo haya hecho, vamos a olvidarnos de las palabras y vamos a centrarnos únicamente en disfrutar de las razones que hoy, esta noche, te han traído hasta mí.

Vuelvo a asentir, sin necesidad ya de usar más de esas palabras de las que Dani se empeña en prescindir. Entonces él se acerca aún más, apoya su cabeza

sobre mi hombro y su voz ronca pero llena de dulzura me cuenta:

—Quiero disfrutar de ti, como ya te he dicho, y que tú también disfrutes de mí. Deseo llenarte de placer, deseo causarte tanto placer que ya nunca más puedas recordar esa sensación si no es con mi imagen en tu mente. Desde que te

he visto, en la escalera de la playa, mi imaginación se ha disparado, y puedo asegurarte que de no haber estado tantas personas a nuestro alrededor habría corrido hacia ti, te habría arrancado este vestido que llevas puesto y te habría hecho mía en ese mismo momento. Es la primera vez que me siento nervioso en

una escena así, la primera vez que tengo un poco de miedo de no dar la talla. Y

eso solo puede ser porque me importa demasiado lo que pienses de mí.

Interrumpe unos segundos su confesión, esa confesión con la que está consiguiendo que todo el vello de mi piel se erice. Eso por no hablar de su respiración pegada a mi cuello... Si no termina de hablar ya, creo que yo

misma voy a mandarlo a callar, para exigirle inmediatamente que cumpla todo lo que me está prometiendo. Sin embargo, Dani prosigue:

—Me encantas, preciosa. Y creo que, si no dejamos ya las palabras, voy a volverme loco.

Mi corazón, y supongo que también mis instintos más sexuales, comienzan a dar saltitos de alegría. Noto que mi cuerpo empieza a dejar ir la tensión que tenía acumulada. Me relajo, me permito ser yo, sin pudores ni reparos. Me vuelvo hacia él y me echo hacia atrás, quedándome sentada casi en medio de la cama.

Estiro mi mano y se la ofrezco. Él no duda en aceptarla. Lo atraigo hacia mí.

Cuando lo tengo lo suficientemente cerca para poder dar rienda suelta a mis impulsos, comienzo con un suave beso en los labios. Y la chispa, contenida, se

enciende y arrasa con todo a nuestro alrededor. Con timidez pero con muchas ganas, llevo mi mano hasta su pecho moreno. Lo acaricio, primero con cautela,

después, con un arranque de pasión que hasta a mí me sorprende. Miro a Dani

sin dejar de deslizar las manos por su cuerpo, cada vez por los rincones más íntimos de su ser. Su expresión relajada, con los ojos semiabiertos, me indica claramente la satisfacción que siente.

De pronto, se planta frente a mí en un ágil movimiento y vuelve a ponerse de rodillas, esta vez encima de la cama que estamos compartiendo. Al principio me

pilla un poco desprevenida al sacarme de golpe del estado casi hipnótico en el que me hallaba; luego, sonrío para mis adentros al adivinar cuáles son sus siguientes intenciones. En efecto, mis suposiciones van por buen camino. Se hace con el mando de la situación y recupera el control que, por unos

minutos,

había perdido. Comienza entonces su juego de caricias, que reparte por todas las

partes de mi cuerpo, desde los pechos hasta la parte más baja que tanto lo está esperando. Aun tocándome por encima de la ropa, me hace sentir tanto placer que me planteo si voy a poder llegar al final. Antes de que pueda hacer o decir

algo al respecto, Dani se me adelanta:

—¿Qué te parece si arranco, de una vez, este precioso vestido que se interpone entre nosotros?

Le dedico una nueva sonrisa. A él, es muy fácil sonreírle. Enseguida, me apresuro a responder a su propuesta, con la misma voz sensual que él ha empleado conmigo:

—Me parece una excelente idea. Arráncalo. Rómpele a pedazos si quieres, pero quítamelo de una vez. No aguanto más, no aguanto...

No hace falta añadir nada más. Justo en ese momento, las palabras, conscientes de que empiezan ya a sobrar, nos abandonan. Allí nos quedamos ya

solo Dani y yo, a salvo de miradas indiscretas. Dani y yo, con la única compañía

del deseo compartido que sentimos. Con urgencia, casi con desesperación, me ayuda a quitarme la prenda que tanto nos está estorbando y no se detiene hasta

dejarme en la misma condición que está él, sin nada que tape ni esconda mi cuerpo. Pausa un momento sus caricias y yo me remuevo inquieta. Quiero más,

necesito más, y lo necesito ya, ahora. Dani se aparta un poco, solo lo necesario

para poder verme bien. Apoya un codo en la cama y la cabeza sobre su mano.

Recorre mi cuerpo con la mirada. Sus ojos brillan, casi sin parpadear. Y, justo cuando comienzo a ponerme nerviosa, me suelta:

—Eres preciosa, *preciosa*.

No lo puedo remediar. A pesar de que no es el momento más oportuno para risas, suelto una carcajada. Él, contento, se contagia y me sigue. Esta vez, soy yo la que lo agarra por la barbilla y, con firmeza, acerco sus labios hasta los míos.

Aunque me muero por besarlos, antes le digo:

—Tú también eres guapo, *feísimo*. Ahora... ¡Calla y bésame!

Dicho y hecho. Nuestros labios se vuelven locos, pierden la poca paciencia que les quedaba y se juntan ávidos, deseosos, de un modo salvaje y tierno al mismo tiempo. Sin ganas ya de preámbulos ni calentamientos innecesarios, mi cuerpo se arquea buscando el suyo. Lo encuentra. Lo atrapa. Nos unimos como

jamás creímos poder hacerlo, en la conexión más maravillosa que puede existir

sobre la faz de la Tierra. Pronto empiezo a escuchar sus gemidos ahogados, también los míos, un poco más fuertes que los suyos. Cierro los ojos con fuerza

para concentrarme al máximo en este idílico momento. Él sobre mí, él dentro de

mí, él unido a mí en cuerpo y alma. Él y yo... convertidos en uno solo, en una

sola piel, un solo cuerpo, un solo sentimiento. Me dejo llevar por la corriente del placer y, como dirían por ahí, *me suelto el pelo*. Disfruto con cada movimiento en mi interior, con cada nueva embestida por su parte. Y, al mismo tiempo, intento y espero que él también lo esté disfrutando. Sus ojos cerrados y su forma

de morderse la parte inferior del labio me dicen que sí, que está sintiendo el mismo gusto que estoy sintiendo yo.

Durante un rato más, no sabría decir cuánto, naufragamos juntos en un

remolino de emociones que no queremos, ni podemos, parar. En un momento dado, siento cómo los movimientos de Dani se vuelven más lentos y luego, agotado y saciado, se deja caer sobre mí. Yo hace tiempo que he llegado al

clímax, casi desde la primera penetración, pero he alargado el acto porque quería seguir disfrutando de todo esto. Supongo que ahora es cuando debería pararme a

pensar en lo que acabo de hacer, cuando las alarmas de mi cabeza deberían dispararse, todas a la vez, por haber tenido la osadía de atreverme a tener relaciones sin usar la debida protección. No pastillas anticonceptivas (soy demasiado olvidadiza para recordar tomarlas). No preservativo (ninguno de los dos lo ha propuesto). No la famosa «marcha atrás» (no hemos tenido

oportunidad de considerar siquiera esa posibilidad). Y sí, lo admito: es una locura, una irresponsabilidad, pero también tengo que admitir que no me

importa. En estos momentos nada me importa, nada más que él, que se encuentra

todavía encima de mí, con la cabeza apoyada en mi pecho y apoyándose con los

brazos sobre la cama para no hacerme cargar del todo con su peso. Me desea, me

quiere, me mima, me cuida, ¿hay algo más importante que eso?

Dani, por lo que se ve, tampoco se lamenta de lo que hemos hecho, o de lo que no hemos hecho. Y, si lo hace, lo disimula bien. Se echa a un lado de mi cuerpo. Pone una mano en cada una de mis mejillas y me obliga a mirarlo de nuevo, cosa que me encanta. Sin hablar, sin esas palabras que hemos rechazado

antes, se inclina hacia mí y me da un beso en la frente. Sonríe con los ojos cerrados, guardando este instante para siempre en mi memoria. Un recuerdo más

que atesorar, un recuerdo más al que aferrarme cuando, inevitablemente, la distancia vuelva a separarnos, por lo menos físicamente.

Me acurruco más junto a él en un intento desesperado de retenerlo a mi lado.

Le doy la espalda y me encojo, volviéndome más pequeña de lo que ya soy. Sus

fuertes brazos rodean mi cuerpo. Me protege, me promete sin palabras que velará mi sueño. Así, sin más necesidad que nuestros cuerpos desnudos para darnos calor, nos rendimos al cansancio. Nuestras mentes necesitan desconectar

un poco de tantas emociones vividas y recobrar fuerzas para las que quedan por

vivir. Así, sin palabras, él me desea: « *Buenas noches, preciosa* », a lo que yo le respondo, también en silencio: « *Buenas noches, feísimo* ». Poco a poco, nos vamos dejando llevar por Morfeo, que nos acuna ya entre sus apacibles brazos.

Dani se abandona antes que yo, lo noto al sentir cómo su respiración se va suavizando hasta convertirse en unos leves, y para nada molestos, ronquidos. Yo,

en cambio, no consigo dormir tan fácilmente. Me quedo un rato más así, negándome a moverme para no deshacerme de nuestro abrazo, pero incapaz

de

hacer que mi cabeza deje de maquinarse. Tengo miedo, lo reconozco, aunque jamás se lo diría a nadie más. Tengo miedo de no haber hecho lo correcto, de haber apostado por un amor que pueda hacerme daño con el tiempo. Tengo

miedo de volver a Logroño, porque está claro que tengo que volver, y enfrentarme a la realidad de mi vida diaria sin él, sin esto. Sin su cuerpo, sin su voz, sin su sonrisa, sin sus ojos llenos de lujuria y amor hacia mí, sin sus ronquidos que ahora me causan una sensación de paz y de tranquilidad. Tengo miedo de que sea un sueño y, al despertar, ya no esté a mi lado. Y, con ese último pensamiento, sin poderlo evitar, me quedo dormida.

Capítulo 20. Preparada

Lo primero que compruebo nada más despertarme es que, afortunadamente, no ha sido un sueño, que todo lo vivido la noche pasada no ha sido fruto de mi

imaginación desbordante. Bueno, en realidad sí es un sueño, eso ya lo sabemos,

pero me siento la mujer más dichosa del mundo al descubrir que Dani sigue a mi

lado. Él aún duerme. Su expresión relajada y el bonito perfil de su rostro me hacen tener ganas de llenarlo de besos. Me contengo para no despertarlo.

Permanezco un rato más así, tumbada en una cama que no es la mía pero que ya la siento como tal, abrazada al hombre que quiero y con el que me gustaría compartir muchas noches más. Me sorprende planteándome cómo sería

quedarme aquí, considerando la idea de no volver a Logroño. A fin de cuentas,

no hay nadie que me esté esperando. Aparte de Nelia, con la cual podría seguir

manteniendo el contacto a través del móvil, las únicas personas a las que quiero

tampoco se encuentran en esa ciudad. Por lo tanto, no me parece una idea tan mala a tener en cuenta. Enseguida, aparto esos pensamientos de mi cabeza. Es demasiado pronto, no puedo lanzarme a la aventura así porque sí, pero tengo que

repetírmelo varias veces para creérmelo.

Antes de que pueda volver a replantearme esa opción, un movimiento a mi lado izquierdo me hace volver a la realidad. Es Dani, que, todavía adormilado, estira su cuerpo cuan largo es para desperezarse. Me quedo mirándolo, a la espera. Abre los ojos y me encuentra así, con la vista clavada en él y una radiante sonrisa en la cara. Su rostro también se ilumina. Escucho las palabras que va a decir antes incluso de que salgan de sus labios:

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, feísimo —le devuelvo el saludo, sin poder dejar de sonreír.

Al mismo tiempo, acercamos nuestros labios y nos damos un corto, pero tierno, beso. Ese simple contacto tan inocente me crea unas ganas inmensas de

pedir más, de ofrecer más. Creo que a Dani le pasa lo mismo, a juzgar por cómo

sus manos buscan mi cuerpo, todavía desnudo, y comienzan a surcar caricias sobre él. Cierro los ojos y suspiro, emocionada por lo que viene a continuación.

Quiero perderme bajo estas sábanas junto a mi amor; me quedaría así, mañana,

tarde y noche, metida en esta cama en la que tanto placer he recibido.

Estoy convencida de que este pasaría a ser otro de nuestros momentos más

apasionados, otro momento digno para recordar, de no ser porque algo, o *alguien*, interrumpe nuestros deseos. Lo hace con unos sonoros golpes en la

puerta, seguido de un insistente timbre que suena de tal manera que me llevo las manos a los oídos para no quedarme sorda. Dani suelta un gruñido y se dispone a

levantarse de la cama. Antes de hacerlo me mira y, con una expresión entre divertida y decepcionada, me dice:

—Ya lo siento, pequeña. En esta casa la intimidad brilla por su ausencia. Lo comprobarás enseguida.

Pongo una mano en alto, queriendo restarle importancia al asunto. Y le animo a responder a quien sea que esté llamando de esa manera:

—No te preocupes por mí. Yo que tú me preocuparía más por nuestros órganos auditivos. Si sigue llamando así...

Dani me corta con una repentina carcajada. Irremediablemente, me contagia su alegría y me hace reír a mí también. Así, entre risas y bromas, se viste a todo correr y sale de la habitación. Como por acto reflejo, me incorporo y lo sigo.

Mientras voy tras él por el largo pasillo de su casa, no puedo evitar deleitarme

con la escena que tengo delante. Él, con solo una pantaloneta corta y su espalda

al desnudo, me parece la imagen más erótica que han visto mis ojos. Por unos segundos, maldigo mentalmente a la persona que se ha atrevido a impedir que pudiera disfrutar, una vez más, de ese cuerpo tan masculino.

Enseguida se me pasa el enfado cuando descubro que la persona que ha

impedido todo eso es, nada más y nada menos, que la jovial María. Unos pasos

por detrás de ellos, veo divertida cómo los dos hermanos comienzan a discutir como saludo. Dani le pregunta si no le han enseñado modales y a no llamar tan

temprano a las casas de los demás; María, por su parte, le dice si no le da vergüenza estar a esas horas todavía en la cama, cuando el día es tan corto y hay

que disfrutarlo al máximo.

Sonrío, mientras sigo observándolos, curiosa, desde el punto donde me encuentro. Me causa gracia ver la forma tan extraña que tienen de tratarse, pero

estoy segura de que se quieren muchísimo. ¿Cómo no iban a hacerlo? Son hermanos...

Justo entonces, María parece recordar mi presencia en la casa y, pasando de largo por donde está su hermano, se dirige directamente hacia mí y me saluda con efusividad:

—¡Buenos días, Irene! —Me da dos rápidos besos en la mejilla y un ligero apretón—. Lamento si he interrumpido algo. Quiero creer que no ha sido nada malo...

Con la sonrisa que parece haberse quedado impregnada en mis labios, le respondo con alegría:

—Tranquila. No ha sido nada malo. Nada es malo cuando se trata de tu hermano...

Suelto una carcajada, divertida ante lo que yo misma acabo de insinuar. Ella

pone los ojos en blanco y levanta las manos.

—¡Vale, vale! Lo pillo. No volveré a venir, si no es avisando antes. Ahora, siento decirlo que tenéis que acompañarme.

Tanto Dani como yo la miramos con gesto interrogante. ¿A dónde tenemos que acompañarla? María se apresura en informarnos, antes de que podamos poner pega alguna.

—He quedado con los chicos para desayunar en el bar de Clara. Así que, ¡venga! ¿A qué estáis esperando? ¡Moved ese trasero de una vez y a cambiaros

de ropa!

Dani se acerca a nosotras y se planta frente a su hermana. Con un gesto que no logro descifrar, replica:

—María, son las 9:00 de la mañana. Todavía no nos ha dado tiempo ni a acostumbrarnos a la luz del día. ¿No te parece que es un poco temprano para quedar con los demás?

Ella meneaba la cabeza con contundencia, haciendo así que su coleta negra se balancee de lado a lado.

—Nunca es demasiado temprano para pasarlo bien. Nos quedan muchos sitios por enseñarle a Irene, muchas personas por presentarle, así que... no hay

nada más que hablar. Os esperaré en el salón, porque me imagino que antes de

salir tendréis que ducharos...

Nos guiña un ojo a ambos y, no sé a Dani, pero a mí me hace tanta gracia que no puedo evitar reírme. María sonrío también. Nos señala con el dedo y nos advierte:

—¡Nada de *juegucitos*! Os doy diez minutos, ni uno más ni uno menos.

Divertidos, Dani y yo nos dirigimos hacia la habitación. Una vez allí, nos metemos al cuarto de baño que tiene dentro y nos damos la mayor prisa que podemos en asearnos. Nos metemos juntos en la amplia bañera pero, aunque me

habría gustado, no ocurre nada más entre nosotros que un par de besos inocentes.

María está en casa y, por más excitada que pueda hacerme sentir Dani solo con un beso, soy consciente de que merece un respeto. Por lo tanto, en un breve espacio de tiempo, volvemos a la habitación y nos disponemos a vestirnos. Él busca en su armario. Yo entre la ropa que tengo guardada en la maleta, la cual

dejé en el coche de María y ella se ha encargado de traerme.

Al final, antes de los diez minutos que María nos ha puesto como límite, ambos estamos vestidos, listos para salir. Dani lleva unos pantalones vaqueros cortos y una camisa azul clara remangada a la altura del codo que le sienta de maravilla. El color le combina a la perfección con su tez morena. Me derrito solo

con mirarlo. Yo he acabado optando por ponerme otro vestido, esta vez uno azul

de encaje que se ajusta a mi cuerpo y, una vez en mi cintura, cae de una forma

holgada que me encanta. Es corto, tampoco demasiado; lo suficiente para dejar

ver mis delgadas piernas pero sin enseñar nada más que lo necesario. Me calzo

con unas sandalias negras con pequeños brillantes y ya estoy, preparada para comenzar un nuevo día, con todo lo que eso conlleve.

Dani me observa antes de salir del cuarto. Su gesto es de evidente

satisfacción. Me agrada ver la aprobación que descubro en su mirada y así, más

contenta que unas pascuas, me dirijo hacia donde nos espera María. Esta se levanta en cuanto nos ve y se encamina hacia la puerta de la entrada, instándonos

a seguirla. Así lo hacemos. Obedientes, caminamos tras ella hasta llegar a su Mini, que tanto me recuerda al mío, y que está aparcado enfrente de casa, cruzando la acera.

—Nosotros vamos en mi coche —le indica Dani.

Tanto María como yo nos giramos hacia él, sorprendidas. Ella, porque su hermano prefiere ir por su cuenta, aun cuando cabemos perfectamente en su cochecito. Y yo, porque ni siquiera sabía que tenía uno. No hemos hablado nunca sobre ese tema, quizá simplemente porque estábamos ocupados charlando

sobre cosas más importantes. De todas formas, me entra una extraña angustia.

Inevitablemente, mi cerebro comienza a lanzarme preguntas: *¿Cuántas cosas más no sabré sobre él? ¿Cuántos aspectos de su vida se me escapan de las manos?*

Al final, me esfuerzo por mantenerme tranquila, mientras me digo a mí

misma que no debo ser tan exagerada. En realidad, ¿qué importan los pequeños

detalles cuando tienes lo más importante a tu lado? No hace falta que me responda a eso. Dani me coge de la mano y, tras despedirse de su hermana y quedar con ella en un punto concreto, me lleva hasta su coche. No sé por qué, no

me sorprende cuando veo cuál tiene. Es un Mercedes negro y, por algún motivo, pienso que le pega mucho esa clase de vehículo.

Durante el poco rato que dura nuestro viaje, me dedico a mirar por la ventana (cosa que me encanta) y disfrutar del paisaje. Todo sigue siendo nuevo para mí,

ya que ayer no tuve oportunidad de ver demasiado de esta ciudad. A la luz del

día, las calles tienen otro aspecto. Están llenas de vida, cubiertas de transeúntes que se dirigen, casi todos con prisa, a su destino. Nosotros llegamos pronto al nuestro. Dani se detiene enfrente de una cafetería, en una calle bastante concurrida. Antes de bajar me mira y, con voz dulce, me pregunta:

—¿Preparada?

—¿Para qué?

Esboza una sonrisa.

—Para conocer a mis amigos. Para entrar un poco más en mi vida.

Con seriedad pero con firmeza, asiento y le digo:

—Sí. No hay nada que desee más que eso.

Así pues, bajamos. Él rodea el coche y se pone a mi lado. Me ofrece su mano y yo la acepto de buen agrado. Juntos, caminamos hacia el bar de Clara, que pronto descubro que se trata de la novia de Iván, donde ya todos nos están esperando.

Capítulo 21. La mejor forma de perderse

El recibimiento que obtengo dentro de ese bar es mucho mejor del que esperaba. Me siento nerviosa y entusiasmada a partes iguales, pero gracias a la

calurosa acogida que me dan todos los que componen el círculo de Dani, enseguida se me pasa y comienzo a disfrutar del momento.

Nada más entrar, Dani saluda a todos y me presenta, sonriente. Orgullosa.

Dichosa de llevarme de su mano. No pasa mucho rato hasta que empiezo a entablar conversación con las chicas. Son todas muy agradables y yo soy una parlanchina por naturaleza. María ha hecho un buen trabajo, allí están todos.

Iván, el mejor amigo de Dani desde su más tierna infancia; Rodrigo, su primo, y

muchas más amistades que pronto empiezan a ser también las mías.

En un abrir y cerrar de ojos, pasa el día y la noche cae sobre nosotros. Me han llevado, después de desayunar, por el centro de esa ciudad tan bonita; hemos

paseado, comido y charlado hasta que se nos han agotado las palabras y, ahora,

me estoy dejando llevar por este grupo simpático y lleno de vida hasta lo que, según dicen, es el mejor lugar para terminar el día. De la mano de Dani, entro a

una discoteca, de la cual no me he parado ni a ver el nombre. Está repleta de gente; debe de ser el local de moda.

Nos dirigimos directamente a la barra y allí pedimos una consumición para

cada uno. Yo, después de unos segundos dubitativa, opto por tomarme una Coca-

cola bien fresquita. No estoy muy acostumbrada a beber alcohol y, además, quiero estar bien sobria para no perderme ni uno solo de los instantes que pase

junto a Dani. Los demás, sin embargo, no son tan recatados; en poco más de media hora, veo a todos riendo y bailando como si no hubiera un mañana.

Disfruto de su alegría e, irremediabilmente, me la contagian. Sonrío, tanto por dentro como por fuera. Este sitio me resulta acogedor, o tal vez solo sea así porque Dani está aquí conmigo.

De un modo u otro, me divierto como no recuerdo haberlo hecho nunca antes

en mi vida. De pronto, me veo arrastrada por unos cuantos pares de manos y, divertida, me dejo llevar. Me planto junto a María y sus amigas, Leticia y Sabrina, en medio de la pista y, haciéndonos un hueco entre la aglomeración, nos

ponemos a bailar. No puedo decir que domine la técnica del baile a la perfección,

pero sí que es algo que siempre me ha encantado. Me relaja, me tranquiliza, me

transporta a otro lugar; así que, al ritmo de *Me enamoré* de Shakira, le permito a mi cuerpo moverse a su antojo y disfrutar. Así lo hago durante un buen rato, una

canción detrás de otra, hasta que mi cerebro, por alguna razón, cae en la cuenta

de que llevo demasiado tiempo separada de mi amor. Abro los ojos y lo busco entre la gente. Su mirada se cruza con la mía. Desde la barra, acompañado por

Iván y Rodrigo, compruebo cómo me vigila, me cuida, me protege. Tuerce el gesto en una mueca divertida. Le guiño un ojo y lanzo un beso al aire con una

única dirección: sus labios. Él me devuelve el gesto, haciéndome así la mujer

más feliz del mundo.

Sigo bailando con mis nuevas amigas y, de repente, siento cómo algo o alguien tira de mí hacia atrás y acto seguido unos brazos rodean mi cuerpo. Unas

manos desconocidas se posan en mi cintura y una voz, que hasta ahora no había

oído jamás, me dice al oído:

—Hacía mucho que no veía una chica tan bonita en esta discoteca.

Inmediatamente, todos mis sentidos se ponen alerta; y ya no solo por mí, sino por Dani. No quiero que piense que estoy coqueteando descaradamente con

otro y a tan pocos metros de donde él se encuentra. Temo también a las represalias que pueda tomar, puesto que, en verdad, no lo conozco lo suficiente

para saber cómo reacciona él ante este tipo de situaciones. Decidida, me giro hacia esa voz que se ha atrevido a dirigirse a mí, aun sin conocerme, y le suelto

con determinación:

—Hay muchas chicas en este lugar. Ve y busca a otra con la que ligar.

Vale, quizá he sido demasiado dura, pero es que, como ya he explicado antes, soy bastante impulsiva. Y mi impulsividad, en este caso, me insta a ser clara y

cortante. El dueño de esa voz, que resulta ser un muchacho de más o menos mi

edad (bastante guapo, por cierto), me mira con un gesto para nada ofendido y suelta una risita. Sé que vuelve a hablarme porque puedo ver sus labios

moverse,

pero no me da tiempo a procesar lo que está diciendo porque ahora toda mi atención está fija en el rostro de Dani. Una vez más, he vuelto a buscarlo con la

mirada y, una vez más, lo he encontrado. El gesto de su cara me indica que está

pendiente, al acecho, controlando que este chavalito no se pase de la raya ni del

límite permitido. Pero, ¿cuál es el límite? Lo averiguo enseguida, cuando veo a

Dani acercarse hacia nosotros. Viene directo a mi encuentro y se pone a mi lado.

Me atrae hacia él en un gesto de protección (y de posesión, claro está), y dice, mirando exclusivamente al muchacho que sigue enfrente de mí:

—Con calma, Luis. Irene no ha venido sola.

Me quedo asombrada en cuanto descubro que ya se conocen. Después, me digo a mí misma que eso no tiene nada de raro. Viven en la misma ciudad y frecuentan, por lo que veo, los mismos ambientes. Es lógico que sean, por lo menos, conocidos.

—¡Tranquilo, hermano! —El tal Luis pone cara de no haber roto un plato en su vida y añade—: No estoy haciendo nada. De todas formas, encantado, Irene.

Ahora ya sé tu nombre.

No tengo tiempo de contestarle porque Dani se me adelanta:

—¡Venga, Luis, que nos conocemos! ¡Tengamos la fiesta en paz!

El aire de esa discoteca se vuelve más cargado en cuestión de segundos. Las chicas se han acercado más para observar la escena y tanto Rodrigo como Iván

mantienen sus ojos fijos en nosotros, aguardando y sopesando si su intervención

es necesaria.

Noto cómo los dos hombres que tengo a mi lado se clavan las miradas y se retan. La tensión es más que palpable. En un intento de apaciguar la tempestad,

intervengo abrazando a Dani con mis delgadas manos. A duras penas me dan para rodear su cuerpo entero, pero de igual forma siento que comienza a calmarse. Su respiración se tranquiliza y, aunque casi puedo oír su corazón latiendo a toda velocidad, hace un esfuerzo por controlar su enfado y, en un tono

que no da lugar a negativas, me dice:

—Nos vamos.

Lo miro, asintiendo solo con mis ojos y sin necesidad de decir nada más. Iría con él a donde me pidiese y él lo sabe. No tengo ningún motivo para permanecer

en este bar ni en ningún otro si Dani no está a mi lado. No se despide de nuestros amigos, ni siquiera de su hermana; supongo que todos ellos ya saben por dónde

van los tiros y conocen lo suficiente a Dani como para intuir que no es el mejor

momento para decir nada. Mis ojos se chocan con los de María y ella, con un ligero asentimiento de cabeza, me explica que todo está bien, que vaya con su hermano, que ya nos veremos en otro momento. Le lanzo un beso (el segundo que mando esta noche) y me dispongo a marcharme de allí, a donde sea que Dani quiera llevarme.

Antes de irnos, este se gira de nuevo para encontrarse cara a cara con Luis y, con todo de advertencia, le ordena:

—Mantente alejado de ella. ¡Ah! Y no vuelvas a llamarme así. ¡Tú y yo no somos hermanos!

El aludido no opone nada más. Se limita a esbozar una sonrisa cínica y se da la vuelta, perdiéndose entre la muchedumbre. Nosotros, Dani y yo, también nos

perdemos, pero nuestra forma de perdernos es más bonita, más especial. Es única.

Capítulo 22. Si la vida se para, quiero que se pare
ahora

El mar. De nuevo el mar. Lo siento antes de verlo. Puedo olerlo, notarlo en mi piel. En mi ciudad, no hay playa y siempre he soñado con vivir más cerca de

ella. Ahora lo estoy y, lo que es más importante, en compañía del hombre que amo. Dani me ha traído hasta *Cala Major*, el lugar donde nos conocimos (por segunda vez, porque la primera fue gracias al Internet). Hemos hecho el trayecto

en silencio, pero no me ha soltado la mano ni un solo segundo.

Es tarde, deben de ser ya las dos de la madrugada, y en esta bonita playa no

hay nadie, salvo nosotros dos. La luna brilla allá en lo alto y las olas se mueven, tranquilas, rozando apenas la orilla. Dani me anima, con un gesto silencioso, a disfrutar de esas suaves olas. Para dar más énfasis a su propuesta, alza los brazos y se quita la camiseta, dejándola caer a la arena. Después, los pantalones. Yo dudo al principio. Nunca me he dado un chapuzón de noche y una extraña agitación se remueve dentro de mí. Sin embargo, no tardo mucho en sucumbir ante sus encantos, tanto los del mar como los de Dani, que me mira expectante y

con una radiante sonrisa en la cara.

Me deshago de mi vestido tan rápidamente como lo ha hecho él de su ropa.

Nos quedamos ambos en ropa interior, en igualdad de condiciones. Él estira su

mano dejando la palma hacia arriba y sin dudar lo poso la mía encima. En poco

rato, estamos mojados, felices y, sobre todo, enamorados. Jugamos

salpicándonos el uno al otro, nos sumergimos juntos para después volver a salir

y dejamos pasar el tiempo entre besos y risas, risas y besos, no sé en qué orden

exactamente.

En el intermedio de uno de esos besos, Dani aprovecha para hacer uso de su

fuerza y me alza al aire, sujetándome firmemente por la cintura. La sensación que tengo, con el agua fresca corriendo por mi cuerpo y esa piel morena pegándose a la mía, es tan placentera que no soy capaz de describirla con palabras. Alzo la mirada en dirección hacia el cielo y suelto un largo suspiro.

Soy tan feliz que me da miedo decirlo. No sé si tanta dicha puede ser cierta.

Cuando regreso junto a Dani y busco su rostro, distingo en sus ojos la misma

emoción que a mí me embarga.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —me pregunta en un murmullo casi inaudible, pero que mis oídos captan a la perfección.

—¿En... Logroño? —le contesto, juguetona, con otra pregunta.

Él niega con la cabeza, como si no hubiera entendido lo que quería saber. Me lo aclara:

—No. Durante todo el tiempo en que yo tanto te busqué.

Sus palabras calan hondo en mi corazón. Las lágrimas se me amontonan en el interior y amenazan con salir, pero el motivo no es otro que la satisfacción que me causa el constatar que el amor que siento hacia este moreno tan atractivo es

correspondido. Poniendo el alma en cada palabra, dictamino:

—Estaba... estaba en el lugar equivocado.

Dani me mira. Puedo ver el deseo en sus ojos. Con una sonrisa traviesa, me sugiere:

—¿Y qué te parece si te ayudo a buscar el adecuado?

Rodeo su cuello con mis manos. Manteniendo su mirada, le aseguro:

—Ya lo he encontrado.

Es justo en ese instante cuando las palabras vuelven a sobrar. Nos rendimos a los estímulos físicos, que nos gritan a todo pulmón que nos dejemos llevar. Y así

lo hacemos. Dani toma la iniciativa. Con suavidad y seguridad en sí mismo, pone sus manos en mi trasero y me atrae más a su cuerpo, si es que eso es posible. Me insta a abrir las piernas y rodearlo con ellas. Así lo hago. En estos

momentos, ya he dejado de pensar con claridad. Mi mente se evade y se olvida

de que nos encontramos en un sitio público y que, aunque solitario ahora, no está

permitido dar rienda suelta a las pasiones en este lugar.

La mano de Dani aparta a un lado el fino tanga que cubre mi parte más íntima y, después, todo deja de importar. Pierdo la cuenta de cuántos besos y caricias nos damos, de cuánto tiempo pasamos disfrutando de ese acto tan maravilloso. Dani desliza sus dedos por mi espalda desnuda. Nuestros cuerpos,

mojados, se niegan a separarse. Un escalofrío me recorre entera, desde la cabeza

hasta los pies. La ternura con la que me toca llega incluso a hacerme daño, y lo

hace porque sé que habrá un día en el que ya no pueda disfrutar de sus caricias.

Una triste sonrisa cruza mi rostro. Él repara en la melancolía que siento y se apresura en tratar de cambiar mi estado de ánimo. Me aparta con ternura un mechón de pelo que me cae sobre la cara y se dedica, por unos segundos, a acariciar mi mejilla con sus dedos.

—Ven a vivir conmigo —suelta de pronto. Y lo suelta así, como si estuviera pidiendo la cosa más fácil del mundo; como si, en realidad, lo fuera.

Aguardo un poco antes de contestar. Tengo que pensar bien antes de decir algo equivocado. No puedo aceptar su ofrecimiento e irme a vivir con él,

cuando

apenas llevamos juntos (físicamente) un par de días; pero tampoco quiero hacerle daño ni hacérmelo a mí. Así que, sin saber bien cuáles son las palabras

adecuadas para un momento así, le digo:

—Sabes que no es posible.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros, sin soltarme de su cuello. Aún estamos en la misma posición, conmigo a horcajadas de su cuerpo.

—¿Tú me quieres?

Ignoro por qué he soltado esta pregunta justo ahora; supongo que es porque, en verdad, necesito conocer la respuesta, sea la que sea.

—Claro que te quiero. ¿Aún lo dudas?

—¿Cómo puedes saberlo? No hemos pasado el suficiente tiempo juntos...

Dani me observa con mirada inescrutable. No logro descifrar lo que guarda en su interior. No sabría decir si está ofendido por mis dudas, enfadado o, simplemente, convencido de sus sentimientos y queriéndome convencer a mí de

ellos. Entonces, con gesto serio y voz profunda, me dice:

—Cuando un hombre ama a una mujer lo sabe desde el primer momento en que la ve. Yo lo supe desde aquella tarde, cuando el destino quiso que nos juntáramos. Primero, me sorprendiste con ese mensaje. Después, lograste

hacerme reír con tu manera ingeniosa de salir victoriosa de tu propia equivocación.

Sus ojos brillan con cada palabra que dice. Los míos, supongo que también.

Lo escucho con atención, en silencio. Mi mente viaja hacia esa tarde que él está

narrando, cuando las ganas de saber cómo le iba la vida a Javier sin mí me hicieron buscarlo y encontrar a la persona equivocada, que, finalmente, fue la acertada. ¡Menudo trabalenguas! Parece de locos, pero es cierto. Así es cómo pasó. Dicen que nadie llega a la vida de uno por casualidad, que todo nuevo comienzo es por un motivo exacto, y confío en que el mío sea bueno. Que lanzarme a esta *locura* como diría mi amiga Nelia, no me haga después darme de bruces contra la pared.

—Está bien, quizá no me enamoré de ti en ese mismo momento —continúa Dani—. Tal vez, ni siquiera en esa noche ni en la siguiente. Sin embargo, me hicieron falta pocas conversaciones más para saber que me hacías falta, que era

saber que iba a escuchar tu voz lo que me hacía levantarme por las mañanas. Tú

aún no lo sabes, Irene, pero estaba perdido, bastante perdido, hasta que tú llegaste. Nada me hacía ilusión, vivía casi por inercia, del trabajo a casa y de casa al trabajo.

Sigo escuchando, sorprendida. No conocía esta faceta suya, tan personal, tan aislada como la pinta.

—Todas esas personas tan simpáticas que has conocido hoy pueden corroborar lo que digo. Salía con ellos de vez en cuando, sí, pero cada vez con

menos frecuencia y con menos ganas. Mi vida no estaba en uno de sus

mejores

momentos y... entonces, llegaste tú, con tus conversaciones sin final y tus risas a

altas horas de la madrugada. Con tu apoyo en la distancia y tu entrega total, aun

sin conocerme, aun sin saber nada sobre mí. Lo supe, Irene, pronto lo supe. Que

eras tú, que *eres* tú —recalca—, la mujer que nunca pensé encontrar y que, sin embargo, tengo ahora aquí. Y que no quiero perder nunca. Solo imagino una vida contigo. No hay más, no hay otra.

Para estas alturas, las lágrimas ya han hecho acopio de toda su fuerza y corren libremente por mis mejillas. Llora de felicidad, llora porque creo en sus

palabras, llora porque me siento identificada con cada una de ellas. Yo había querido antes, es cierto; amé a Javier como nunca había amado a nadie (porque,

en realidad, nunca había amado a nadie), pero jamás, en todos los años que compartimos juntos, llegué a sentir lo que estoy sintiendo ahora. Esta sensación

es plena, es real... me llena por completo. Y tengo que hacérselo saber. Como puedo, le digo:

—Yo tampoco imagino una vida sin ti.

Nos fundimos en un abrazo intenso, de esos que marcan, de esos que sabes

que ya no vas a poder olvidar por mucho que lo intentes. Pierdo la noción del tiempo. La recupero cuando ya estamos en su barrio, en su calle, en su casa, en

su cama. Sin cansarnos, volvemos a adentrarnos en nuestro mundo, ese en el

que

solo los enamorados pueden entrar. Naufragamos entre palabras románticas, entre besos y gestos de amor. Al final, después de un par de sesiones más de entrega mutua, tanto física como mental, nos rendimos al cansancio y nos dejamos caer sobre la cama. El día ha sido largo y movido, creo que ninguno de

los dos estamos acostumbrados a tanto ajeteo.

Pongo la cabeza sobre su pecho y abrazo sus piernas con las mías. Así, de la mejor forma que puede haber para descansar, cierro los ojos y voy cayendo en un profundo sueño. Y, si la vida se para, quiero que se pare ahora. Conmigo entre

su cuerpo, durmiendo junto a él, sintiéndome pequeña, protegida y... amada.

Capítulo 23. La venda se cae

Pero no, no se para; porque la vida nunca se detiene. Esta tiene unas pautas marcadas para cada uno de nosotros y, por más que nos empeñemos en controlarlo todo, hay cosas que se escapan de nuestras manos. Yo soy una de esas personas. Hubiese querido que las cosas saliesen como deseaba, vivir en mi

mundo de sueños permanentemente, pero ya se sabe que eso no es posible. Yo lo

he descubierto esta misma mañana, de la manera que menos podía haber imaginado. He bajado de mi nube de algodón de golpe y porrazo y no había nada

en el firme suelo de la realidad con lo que hacer que mi caída fuese más suave.

La primera señal ha sido a primera hora del día. El primer atisbo, el primer indicio de que algo no andaba bien. Al abrir los ojos, lo primero que he hecho ha

sido buscar a Dani entre las sábanas; esperando, como la noche anterior, amanecer con su precioso rostro junto al mío. En cambio, no ha sido así. A mi

lado, no había nadie. Me he encontrado sola en esa enorme cama y una sensación de angustia se ha instalado en mi pecho. Ha sido una emoción fugaz,

un leve presentimiento que he querido rechazar en cuanto se ha cruzado por mi

mente.

Antes de sacar conjeturas precipitadas, me he levantado y he ido al baño. Me he lavado a conciencia el rostro con la intención de despejarme por completo y

evadir esa inquietud que tenía por dentro. Creo que, al final, lo he conseguido. O

quizá ha sido la nota que he encontrado en la cocina la que me ha tranquilizado.

Ver su letra impresa en un folio me ha sorprendido. Hasta ahora, solamente nos

habíamos escrito a través de las nuevas tecnologías, y de pronto descubrir esos

trazos alargados (perfectos para mí) me ha emocionado mucho. En esa nota Dani

me informaba de que había salido, Rodrigo le había llamado para avisarle de que

habían surgido problemas en el taller y, palabras textuales de mi querido, «era su obligación ir a tratar de solucionarlos». A fin de cuentas, es su taller. Lo comprendo y no me enfado por su ausencia. De hecho, ha sido todo un detalle

que no quisiera despertarme y me haya dejado seguir descansando. Es solo que

extraño cada minuto que no está; que, ahora que lo he tenido conmigo, no puedo

concebir un solo segundo sin su compañía. Exagerado... Puede ser. Pero, de eso

se trata el amor, ¿no? Exageración, idealización, romanticismo... y un largo *etc.*

que no tengo ganas ahora de escribir.

Creo que me estoy andando por las ramas, así que seguiré contando cómo todos esos sentimientos que derivan del más grande, el Amor, han pasado a convertirse en uno completamente devastador: decepción. Tras ello, la negación;

la absurda creencia de pensar que no es posible que eso, precisamente «e so», te esté pasando a ti.

En fin, que Dani me prometió volver temprano a la casa (su casa), y hacerme

disfrutar tanto o más que los días anteriores, y yo le creí, como creí que me quería. Y esperé su regreso, como esperan las enamoradas. Recogí y limpié todo

lo que vi en desorden, preparé desayuno, di vueltas por la casa y me entretuve soñando despierta con una vida diaria así junto a él.

Así he seguido hasta hace unos minutos, esperando, hasta que el timbre de la puerta me ha devuelto a la vida real. Al principio, he pensado que se trataba de

él, que, tal vez, se había olvidado de llevarse las llaves consigo, pero enseguida he comprobado que mi suposición era errónea. Eso ha sucedido cuando he

abierto la puerta y me he encontrado con un rostro desconocido ante mí; bueno,

mejor dicho dos. Y ahora, en este preciso momento, esos dos rostros me están mirando de forma escrutadora, de la misma forma que yo hago con ellos.

Antes de que yo pueda invitarles a pasar, (aunque no los conozco de nada), la

mujer que esperaba al otro lado de la puerta se apresura a entrar, sin pedir permiso ni dar explicaciones. Tras ella, la sigue su acompañante, su pequeño acompañante. Analizo rápidamente el aspecto de *ella*: rostro ceñudo, aire autosuficiente y un atractivo innato. Es alta (mucho más que yo, aunque eso no

es difícil), con curvas bien proporcionadas. Cabello rubio ceniza, ojos azules claros y un perfil de cara tan bonito como impactante. Irradia fuerza. Vamos, todo lo contrario a mí.

Estoy tan ocupada fijándome en sus cualidades físicas que no le presto

demasiada atención a la persona que viene con ella. Solo reparo en que es un niño, pero no le doy demasiadas vueltas al asunto, puesto que ni siquiera sé todavía qué hacen aquí ni cuál es el motivo de su visita. Estoy a punto de preguntárselo cuando ella, con una voz que, no sé por qué, me resulta muy arrogante, me aclara:

—Me llamo Tamara. ¿Tú eres...?

Aguardo un segundo a que estire su mano hacia mí para apretársela o, tal vez, a que se acerque un poco más y me dé los dos besos de cortesía, pero ninguna

de las dos cosas sucede; así que carraspeo para aclararme la garganta y me presento:

—Irene. Soy Irene. Aunque imagino que no es a mí a quien estás buscando...

Juro que no sé por qué he dicho eso, me ha salido así de repente, confirmando con ello el gran fallo que tengo de no pensar demasiado antes de hablar.

Tamara no parece sorprenderse ante mi indirecta. Por el contrario, sonrío, pero su sonrisa es una de esa clase de sonrisas que te hacen saber que hay gato

encerrado, que debes sí o sí mantenerte en estado de alerta.

—¡Muy observadora! Pues sí, llevas razón, no he venido con intención de verte a ti. Básicamente, porque no te conocía... hasta ahora. ¿Está Dani en casa?

—No, no está. Ha ido a trabajar, aunque no tardará mucho en volver. Si no me equivoco, ya estará en camino. ¿Quieres que le diga algo?

Niega con la cabeza. Se pasa una mano por su largo cabello y lo acomoda con delicadeza a un lado de la cara.

—Lo esperaré aquí. Tengo que hablar con él unas cosas importantes. Temas que tenemos pendientes...

Asiento. Estoy a punto de ofrecerle un café o algo así, no quiero parecer una maleducada, cuando escucho:

—Si a ti no te importa que me quede aquí, claro. No sé si eres una novia celosa o no...

La media vuelta que había dado para dirigirme a la cocina la deshago entonces. Un tanto incrédula, la miro fijamente y le pregunto:

—¿Cómo sabes que soy su novia? ¿Él te lo ha dicho?

De nuevo una sonrisa, una de esas que consiguen que la angustia vuelva a mí.

—No es necesario que él me lo cuente, cariño. —Levanta su mano y, con el dedo índice, apunta a mi cuerpo.— Dudo mucho de que seas una simple amiga,

o una chica de la limpieza, vestida así... o *desvestida así*, mejor dicho.

¡Tierra, trágame! En este instante me quiero morir, pero de la vergüenza que siento. No me hace falta bajar la mirada hacia mi cuerpo para saber que lo único

que cubre mi desnudez es un conjunto interior negro. Sujetador y tanga, así es como he dormido esta noche y así es como estoy ahora, en la entrada de esta casa, frente a una mujer que no me suena de nada y que no me hace sentir nada

bueno.

Aunque ya es tarde, me tapo con las manos lo más que puedo.

Completamente abochornada, me disculpo:

—Lo siento. Ya puedes perdonar. Creí que era él quien llamaba y... No me di cuenta en... ¡Vaya, lo siento mucho! Ahora mismo voy a vestirme. Puedes esperar en el salón, si quieres te indico dónde está.

Tamara hace un gesto con la mano como queriendo decir que no pasa nada, que no me preocupe, y me dice:

—Tranquila. Ve y ponte algo de ropa. Nosotros estaremos en el salón. No es necesario que nos lleves allí, sabemos perfectamente dónde está.

No respondo nada. Aun sin saber cuál es el motivo exacto, el comportamiento de esta mujer me pone de los nervios y me hace sentir

incómoda. Me limito a caminar lo más rápido que puedo a la habitación, mientras pienso que ojalá Dani no tarde mucho en aparecer por casa. En menos

de cinco minutos, estoy en el salón, ahora sí vestida decentemente, con unos vaqueros cortos, una camiseta rosa de tirantes y unas manoleínas negras. Lo primero que he encontrado.

Tamara, que se encuentra sentada cómodamente en el sofá, va mucho más elegante. Una camisa blanca de cuello alto metida por dentro de una falda negra,

se ajusta a la perfección a su cuerpo. Me examina con la mirada, de la misma forma que yo lo hago con ella. Al cabo de unos segundos que a mí me parecen

interminables, me propone:

—Siéntate. Estaremos más cómodas esperando así.

—No, gracias. Prefiero quedarme de pie —respondo sin moverme del sitio.

Es cuestión de minutos. Las ideas comienzan a revolotear en mi mente, libres, y, de pronto, sé que tengo que soltarlo y así lo hago:

—¿Por qué has hecho ese comentario? Respecto a que si soy celosa...

¿Acaso debería estarlo?

No ha sido mi intención sonar borde, pero creo que eso es lo que ha parecido. No me importa. Solo quiero escuchar su respuesta. Por algún motivo,

sé cuál va a ser incluso antes de que salga de sus labios:

—No lo sé, eso solo Dani puede decírtelo. Disculpa si te he hecho sentir mal, no era lo que pretendía. Es solo que... bueno... —duda un poco, o hace como que duda, antes de continuar—, las últimas novias que tuvo eran bastante posesivas. Ya sabes, lo mío es mío y no lo toca ni lo mira nadie... La más reciente superaba incluso a las demás. ¡Lástima que terminaran tan pronto! Él se

cansó enseguida de esa relación tan tóxica.

Puedo asegurar que, si en estos momentos me pinchan, no sangro. Mi cara debe de ser un poema, un evidente signo de estupefacción. Tamara me mira con

expresión inescrutable. Supongo que está aguardando mi reacción que, por cierto, tarda más de lo normal en llegar. Contrariada, me dispongo a decir algo,

cuando ella interviene:

—Estate tranquila, seguro que tú no eres como esa muchacha. ¿O es que no lo sabías? —Se lleva la mano a la boca simulando sorpresa—. ¡Vaya! Lo siento

mucho. Creí que te lo había contado. Me parece que acabo de meter la pata.

No, la pata no. Ha metido el dedo en la llaga, hasta el fondo; en esas llagas que escuecen cuando, de pronto, descubres que el mundo no siempre es de color

de rosa, que los sueños pueden desvanecerse con la misma rapidez con la que han llegado.

—¿Estás bien? —me pregunta con gesto preocupado la portavoz de tan desagradable noticia.

—No me lo había contado —respondo como puedo.

No sé decir si me afecta más el hecho de que Dani haya resultado ser todo un

«Don Juan» o que no haya mencionado nada al respecto. Porque oportunidades

ha tenido, en todo el tiempo que llevamos hablando...

Pero como las desgracias, cuando llegan, nunca lo hacen solas, todavía me queda más por descubrir esta mañana.

—Créeme, yo también me quedé como tú cuando me enteré de la doble vida de Dani. ¡No me lo podía creer! Todavía, a día de hoy, no puedo hacerlo.

—¿Doble vida? —repito sus palabras mascullando entre dientes—. ¿Y cuál se supone que es la primera?

No sé si quiero escucharlo. *No, seguro que no*, me susurra mi conciencia, más inteligente que yo. Sin embargo, no le hago caso y permanezco absorta en lo que esta mujer tiene que contarme.

—Irene, ¿sabes cuál es el cuento de la Cenicienta?

Asiento débilmente, sin entender qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

—¿Te gusta? —insiste ella.

—¿Por qué quieres saberlo?

Tamara suelta un largo suspiro y pone cara de circunstancias. Intenta hacer como si la situación le estuviese resultando muy difícil, como si decir lo que va a decir le costase muchísimo. Pero a mí no me engaña; no la conozco lo suficiente,

pero puedo notar que está disfrutando mucho con todo esto.

Entonces, muy lentamente, señala a su acompañante, que está sentado a su lado. Dirijo la mirada en la dirección que marca su dedo. Lo hago despacio, tengo la impresión de que todo está sucediendo a cámara lenta. Calladito y obediente, un niño me mira fijamente. Sus ojos se encuentran con los míos. Es

solo un instante, un segundo o, tal vez, dos, los que me bastan para averiguar de

repente lo que nunca quisiera haber averiguado.

Debe de tener, aproximadamente, unos cinco años. Lo observo durante un rato con repentina curiosidad. Es guapo, demasiado quizá. Tanto, que me duele

mirarlo. O puede que eso solo sea por el inesperado *dejavú* que me hace sentir.

Conozco esa mirada, he visto antes esos ojos.

—¿Cómo te llamas? —consigo preguntarle, en un tono tan suave que creo que no me ha escuchado.

—Daniel —me responde con educación.

Suspiro. Busco a Tamara con la mirada y la interrogo en silencio. Estoy convencida de que mi rostro refleja la desesperación que siento. Trato de controlarme. Intento no hacer un drama de todo esto. Seguro que hay una

explicación; pero no, no la hay. Mi subconsciente lo sabe y yo lo sé. La única explicación posible es la que ven mis ojos, la que tengo justo enfrente de mí.

—Te he preguntado si te gusta «Cenicienta» por una simple razón —escucho su voz, pero se me antoja lejana.

De repente, siento que me mareo. Tanto los muebles del salón como las paredes empiezan a dar vueltas y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para

mantenerme en pie. Aunque soy consciente de que todo esto va a cambiar mi vida, me obligo a seguir escuchando.

Tamara prosigue, mirándome con seriedad:

—Porque ahora, en este cuento, te toca a ti hacer el papel de madrastra.

Espero y confío en que se te dé bien.

Su confesión me deja helada. Me ha contado, sin necesidad de entrar en detalles, lo que ya estaba suponiendo por mí misma. No entiendo cómo todavía

no me he desmayado. Vuelvo a mirar al pequeño. Lo contemplo con tristeza, con

una tristeza con la que no merecen ser observados los niños. Él, por su parte, también me mira, ingenuo, inocente, indiferente ante lo que su mera presencia está provocando en mí.

La barbilla me tiembla, al igual que lo hace todo mi cuerpo por dentro. Mi mundo se está tambaleando y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo.

Me trago el nudo de emociones que lucha por salir de mi interior. Sin poder apartar la vista del pequeño, murmuro:

—¿Es vuestro hijo?

—Sí, así es. Aunque, a veces, a Dani parece que se le olvida...

—Pero... No sabía nada. No me había dicho nada. ¿Por qué nunca me lo ha contado? —le pregunto, como si ella tuviera la respuesta.

Tamara se encoge de hombros y se levanta del sofá. Se planta frente a mí y pone una mano en mi hombro. Lejos de reconfortarme, su cercanía me incomoda, me quema, me hace daño.

—Cariño, hay muchas cosas que aún no sabes. No es mi intención hacerte daño, pero tal vez sea necesario hacerlo para que puedas abrir los ojos. Yo... todavía creo que los tengo cerrados.

Se aparta de mí. Coge el bolso que había dejado apoyado sobre el sofá y lo abre. Busca algo en él. Después, regresa para enseñármelo; para quitarme la venda que, como ella misma ha insinuado, llevo puesta. Ante mis ojos aparecen

unas letras. Las ha escrito él, de eso no tengo duda; lo sé porque en el lado superior de la pantalla del móvil distingo la foto de su perfil de Whatsapp, esa en la que tan guapo sale. « *Mi amor* », así tiene guardado Tamara el número del que pensaba que era mi novio. Y digo *pensaba* porque ya no tengo nada claro.

« Lo he pensado mejor. Me gustaría volver a intentarlo contigo. Me gustaría mucho. Dani, tú y yo somos una familia, siempre lo hemos sido... y quiero que

así siga siendo. Si estás dispuesta a poner de tu parte, yo haré lo posible para que, esta vez, todo salga bien. Nos merecemos otra oportunidad. Te sigo queriendo».

Me fijo en la fecha. Este mensaje fue enviado hace tan solo una semana, unos días antes de mi llegada a Palma de Mallorca. « *Te sigo queriendo* ». Esas palabras parpadean en mi mente y me arañan el corazón. El dolor que siento es

inigualable, incomparable a nada. Intento no dejarme desbordar por él, pero es difícil. A duras penas, contengo las lágrimas. Guardo silencio, meditando durante un buen rato toda la información recibida. Tamara respeta mi dolor o,

por lo menos, no añade nada más para acentuarlo. No puedo mirarla, no puedo hablar, no puedo escuchar. No puedo hacer nada. Pienso que ya nada puede salir

peor, hasta que escucho el ruido de unas llaves y... la puerta se abre.

Capítulo 24. Renuncio a ti

¡Que se pare el mundo, que yo me bajo ahora mismo! No me veo capaz de soportar esta situación, el enfrentamiento que, a ciencia cierta, está por venir. Sé que no voy a salir ilesa de esto.

Lo primero que pienso cuando veo a Dani es en lo guapo que es; lo mucho que me gusta, lo mucho que, innegablemente, lo quiero. Sí, ya sé, es una completa estupidez que siga pensando así con lo que acabo de enterarme; pero,

¿qué se le va a hacer? Será que, todavía, la venda que me cubre los ojos no se ha

despegado del todo.

La reacción de Dani al encontrarnos en su casa, esperándolo en su salón, es difícil de explicar. Se queda parado, inmóvil, así como me he quedado yo cuando

mis oídos han empezado a escuchar cosas que no quería descubrir... no

ahora.

Nos mira atónito. Su cuerpo se tensa. Su gesto es de completa incredulidad.
En

un primer momento, pasa por alto mi presencia. Una vez superado el shock inicial, se decide a hablar, pero sus palabras van dirigidas solamente a la mujer

que se encuentra a mi lado:

—Tamara... A ella no... Ella es diferente. Ella no es como tú.

Su tono deja entrever una advertencia. Lo siento, ya es tarde. Tarde para tapar, tarde para seguir escondiendo, para seguir haciéndome ver una vida que,

en realidad, es inexistente. Ni siquiera le ha preguntado: *¿Qué haces aquí?, ¿A qué has venido?* Eso solo puede ser porque ya sabe que ya no hay marcha atrás, que los trapos sucios ya han salido a la luz, que la verdad va a explotarle en la

cara como una bomba de relojería. Y, lo que es peor, nos va a salpicar a todos.

—Buenos días, cariño —le saluda con alegría Tamara, como si entre ellos no pasara nada raro—. ¡Esa no es manera de saludar! Quizá tenga que recordártelo,

pero tu hijo está presente, por si aún no lo has visto.

Dani guía su mirada directamente al punto exacto donde se encuentra el pequeño. Este sigue sentado, ajeno a todo, mirándonos a todos con curiosidad.

Sus ojos se pasean de un lado a otro. Entonces, la cara de Dani se ilumina y olvida, por unos momentos, lo que está sucediendo. Se acerca hacia su

pequeño

y estira los brazos mientras lo hace.

—¡Dani! ¡Mi Dani! Ven aquí. Papá te echa de menos, ¿sabes?

El «Dani» pequeño se levanta, por primera vez en todo el tiempo que lleva en esta casa, y no duda un segundo en abalanzarse sobre su padre. Me quedo

bloqueada, incapaz de desviar la atención de esos dos hombrecitos que, una cosa es segura, se desviven el uno por el otro. Los veo abrazados, entrelazados, y casi podría jurar que distingo unas lágrimas caer de sus rostros. De ambos. Siento una punzada en el corazón. A pesar de lo que me ha hecho, del daño que me ha

causado Dani con sus mentiras, ser testigo de cómo quiere a ese niño me llega al

corazón, me lo vuelve un poco más pequeñito.

Cuando, por fin, vuelvo en mí, comprendo que tengo que marcharme. Lo

mejor es que me aleje de esta casa, de estas personas, y no vuelva a aparecer nunca. Voy a dejarlas vivir su película tranquilamente. Me dispongo a ir hacia la

habitación en busca de mis cosas y, aunque lo hago de la forma más silenciosa,

Dani me pilla e impide mis intenciones:

—¡Irene! Espera. Tenemos que hablar. Por favor...

Esto último lo dice en tono susurrante, casi diría suplicante. De un modo o de

otro, si lo que pretendía era ablandarme, no lo ha conseguido. Niego con la cabeza de lado a lado. Antes de que pueda reponer nada, Tamara habla por mí:

—No creo que la muchacha tenga muchas ganas de hablar contigo. —Me señala—. No ha estado bien lo que has hecho con ella, Dani. Y tampoco conmigo. No se puede tener todo en esta vida. Tú has pecado de ambicioso, queriéndolo todo. Y, por esa misma razón, puedes quedarte sin nada...

Para enfatizar más sus palabras, señala esta vez a su hijo, el cual se ha sentado de nuevo en el sofá. No soy madre, ni siquiera puedo imaginarme lo que

se siente al serlo, pero, por algún motivo, su manera de meter al inocente niño en todo este juego no me ha parecido bien. Me ha parecido un golpe bajo. Por la cara que tiene Dani, presiento que opina lo mismo. Sin embargo, él mantiene la

calma, imagino que precisamente por su hijo, por no ocasionarle más daño del necesario.

Tamara da unos pasos hacia Dani y, cuando está lo suficientemente cerca, añade:

—Tienes suerte de que yo, al final, siempre esté dispuesta a perdonarte. Es lo que hacen las familias...

En ese mismo instante, sucede. Veo a Dani perder el control. Y lo veo antes de que pase. Aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo, en un intento vano

de contenerse. La rabia se impone en su rostro y sus ojos se tornan más oscuros

de lo que ya son. No conozco esta faceta tan agresiva suya. Y no sé si quiero conocerla. De todas maneras, no me queda más remedio.

—¡No le he hecho nada! ¡No a Irene! No podría hacer nada que le hiciese daño, porque la quiero. ¡¿Sabes acaso lo que significa esa palabra?! — Levanta la

voz conforme va hablando—. ¿Has querido a alguien alguna vez?!

Tamara no se inmuta. Se mantiene calmada, erguida, cerca de él, demasiado cerca para mi gusto. Con una tranquilidad que llego a envidiar, responde:

—Te he querido a ti, y lo sigo haciendo, a pesar de todo. Y lo sabes muy bien, cariño.

—¡No vuelvas a llamarme así! —ruge un descontrolado Dani—. ¡No quiero que me perdones! ¡A ver cuándo vas a darte cuenta de eso! Y, una cosa más, no

somos una familia. En realidad, nunca lo hemos sido. Y tú también lo sabes muy

bien.

Dani habla de manera atropellada, completamente salido de sus casillas.

Tengo la impresión de que ni siquiera recuerda que yo sigo aquí, observando toda la escena como si de una simple espectadora me tratase. Tal vez, su enfado,

sus palabras hirientes hacia Tamara deberían reconfortarme; quizá debería

tomármelo como un indicio de que Tamara no ha sido del todo sincera conmigo.

En cambio, sigo encontrándome igual de mal, o peor.

Tamara, sin embargo, parece haberse apoderado de toda la calma que a mí me falta. Su posición es firme, para nada ofendida por las acusaciones de su querido exnovio, o exmarido, o lo que sea. ¡Dios, acabo de descubrir que ni siquiera sé si están casados! ¡¿Dónde me he metido, dónde?! Con todos los hombres que hay en el mundo y yo tenía que ir a fijarme en el más lejano... e

inaccesible. Prohibido, porque eso es ahora para mí. No seré yo la que

destroce

una familia, por muy destrozada que ya parezca estar... No, definitivamente no.

—Te veo muy alterado. Hablaremos en otro momento —resuelve Tamara.

Clava la mirada en mí y yo, instintivamente, agacho la cabeza. Sé a lo que se refiere. Cuando yo no esté, cuando yo no sobre, como sobro ahora...

Dani responde por mí, con la voz más suave que antes pero igual de firme:

—Ella no va a irse a ningún lado. Eres tú la que tienes que marcharse, si todavía te queda un poquito de dignidad.

Consiguiendo sorprendernos, tanto a Dani como a mí, Tamara accede a su sugerencia, acepta su rechazo. Eso sí, lo hace con ese aire arrogante que ya me

ha quedado claro que es parte de ella.

—Está bien. Si es lo que quieres, me voy. Vamos, Dani, levántate. Nos marchamos de aquí. De momento, no somos bien recibidos.

El grito que suelta «Dani padre» resuena por todas las paredes de esta estancia.

—¡No vuelvas a meterlo en esto! Él siempre será bienvenido en esta casa.

No te permito que le metas más ideas negativas sobre mí en su cabeza. ¡Basta ya!

Lo veo derrotado, abatido, cansado ya de quién sabe cuántas cosas por las que ha tenido que pasar. Cosas que, tal vez, él mismo se haya buscado.

Entonces, mis instintos más curiosos (y masoquistas) se activan y me

empujan a hablar, me empujan con tanta fuerza que las palabras salen solas de mis labios antes de que pueda detenerlas:

—¿La has estado escribiendo? ¿La has estado buscando, mientras hablabas conmigo?

En realidad, no se trata de preguntas. Son afirmaciones, puesto que yo misma lo he visto con mis propios ojos. Tengo esas palabras en mi mente como si yo misma las hubiera escrito allí. « *Somos una familia... siempre lo hemos sido* ».

« *Nos merecemos otra oportunidad* ». La rabia se apodera de mí a medida que me voy dejando hundir por el dolor que me causan esas letras.

Dani lo comprende al instante. No considera necesario pedir explicaciones, indagar hasta qué punto sé lo que ha habido entre ellos, lo que todavía hay. Me

mira fijamente. Mi cara delata mi estado, estoy segura. Da un paso al frente y estira su mano hasta rozar mi cabello. Lo aparto con firmeza de un solo movimiento.

—¡No me toques! —exijo—. No vuelvas a tocarme. Escribiste que la seguías queriendo. Lo he leído todo. ¡Maldita sea, dijiste que la querías, y mientras me

decías a mí lo mismo!

No he querido sonar histérica, pero creo que así ha sido. Los ojos de Dani se chocan con los míos. Pone cara de culpabilidad, parece que le duele, pero no le

creo. Repentinamente avergonzado, mira hacia otro lado y evita mi mirada.

Debería hacer lo mismo. Ese silencio ya es una respuesta, justo la que

necesitaba. Sin embargo, quiero verle la cara, mintiéndome. Lo necesito.

—Querías hablar, ¿no? Pues aquí estoy. Dime lo que tengas que decir, antes de que sea demasiado tarde para hacerlo —le propongo mientras sonrío de la forma más cínica que puedo.

—Sí. Le escribí ese mensaje y unos cuantos más. Y sí, le dije que la seguía queriendo. Y todas esas cosas con las que te estás empeñando en hacerte daño.

Tamara, que sigue ahí, asiente en silencio, dándole la razón o dándomela a mí, a saber. ¡ *¿En hacerme daño yo?* ! No doy crédito a lo que escuchan mis oídos. Respiro hondo, mientras trato de convencerme a mí misma de no

abalanzarme sobre él. Llenarle la cara de puñetazos no sería la mejor manera de

salir de esto, pero sería la que mejor me haría sentir, eso sin duda.

—Irene, de verdad, tienes que escucharme. ¡No hagas caso a esta loca! Hay muchas cosas que tengo que explicarte.

Suelto una risita irónica, seguida del mayor gesto de desprecio que siento hacia él.

—¡Ya! No has tenido tiempo antes. ¡Tienes un hijo, Daniel! —Alzo la voz, sin llegar a gritar, pero asegurándome de sonar contundente—. ¡Un hijo no es una tontería! ¡Un hijo no se esconde, un hijo no es nada de lo que avergonzarse!

—No siento vergüenza hacia mi niño, Irene. Eso nunca. Él es lo más bonito que la vida me ha dado. Lo que tenía era... miedo. Miedo de perderte. Miedo de

que no entendieras que mi condición de vida era diferente a la tuya.

—¡Has jugado sucio!

Recibe mi acusación con entereza, con resignación.

—Lo siento... No puedo decirte nada más.

Su semblante ahora es de eso mismo, de resignación. Me deja marchar, como si no le importara; porque lo más seguro es que nunca le haya importado. No quiero llorar, no quiero darles ese gusto, pero es inevitable. Un par de lágrimas

resbalan despacio por mis mejillas. Tengo que salir huyendo. Si no lo hago, corro el peligro de desvanecerme.

Sin mediar más palabra, sin añadir ninguna frase innecesaria más, les doy la espalda y camino, casi corro, en dirección a la habitación. Ahora solo tengo un

objetivo en mi mente: mis maletas. Tengo que meter la ropa que está esparcida

en las maletas y marcharme de aquí. Es sencillo. ¿No?

Dani, como era de esperar, no me permite llevar a cabo mis intenciones.

Negándose a perderme, se interpone en mi camino. Afortunadamente, he tenido

tiempo de coger el móvil, que estaba sobre la cama. Lo empujo, o eso intento.

Apenas se mueve de su sitio.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto con el tono más humillante que puedo emplear. Realmente desesperada.

—Es la madre de mi hijo... —es lo único que se le ocurre decir.

Durante unos segundos, nos retamos con la mirada. Él, con los suyos negros y penetrantes, intenta entrar en mí; yo, con los míos castaños y apagados, me esfuerzo por salir de él. Es el momento. Es nuestra despedida. Tanto mi sentido

común como mi lado más sensible me lo dicen. Se me rompe un poco más el corazón.

En vista de que no me va a dejar salir por las buenas, opto por irme así, con lo puesto. ¡Que se quede con todo lo demás si lo quiere! Lo único que quiero es

desaparecer de su vista. Camino, esta vez, hacia la puerta de la entrada de la casa. Para mi sorpresa, la dichosa Tamara no nos sigue. Nos deja espacio.

Seguramente, sabrá que es la típica escenita en la que todo se termina... y para

ella empieza algo de nuevo.

Dani me agarra del brazo, con determinación pero sin llegar a hacerme daño.

Me insta a girarme hasta quedar cara a cara con él, separados tan solo por unos

pocos centímetros. Y, de nuevo, su voz; esa voz cargada de ternura y de sensualidad que me enamoró:

—¿Vas a renunciar a esto? ¿De verdad lo vas a hacer?

Suspiro. Me cuesta decirlo, me duele. Aun así, me esfuerzo en hacerlo. Es mi única salida. Me recompongo o, al menos, lo intento. Con voz suave, le digo:

—Sí. Renuncio a esto. Renuncio a ti. Renuncio a quererte, aunque me duela.

Un brillo de dolor se asoma en su mirada. Atisbo el sufrimiento que le están

causando mis palabras, pero eso no me hace cambiar de actitud. Él no opone resistencia alguna, no rechista, no hace un nuevo intento de convencerme. Todo

lo contrario, con expresión abatida, completamente vencido ya, se aparta y se hace a un lado, dejándome libre el camino para pasar. Lo tomo, ¡claro que lo tomo! Me seco las lágrimas y, a pesar del dolor que siento, levanto la cabeza. Y

así, sin mirar atrás, sin dedicarle ni un segundo más una pequeña mirada, abro la

puerta y salgo de su casa, dejándolo con quienes siempre debería haber estado.

Dejándolo en el sitio al cual pertenece, cuando yo nunca debería haberme alejado del que me pertenecía a mí. Si es que acaso pertenezco a algún lugar...

Todavía no lo sé. Tendré tiempo para meditarlo, en lo que dure mi viaje a Logroño.

Capítulo 25. Tengo el corazón hecho añicos

Corro lo más rápido que puedo. No sé hacia dónde me dirijo, ni siquiera sé si voy hacia un punto exacto; solo sé que tengo que seguir corriendo, hasta que no

pueda más, hasta que el alma deje de doler. Hasta que olvide en qué ciudad me

encuentro, y, lo más importante, por quién estoy aquí. Las lágrimas no me dejan

ver por dónde voy.

Además, no conozco casi nada de este barrio, por lo que emprendo un

camino recto, sorteando a peatones que caminan tranquilamente por sus tan conocidas calles. Alcanzo a ver la expresión de alguno de ellos. No debo de tener muy buen aspecto: ojos enrojecidos, cara pálida, mirada perdida. Siento la

compasión que les inspiro a esas personas clavarse sobre mi espalda. A pesar de

todo, sigo corriendo. Pero, por más que lo hago, por más que intento escapar de

mi propio sufrimiento, la realidad me invade con toda su fuerza. Esta, en cambio, no tiene ningún tipo de compasión conmigo. Me ataca, me tortura, hasta

el punto de que creo que no voy a poder sobrevivir a ese ataque.

No puedo asumir que Dani me haya hecho esto, que nos haya hecho esto... a

nosotros. No concibo mi vida sin sus llamadas, sin sus mensajes, sin los besos que, ahora, sé que tanto necesito. Sin embargo, tengo que hacerlo. Me guste o no, la corta historia que hemos vivido ha llegado a su fin y no me queda más remedio que aceptarlo. Ahora solo tengo que buscar la manera de salir de esto, y

para conseguirlo primero tengo que marcharme de esta ciudad, a la que nunca debería haber venido.

Pierdo la noción del tiempo. Desconozco si sigo corriendo durante horas, minutos o el día entero. Aunque quisiera no tener que hacerlo, llega un momento

en el que tengo que parar. Me falta el aire. Siento que me ahogo. El oxígeno no

cumple su función vital y se niega a llegar a mi cerebro. Encuentro una callejuela estrecha, en la cual apenas hay un par de bancos. Está vacía, nadie que se interponga entre mi dolor y yo. No lo dudo un momento y me apresuro

en llegar a uno de esos bancos. Agotada, tanto física como mentalmente, me encojo

y rodeo mis piernas con los brazos. Me vuelvo más pequeña, más vulnerable.

Agacho la cabeza y cierro los ojos.

A salvo de miradas indiscretas, rompo a llorar. Y no es un llanto común, con un par de lágrimas recorriendo mis mejillas... No. Es un llanto desesperado, un

sollozo imparable, devastador, que arrasa con todo a su paso. La fuerza de la que

había presumido en mi afán por salir victoriosa de casa de Dani se derrumba. Me

vengo abajo. Me desmorono.

Cuando estás realmente mal, no hay nada que pueda calmar tu dolor. La tristeza no se calma con más tristeza, decían. Es cierto, no lo desmiento. Pero igual de cierto es que las penas hay que sacarlas, hay que exteriorizarlas, si no

quieres que te desgaren por dentro. No recuerdo haber sentido tanta angustia en

toda mi vida. Por un leve instante, se me pasa por la mente el momento en el que

Javier y yo supimos que lo nuestro había terminado, que nuestra relación había

tocado fondo. Ni por un leve segundo sentí la agonía que ahora corre por mis venas.

Tras muchas lágrimas más y algún que otro lamento agonizante, el cerebro decide darme una tregua y me permite dejar de llorar. Me trago las lágrimas,

levanto la mirada y comienzo a buscar la solución a esta situación tan dramática.

Solo tengo una opción; una que, en su día, y no hace demasiado tiempo, también

fue la única que me ayudó a conseguir mi tan anhelado sueño.

No es que me guste tener que hacerlo. En realidad, no deseo ver a nadie ni que nadie me vea a mí pero, usando la poca racionalidad que me queda, saco el

móvil del bolsillo de los vaqueros y busco un número en la agenda de contactos.

Ignoro si la destinataria de mi llamada ya está al tanto de lo sucedido. Tengo tantas ganas como miedo de averiguarlo.

Angustiada, me muerdo las uñas de una mano hasta que su voz me llega desde el otro lado de la línea:

—¡Irene! ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Dónde te has metido?

Capto a la primera su nerviosismo. María está alterada, preocupada por mí.

En otro momento menos delicado, le habría agradecido (por lo menos mentalmente), esa señal de preocupación. Ahora, sin embargo, no puedo hacerlo.

Lo único que acierto a decir es:

—Necesito ayuda. No sabía a quién llamar.

Un silencio al otro lado. Un leve suspiro y después, antes de que pueda decirme algo, añado:

—Por favor... Necesito que me ayudes. Por favor.

Quizá es mi insistencia, las numerosas veces en las que le repito esas dos últimas palabras, las que logran que María acepte echarme una mano. O quizá,

simplemente, es que la pena que siento hacia mí es demasiado grande como para

negarse a hacer lo que le pido.

—Dime dónde estás.

—Te espero aquí. No tardes.

Bajo vagas señas de mi ubicación, María consigue descubrir dónde me

encuentro. Me dice que tardará un poco en llegar, pero que no me preocupe y no

me mueva de aquí; me promete que hará todo lo posible para llegar pronto.

Como una marioneta, me limito a asentir, mientras mi pulso acelerado poco a poco va volviendo a su ritmo normal. De alguna manera, hablar con María y saber que puedo contar con ella alivia un poco mi malestar.

Al cabo de un rato corto pero largo al mismo tiempo, la que se suponía que

era mi cuñada aparece ante mis ojos. Camina directa hacia mí, subida sobre unos

zapatos de tacón fino que, con cada paso que da, causan un eco profundo en este

callejón cerrado. Me obligo a mantenerle la mirada. Quiero que vea el dolor en

mis ojos, necesito que comprenda que tengo que salir de aquí, y que eso solo puedo conseguirlo con su ayuda.

De pie junto a mí, me contempla con tristeza. No saluda, no refleja ni un atisbo de la alegría que siempre irradia. En su lugar, me pregunta de forma directa:

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza, dudando de si voy a conseguir hablar. Lo consigo.

—Tengo el corazón hecho añicos.

En un gesto inesperado, se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza. Recibo

ese gesto con gratitud. Estoy muy necesitada de afecto. Sobre todo en estos momentos donde ella es la única persona con la que puedo sentirme a salvo.

A

pesar de ser hermana del hombre que tanto daño me ha causado, hay una conexión inexplicable entre nosotras que me hace depositar una firme confianza

en ella.

—Irene, cariño, tenemos que hablar —me dice con ternura.

Asiento, aunque no tengo ganas de enterarme de nada más.

—Necesito irme a casa. Necesito que me ayudes. Tengo que cancelar el

billete y pillar un vuelo. Tiene que ser hoy, lo más pronto posible. También necesito mis cosas. Dani no me ha dejado sacarlas. Necesito...

No puedo seguir hablando, el llanto no me deja. María, paciente, aguarda a

que me tranquilice. Cuando, en cierta manera, lo hago, se aparta un poco de mi

cuerpo y me mira fijamente. Esta vez con la voz más firme, me dice:

—Está bien. Te ayudaré a llegar a casa. Pero, antes, tendrás que escucharme.

Es la única condición. Y no acepto un no por respuesta.

Como la títere en la que me he convertido, asiento. Sumisa, obediente, dispuesta a oír lo que sea con tal de poder cumplir mi meta: llegar a la otra orilla, donde no habrán más mentiras ni lágrimas. Tampoco sonrisas, seguramente, pero

no importa. Es el precio que tengo que pagar para huir de mi sufrimiento.

Capítulo 26. De nuevo... Adiós

Llevo más de dos horas sentada en una silla, frente a una mesa donde reposan dos tazas de café con leche, ya vacías; escuchando hablar a María, que

se ha empeñado en no omitir ni el detalle más mínimo. Habla y habla sin parar,

como si así pudiese conseguir algo, como si de esa forma pudiese mitigar un poco mi desconsuelo.

Me he dejado llevar por ella hasta esta cafetería, en un punto no muy lejano de su barrio, pero resguardado de las miradas cotillas. Es un lugar pequeño, no

demasiado frecuentado, pero en el cual me siento a gusto. Tal vez precisamente

por eso, necesito evitar a cualquier persona viviente. No quiero ser la comidilla

del barrio, cuando la noticia empiece a correr como la pólvora. «Nueva chica abandonada por Daniel. Bien merecido lo tiene, por ingenua y fantasiosa».

Un cúmulo de emociones se apodera de mí cuando María da fin a sus

confesiones. Me acabo de enterar de más cosas de las que mi cerebro es capaz

quiera de procesar. Ahora, inevitablemente, veo a Dani con otros ojos. María me ha hecho partícipe de los lamentables sucesos por los que su hermano ha tenido que pasar. Ha sido, día tras día, víctima de unos actos repugnantes; tales

como el chantaje, la manipulación y numerosas acusaciones infundadas.

De pronto, es como si una pantalla se encendiera ante mis ojos. Narrada en

tercera persona por María, a la que le ha tocado ver todo muy de cerca, comienzo a ver, escena por escena, una película en la que Dani es el

protagonista. Él era un joven alegre, sociable y muy cariñoso con todos a los que

apreciaba. Tuvo algún rollete, pero no pasaron de ser aventuras sin importancia.

Como muchos hombres, tenía muy claro que no quería verse involucrado en temas amorosos ni atarse más de lo necesario. Sin embargo, y como el destino tiene muchas cartas para nosotros que, con frecuencia, no esperábamos, su vida

dio un giro radical. Conoció a una chica (creo que no es complicado saber de quién se trata) y algo surgió entre ellos dos; algo diferente, algo que hasta ese momento él no había sentido.

Tanto Dani como las demás personas que lo conocían de verdad, creyeron

que esa vez era la definitiva; que, por fin, había encontrado alguien con quien poder sentar la cabeza. Y eso parecía hasta que las cosas se complicaron. En cuestión de un par de meses, la novia se empeñó en cumplir «demasiado bien»

su papel de novia. Lo vigilaba, lo absorbía. Según María, los celos que esa muchacha sentía llegaron a un límite tan elevado que para Dani se volvió

imposible llevar una vida normal. Todo cuanto acostumbraba a hacer hasta ese

momento, se rompió de repente. Tuvo que cambiar de número de móvil para que su chica no tuviera sospechas que, en el fondo, no tenían por qué existir; dejó de salir con sus amistades y cada vez les llamaba con menos frecuencia.

Con voz apesadumbrada, María me explica que ella misma era una de esas personas. Su hermano pasó de ser su mayor confidente, siempre dispuesto a escucharla (y lo mismo a la inversa), a volverse casi un completo desconocido para ella. Por suerte o por desgracia, vivían bajo el mismo techo, por lo que no

les quedó más remedio, a ambos, que procurar mantener sus diferencias a raya.

Y es que una de esas diferencias era, precisamente, ella, *Tamara*. María, por alguna razón, llamémosle intuición femenina, jamás llegó a conectar con esa chica. Le daba mala espina. Como era de esperar, a Dani esos pensamientos hacia su novia lo molestaban. Al final, como la vida siempre suele encargarse de

poner cada cosa en su lugar, él mismo tuvo que reconocer que las sospechas de

María estaban justificadas.

Una mañana, al despertarse junto a esa chica que tanto decía amarle, supo que había sido la última noche que quería pasar con ella. Con tacto, trató de explicarle que su relación ya no era la misma, que él no se sentía realizado en su compañía y que lo más sano para ambos era que terminasen de buena manera.

Pero todos sus intentos fueron inútiles. Tamara, obstinada, no quiso escucharlo.

Se negaba a perderlo, así como se había negado a dejarle su espacio durante esos

meses que habían estado juntos. Dani, firme en su decisión, quiso hacerla entender que negar lo evidente no tenía sentido, pero la terca muchacha siguió en

sus trece. De una manera o de otra, a Tamara no le quedó más remedio que renunciar a su empeño por mantenerlo con ella, y dejarlo marchar. O, mejor dicho, marcharse ella. Porque en este caso fue Tamara la que tuvo que abandonar

la casa, en la que habían vivido juntos casi desde el primer día. María asegura que nunca vio respirar a Dani tan aliviado como cuando Tamara puso un pie fuera de esa casa. Volvió a ser el que era, ese chico alegre y risueño al que todos en el barrio le tenían tanto aprecio. Pero eso no duró mucho tiempo...

Como otra irónica burla más del destino, a la semana siguiente de la ruptura

Dani recibió una visita. Era Tamara la que esperaba al otro lado de la puerta y,

cuando él abrió, supo de inmediato que algo grave pasaba. En realidad, no se trataba de algo grave en sí. La noticia de que vas a tener un hijo no puede considerarse como algo malo; todo lo contrario, es maravilloso desde el primer

minuto en el que te enteras. Pero eso no quita que pueda sorprenderte, y más cuando no contabas con traer un bebé a este mundo, un bebé tuyo. Dani no lo dudó lo más mínimo, fue consciente de lo que tenía que hacer sin necesidad de

que nadie se lo dijera, ni siquiera Tamara. Su responsabilidad como padre era hacerse cargo de ese futuro hijo y su obligación como hombre... permanecer al

lado de la madre de ese niño o niña. Así lo hizo. María intentó persuadirlo, diciéndole que no tenía que estar atado a alguien que no quería por un hijo, que

podía cuidarlo y quererlo sin tener que estar con Tamara; pero, a pesar de

todos

sus argumentos, Dani se empeñó en hacer lo que se supone que debía hacer, lo

que estaba bien visto para los demás.

Y así fue. Desde el mismo día que recibió la noticia, Tamara y él volvieron a

compartir piso, cama y vida. Una vida cada vez más complicada, pero la vida que él había elegido, aun sin querer hacerlo. No había sido un bebé buscado. Las

pastillas anticonceptivas que Tamara había estado tomando fallaron, o eso creyó

él en aquel entonces; como creyó que solo el destino sabía cómo y por qué hacía

las cosas. Así que, me repite María, el pequeño Dani no fue un bebé deseado, pero sí amado, desde el primer momento. Durante todo el embarazo Dani se volcó en cuidar a su mujer, obviando los nulos sentimientos que tenía hacia ella

y concentrándose solamente en lo mucho que anhelaba que su bebé naciera bueno y sano. Cuando el ansiado día llegó, Dani y Tamara recibieron a su hijo

juntos. Fue un parto sencillo y Dani no se separó de ellos ni un solo instante.

María cuenta, con un toque de ternura, cómo le brillaban los ojos a su hermano

cada vez que sujetaba al pequeñito en sus fuertes brazos. Se ablandó, se volvió

débil ante ese chiquillo que parecía una copia de sí mismo.

Tras darles el alta en el hospital, los primeros días en casa fueron un tanto

duros. Pocas horas de sueño, muchas de llanto y ninguna de amor conyugal.

Tamara, por supuesto, siguió luchando por hacerse un hueco en el corazón de su

querido pero, tal vez por la obsesiva manera en que lo hizo, eso nunca llegó a suceder. Por el contrario, Dani cada vez se alejaba más y más, pero no solo de

ella, sino también de sí mismo. Hubo un momento en el que María pensó que no

lo reconocía, sobre todo el día en que su hermano le comunicó, junto a su insoportable cuñada, que debía abandonar esa casa. Las razones... que una

familia quiere su intimidad y que ya era hora de que María se independizara.

Controlando la impotencia que sentía por ver a su hermano mayor tan sometido,

tan sumiso y cambiado, María hizo sus maletas y, en cuanto encontró un pisito

decente, hizo la mudanza. Sola. Él ni siquiera la ayudó.

Un atisbo de tristeza se refleja en sus ojos al revivir todos esos momentos que, me imagino, tan duros tuvieron que ser para ella. Sin embargo, está decidida

a contarme hasta el último de los detalles, así que sigue hasta el final. Sin prisa pero sin pausa.

Los hermanos nunca llegaron a perder el contacto del todo, mas las cosas entre ellos no volvieron a ser igual. Él la evitaba siempre que le era posible y ella simplemente se alegraba de ese distanciamiento, puesto que no soportaba pasar

un rato junto a esa mujer que, de una forma o de otra, le había arrebatado a la única persona en la que confiaba en ese mundo. A pesar de todo, María jamás

dejó de quererlo y de desear la felicidad para Dani. Por eso, cuando una noche él

la llamó por teléfono, borracho y desesperado, no dudó un segundo en correr a

su encuentro. Se citaron en un parque del barrio. Desde que María llegó y lo vio,

supo que, por fin, sus plegarias habían sido escuchadas. Su hermano había llegado al límite de la paciencia de la que tanto presumía. La gota ya había colmado el vaso y ahora el agua sobraba a rebosar. Él no bebía alcohol; es más,

no recordaba haberlo visto antes con un cubata o un chupito en las manos. Si se

había decidido por hacerlo, eso solo podía significar que sus penas eran tan grandes que no tenía otra manera de soportarlas.

Le contó todo esa noche, en una conversación que duró horas. Los insultos

con los que Tamara lo atacaba, los desprecios que le hacía respecto a su hijo, repitiéndole una vez tras otra que él trabajaba demasiado (para mantenerlos, por

cierto) y que los dejaba solos. Le contó también que no podía aguantar más, que

no era capaz de vivir ni un día más en esas condiciones. Y que tenía miedo.

Miedo de perder a su hijito, que no llegaba al año de edad, y sin el cual no se veía ya capaz de seguir viviendo. María, como buena hermana, lo alentó y aconsejó en lo que pudo. Juntos, de nuevo unidos como siempre lo habían estado, buscaron la manera de solucionar esa situación violenta de la mejor manera. Contrataron un buen abogado, pidieron un convenio regulador donde se

especificaran unas visitas paternales y se ofrecieron a llegar a un acuerdo.

Tamara, obviamente, se negó a cualquier clase de acuerdo posible. En cuanto volvió a repetirse esa conversación en la que Dani le contaba su falta de amor hacia ella y su deseo de dejarla, cogió a su niño y se largó de esa casa. Pasó un

año, un largo año, hasta que Dani pudo volver a ver su hijo, por lo menos en condiciones. En el tan esperado juicio, se dictaminaron unas visitas concretas entre padre e hijo, que supuestamente debían cumplirse a rajatabla. Esas visitas

se limitaban a fines de semana alternos y algún que otro día suelto entre semana.

No era demasiado para un padre que adoraba estar con su niño, pero era mejor

que nada; así que Dani aceptó. Dani cumplió su parte: pasó un dinero mensual a

Tamara por los gastos del pequeño y se preocupó siempre por las cosas que este

necesitara, o incluso la misma Tamara. Porque, al fin y al cabo, ella era la madre de su hijo y no deseaba ningún mal para ella.

En cambio, Tamara jamás cumplió con lo acordado. Permitía a su hijo pasar tiempo con el padre solo cuando ella quería; cuando no, se inventaba

enfermedades con las que alegaba que Dani no podía salir de casa y, por lo tanto,

no podía entregárselo a su padre. Otras veces, eran cumpleaños de última hora,

fiestas familiares, eventos... todo siempre en el horario que le correspondía a Dani estar con el crío.

Se me ponen los vellos de punta al imaginar lo que ha tenido que pasar Dani.

Lo mal que se tuvo que sentir cuando, día tras día, se veía privado de ver a su propio hijo, y mucho más cuando Tamara comenzó a amenazarlo con mudarse a

otra ciudad, dificultando todavía más el contacto entre padre-hijo. Me pongo en

su lugar y tuvo que resultar muy frustrante también enterarse de que Tamara no

se quedó embarazada por equivocación, sino que fue por elección. En una de esas discusiones acaloradas que mantuvieron, se le escapó contarle que ella misma tiraba las pastillas por el váter. Su intención había sido solo una: agarrarlo, mantenerlo a su lado. Pero no le dio fruto, y por eso vivía tan amargada. Y por eso esa especie de odio hacia el hombre que un día decía haber

querido.

Las dudas se acumulan en mi interior, mientras intento asimilar toda la información recibida. Ahora sé que Dani no tuvo la culpa. Sé también que los mensajes que Tamara me ha enseñado eran más falsos que verdaderos. Dani solamente le escribía con un fin: recuperar a su chiquillo. Volvió a engañarse a sí mismo convenciéndose de que, si para poder ejercer de padre, tenía que volver

junto a esa mujer, lo haría.

Tengo sentimientos encontrados dentro de mí. Por una parte, siento unas

inmensas ganas de volver a la casa de la que con tanta prisa he huido y, si todavía Tamara se encuentra allí, decirle cuatro cositas bien dichas; incluida la pena que me da. También me gustaría agarrarla del cabello y sacarla a la fuerza

de ese lugar; después, le daría una patada para que no volviese nunca más y

me

quedaría tan ancha. Pero eso ya es soñar demasiado. Jamás haría algo así delante

de un menor, y mucho menos si ese menor es el hijo del chico que tanto quiero.

Por otro lado, el rencor que se ha instalado en mi pecho desde que me enteré

de que Dani me había mentido sigue estando presente. Aunque puedo llegar a entender las razones de su silencio, no comprendo que no haya tenido la suficiente confianza conmigo para contarme sus problemas. Porque los

problemas, cuando son compartidos, se vuelven un poco menos problemas. Sin

embargo, él no lo pensó así. Le pareció más fácil engañarme, no ser sincero conmigo, mantenerme apartada, a un lado de su vida, como si yo no tuviese derecho a entrar en su realidad.

Por todo eso, y porque el corazón me está pidiendo a gritos que vuelva a mi ciudad, sigo firme en mi idea de coger ese vuelo. María, ya más tranquila después de haberme contado todo, insiste un par de veces en hacerme desistir.

No lo consigue. Al final, accede a ayudarme. Y, a las seis en punto de la tarde,

estamos sentadas en un banco, rodeadas de otras muchas personas que esperan la

hora en la que subir a su avión. Por cierto, mis maletas se encuentran conmigo;

María ha ido a casa de su hermano y, ni sé cómo ni quiero preguntarlo, ha conseguido convencerlo de que se las dejara llevar. Me ha contado que ya

estaba

solo, que Tamara debía haberse marchado a los pocos segundos de mi salida, pero no he querido escucharla. No la he dejado hablar más porque, si lo hacía,

estoy segura que iba a salir del aeropuerto y correr a sus brazos.

Algo dentro de mí me dice que estoy haciendo lo correcto. Que, quizá, Dani no tenga la culpa de nada en el fondo; que quizá me quiera de verdad, pero que,

sencillamente, ahora no es el momento. Nos conocimos después de haber amado

a otras personas y puede que eso no nos haya dejado avanzar como pareja, puede

que ni siquiera estuviéramos preparados.

Antes de que llegue la hora de mi salida, María adelanta nuestra despedida.

Con mirada apagada, me dice:

—Te pedí que no le hicieses daño. Y ahora el daño te lo ha hecho él a ti...

—No te preocupes —trato de tranquilizarla—. Son cosas que pasan... En la vida, y en el amor, no hay reglas. Nadie manda.

Ella asiente despacio. Le sonrío como puedo. Para cerciorarme de que se quede más tranquila, añado:

—Gracias.

Y lo pienso de verdad. Gracias por todo. Por haber aceptado mi solicitud de amistad en Facebook, por haber escuchado (o leído) mi propuesta y haberla

aceptado sin rechistar. Por abrirme las puertas de su coche, de su casa y de su vida, aun sin conocerme. Por confiar en mí para hacer feliz a su hermano. Y por

ponerse de mi parte ahora, que esa felicidad ha terminado.

—Gracias a ti. Y lo siento.

Estoy a punto de decirle que no tiene de qué darme las gracias, ni por qué sentirlo; que nada de esto es su culpa. Pero no puedo hacerlo porque la voz que

resuena por el megáfono me lo impide. Es el momento. Es mi momento. El momento de decir Adiós, de dejar atrás algo que en, pocos días, tanto me ha marcado.

Antes de irme, me doy la vuelta para mirarla. No hay palabras, no hay abrazos de despedida, no hay promesas de volver a vernos ni de mantener el contacto. Solo hay miradas, miradas que reflejan lo que sentimos, miradas que, a

su vez, callan lo que no se puede decir. Nos miramos fijamente durante varios segundos. Sin hablar, lo decimos todo. Me parece atisbar un brillo en sus ojos que indica claramente lo mucho que le afecta mi partida. En mis ojos, también

hay lágrimas. Y así, con la vista nublada y el alma más nublada todavía, le doy la espalda y me encamino al avión que me llevará a mi destino: Logroño. Mi Logroño, espérame, allá voy. Mi corazón se queda aquí, con Dani, pero mi cuerpo pronto estará a muchos kilómetros de distancia. Y, a pesar de lo que duele, sé que es lo que tengo que hacer. Adiós, Palma de Mallorca. Y adiós al amor, al Verdadero, al de Mayúsculas, al que estoy convencida que ya no volveré

a sentir.

Capítulo 27. Tal vez...

Han pasado cinco días, cinco largos días con sus correspondientes 24 horas.

Cinco días en los que como, duermo y vivo casi por inercia. Cinco días en los que aún me estoy acostumbrando a vivir sin Dani.

Todavía no he visto a Nelia. La verdad es que no la he llamado y he evitado cualquier tipo de contacto con ella. Tal vez ni siquiera sabe que estoy aquí, de vuelta a mi vida normal. Mantengo el móvil apagado la mayor parte del tiempo.

Creo que no estoy preparada para enfrentarme a la realidad, a la ausencia de mensajes, de llamadas que indiquen que sigue estando ahí, lejos pero presente.

Porque ya no lo está, eso es un hecho, y cuanto antes lo asuma antes podré superarlo. O eso espero.

A ratos, logro incluso que se me olvide; no del todo, claro está, pero por lo menos puedo pasar un par de horas centrándome en otra cosa que no sea mi propio dolor. Para conseguirlo, me impongo cualquier actividad que requiera de

toda mi atención: escribo, leo, limpio la casa, bailo en el salón... Lo que sea con

tal de mantener la cabeza ocupada.

Sin embargo, no se puede engañar a la mente eternamente. Con más

frecuencia de la que me gustaría, los recuerdos me hacen una visita. Recuerdos

que llegan de repente y me dejan un sabor amargo en la boca, y en el corazón. Su

voz, grabada a fuego en mi memoria, es un puñal para mi corazón. Sus palabras,

un disparo certero en mi alma. Aun así, y a pesar de tener claro que esta pérdida

es irrecuperable, irreversible, soy consciente de que las cosas no podían haber sido de otra manera. No estábamos hechos para estar juntos, el destino tenía otros planes para nosotros.

Tal vez, todavía no estábamos preparados para romper con los lazos del

pasado y entregarnos por completo al presente, a un futuro nuevo. Tal vez, lo nuestro podría haber funcionado si habría sido en otro momento. *Tal vez...* eso nunca lo sabré. Me conformo con lo vivido, con lo sentido. Lo extraño, es cierto;

de nada serviría negarlo. Lo echo de menos de una forma que duele en lo más profundo de mi alma.

A veces, me sorprendo a mí misma preguntándome si podré olvidarlo. Si

llegará el día en que pueda pensar en él sin sentir un nudo en el pecho. ¿Se puede querer a alguien en tan poco tiempo? ¿Bastan unos cuantos meses, a veces días,

para saber que tu corazón ha dejado de ser solo tuyo y ha pasado a formar también un poco parte de la otra persona? No lo sé. Ignoro si este amor que

siento en cada parte de mi cuerpo, en cada poro de mi piel, está justificado.

Solamente sé que lo siento y que contra eso no hay lógica posible.

Me siento frente al escritorio de mi habitación. Miro el ordenador durante unos largos segundos, como hipnotizada. Aprieto el botón de encendido, sin saber bien por qué lo hago o qué es lo que pretendo. Después, también sin saber

el motivo, lo apago. De pronto, algo se despierta en mi interior y me grita, me

enfada, me insta a hacer algo que, normalmente, no entra en mi carácter sosegado. Me levanto de golpe y le doy la espalda a esa pantalla apagada,

haciendo gala de toda mi fuerza mental para contenerme. Reprimo los deseos de

romperlo en pedazos, de acabar con cualquier vía posible de contacto, con cualquier vía posible de espera.

Me siento en el borde de la cama. Lucho contra mi dolor y reprimo mis ganas de llorar. Busco desesperadamente en mi parte racional los motivos por los

que tomé esa decisión que tanto sufrimiento me está causando. Me engañó, me

manipuló. Queriendo o sin quererlo, me hizo daño. Destrozó mis ilusiones y las

dejó en pedazos.

Ahora, la orilla nos separa. La orilla que nos separó desde un primer

momento, y que deberá seguir separándonos siempre.

Capítulo 28. Te Quiero

Cuando tu vida ha perdido el rumbo, cuando buscas desesperadamente una

razón para tanta decepción acumulada (sin encontrarla), el tiempo pasa a tomar

un valor mucho más significativo. Las horas parecen estancarse, los minutos no

corren y las manecillas del reloj se vuelven en tu contra, burlándose de la ansiedad que sientes al verlas moverse cada vez más despacio.

Hoy el día está transcurriendo lento, demasiado lento. Son ya las 20:00 de la

tarde, para mí noche, puesto que cada vez adelanto un poco más la hora de irme

a la cama; y no he hecho nada que pueda denominarse interesante.

Absolutamente nada. Todo me resulta muy aburrido desde que lo único que hago

es flotar a la deriva en el profundo mar de la autocompasión. Sé que tendré que

poner fin a todo esto, sé que llegará el momento en que me tocará levantar la cabeza y salir a flote; pero todavía no sé cómo hacerlo. Por el momento, me dejo

llevar por la tristeza; que eso parece que sí se me da bastante bien.

En medio de todos esos pensamientos negativos que mi cerebro no para de enviarme, escucho un sonido insistente. Tardo décimas de segundo en relacionar

ese sonido con la canción que tanto me gusta: *Ya no*, de Manuel Carrasco.

Canción que yo misma he elegido como tono de llamada, por lo acorde con mis

sentimientos. Canción que, irremediablemente, me hace sentirme todavía más desdichada.

Ya no, llevaremos la venda,

Buscaremos respuestas

Moriremos de amor...

Ya no, por más que quiera verte

Ya no puedo tenerte

Ya todo terminó...

Cuando soy capaz de desconectar la mente de esas palabras que tanta tristeza

contienen, me dirijo hacia donde suena la música e interrumpo la voz de Manuel

Carrasco con solo un movimiento de mis dedos. En su lugar, aparece la voz de

Nelia, que llega desde el otro lado de la línea.

—¡Buenas noches, loquilla!

—Buenas noches para ti, dirás. Para mí, es una más de tantas —respondo en un tono más lamentable del que me gustaría.

—¡Bueno, bueno! ¡Ya estamos con las negatividades! ¡Recuerda que, en la vida, hay que pensar siempre en positivo! Tú siempre lo decías...

S í, pienso, es cierto, lo decía. Antes de que mi relación con Javier tomara rumbos indeseados, rumbos casi inexistentes; antes de que me sorprendiera a mí misma enamorándome de un hombre al que solamente había visto a través de una pantalla de ordenador; antes de que tomara la errónea decisión de luchar

por lo sentido, para después tener que sufrir por lo perdido. Antes de que la vida me enseñara, a base de golpes, que el amor no es eterno, ni mucho menos infranqueable. Pero eso, todo eso, era Antes, No Ahora.

—¿Irene? ¿Estás ahí?

Carraspeo para devolver la voz a mi garganta. El silencio en el que me he sumido ha debido de alargarse demasiado.

—Sí, aquí estoy.

Casi me sale decir: *Sí, aquí estoy. En mi casa, que no es mi casa; en mi habitación, en la cama, donde estoy siempre.* Pero eso, obviamente, también lo omito.

—Bueno, pues sea lo que sea que estés haciendo, déjalo ya y vístete. Tengo

planes para ti —me suelta de sopetón, después de unas cuantas semanas sin habernos visto ni un solo día—. Para nosotras, en realidad tengo planes para nosotras.

Por algún motivo, su último intento de corregir sus palabras me hacen sospechar. No se me pasa por alto el tono nervioso con el que se está dirigiendo

a mí, como si fuera algo premeditado, como si se tratara de un discurso ya planeado con antelación. Aun así, me esfuerzo en mostrarme interesada:

—¿Planes? ¿Qué clase de planes? Es viernes... Espero que esos *planes* no tengan nada que ver con acudir a alguna discoteca. No tengo el ánimo para fiestas.

Nelia suelta una carcajada, también un tanto forzada, que hace retumbar mi oído derecho, donde tengo apoyado el teléfono.

—¡Hay que ver lo sosa que te has vuelto! Cariño, déjame decirte que te estás haciendo mayor. Dentro de poco solo te faltará ponerte la bata.

Resoplo, un tanto irritada. Me gustaría decirle que, en realidad, la bata no la llevo encima de mi pijama de nubecitas simplemente porque no hace demasiado

frío todavía como para cubrir de esa forma mi cuerpo. No descarto verme así de

aquí a unos meses. Nelia y sus bromas pesadas, para las cuales tampoco tengo ánimos ahora mismo.

—¡No, tonta! Sabes que a mí tampoco me va mucho el salir de fiesta. Mejor dicho, nada. Así que no te preocupes. No tengo previsto secuestrarte y llevarte a

ningún garito oscuro. A menos que tú me lo pidas...

Por un leve momento, su manera desenvuelta de ser me divierte y consigue hacerme soltar una carcajada, la primera de muchos días.

—No, no va a ser el caso —aseguro, aunque esta vez de una manera más serena.

—¡Lo que sí vas a tener que explicarme es ese humor de perros que te estás gastando! Algo ha tenido que suceder para que... para que... —Guarda silencio

unos segundos, dubitativa—. Bueno, ya sabes, para que hayas regresado de tu viaje de luna de miel antes de tiempo.

Suspiro hondo. Al final, ha llegado el momento de la verdad, de dar la cara, de confesar que sus suposiciones eran acertadas y que hice mal al desobedecer sus consejos.

—¡No ha sido una luna de miel! Y no tengo ganas de hablar de ello. Por lo menos, no por el momento.

—Conociéndote, nunca llegará el momento. De todas maneras, estás de suerte. No voy a permitir que pases el tiempo tirada en una cama. Entre otras cosas, porque necesito que me hagas un favor. Un pequeño favor...

—Dime.

—He quedado con alguien, un chico al que he conocido. Todavía no puedo darte más detalles. La cuestión es que necesito que me ayudes. Quiero que me acompañes a esa cita, porque me da un poco de miedo acudir sola. No sé quién

es, ni cómo es de legal en realidad. En fin, ya me conoces, yo no soy tan lanzada

como tú.

Otra risita por su parte y otro suspiro por la mía.

—¿Y quién es?

—Te lo contaré todo luego. Ahora no tenemos tiempo. Hemos quedado en vernos a las 21:00, por lo que solo tenemos una hora. Corre. ¡Vuela! Te esperaré

allí.

—¿Allí dónde?

—En el parque que hay enfrente de tu casa —suelta como si nada.

—¿Cómo? ¡¿Por qué tienes que quedar con un tío al que ni conoces justo enfrente de mi casa?!

No doy crédito a lo que estoy escuchando. Mi amiga debe de haber perdido la cabeza en algún lugar misterioso, y yo estoy a punto de seguir sus pasos.

—Ya te he dicho que te contaré todo luego. Cuando nos veamos. No tardes, te espero diez minutos antes para que pueda ponerte al día.

No tengo tiempo de objetar nada, ni siquiera de negarme al favor que con tanta urgencia me está pidiendo, porque el silencio que se hace de repente me impide seguir hablando. Nelia ha colgado, así, sin más ni más; sin dignarse siquiera a ofrecerme una explicación razonable.

De todas formas, a saber por qué razón, le hago caso. En cuanto vuelvo en mí y recobro un poco la lucidez, comienzo a prepararme, arreglándome no

más

de lo necesario. No me lleva mucho tiempo enfundarme unos pantalones

vaqueros y una camiseta azul de manga larga. Me pongo mis fieles deportivas y

me recojo el pelo en un moño, puesto que no tengo ni ganas ni ocasión de peinarlo. Tendría que lavármelo, si quisiera que luciera decente; y, como es de imaginar, no tengo pensado hacerlo.

Para la hora acordada, ya estoy plantada en medio del parque, ese parque diminuto pero lleno de niños por el día, por el que paso todos los días para llegar a casa. Eso cuando salgo, claro está; cuando no, a veces lo observo desde mi ventana. Me gusta ver a los dueños de los perros caminar con sus queridas mascotas en un paseo tranquilo y relajante; me gusta ver a las mamás

persiguiendo a sus incansables niños por todos los rincones de ese parque, agotadas pero felices, al fin y al cabo, de tener a alguien a quien perseguir. En definitiva, me reconforta comprobar con mis propios ojos que allí fuera sigue existiendo la vida, sigue habiendo cientos de personas que continúan con la suya,

aun cuando seguramente muchas habrán pasado por situaciones dolorosas.

Porque, ¿quién se libra del dolor? ¿Hay acaso alguna persona sobre la faz de la

Tierra a la que nunca le haya afectado una mala noticia? No, creo que no. Es solo

que cada uno vivimos nuestro propio sufrimiento de la mejor, o de la peor, manera que podemos. Y no siempre tiene que ser de la misma forma.

Giro la cabeza un par de veces en ambas direcciones. Izquierda, derecha.

Nada, Nelia todavía no aparece. Soy conocedora de la impuntualidad que la caracteriza, y solo espero que ese chico desconocido también lo sea. No

quisiera

encontrarme con él antes de que ella llegara. Entre otras cosas, porque no podría

distinguir su rostro. ¡Ni siquiera sé cómo se llama!

Saco el móvil, junto con los cascos, del bolsillo de mis vaqueros. Me pongo

los auriculares en las orejas y busco el reproductor de música en mi iPad. Por lo

menos, así se me hará más llevadera la espera. Casi por instinto, aprieto el Play

justo en la canción que ha ocasionado que ahora me encuentre aquí, caminando

de lado a lado por un parque que, a estas horas de la noche, ya se encuentra solitario. No puedo evitar cantar, aunque solo mentalmente, en cuanto su voz llega a mí.

Ya no tengo fuerzas para resistir

Ya no tengo palabras para rebatir

Ya no, te alejas y me duele...

Perdida entre mis pensamientos y lo que me hacen sentir esas letras, espero a

Nelia. Mientras lo hago, no dejo de preguntarme qué se supone que estoy haciendo aquí; por qué narices me he dejado convencer para hacer algo que no

me apetecía. Sin embargo, es mi amiga. A pesar del distanciamiento, a pesar de

nuestras diferencias, sigue siendo mi amiga. Y las amigas se brindan su apoyo,

tanto en los momentos buenos como en los más desgraciados.

De pronto, un movimiento extraño altera todas mis ideas respecto a la amistad, y a cualquier otra cosa posible que tenga que ver con Nelia. Sucede tan

rápidamente, que apenas tengo tiempo de darme cuenta. Unas manos envuelven

mis ojos, los cubren por completo impidiéndome así cualquier tipo de visión posible. No me he percatado de su acercamiento debido al alto volumen con el

que tenía la música, pero, sin necesidad de verlo ni de escucharlo, sé desde un primer momento de quién se trata.

No es Nelia, quien tapa mis ojos con suma delicadeza; no es Nelia, quien está consiguiendo que todo el vello de mi piel se erice, y no precisamente de frío. Un suspiro cargado de emociones quiere salir de mi interior, pero no lo consigue. Es tanta la agitación que siento que no puedo articular palabra ni sonido alguno.

Obligo a mis manos a moverse y, aun con todo su temblor, logran llegar hasta esas que siguen cubriendo mis ojos. Me detengo ahí, incapaz siquiera de acariciarlas, limitándome simplemente a disfrutar de ese contacto. Sabía que extrañaba esa piel, pero ahora me doy cuenta que no era consciente de cuánto.

Entonces, su voz ronca llega a mis oídos:

—Buenos días, preciosa.

Mi respiración se acelera al notar la calidez de la suya tan cerca de mi cuello.

El propietario de esa voz masculina que tanto me gusta decide, al fin, retirar las manos de mi rostro. Es el momento; el momento que jamás creí llegar a vivir y

que, al mismo tiempo, tanto he esperado. Me giro lentamente mientras trato de

asimilar lo que voy a encontrarme. Es irremediable... En cuanto veo su sonrisa

las lágrimas se abren camino por mi interior.

Todavía sin hablar, lo observo con atención. No puedo creer que esté viéndolo de nuevo.

Dani, con un gesto que aparenta seguridad, me dice:

—Sé que no es el saludo más apropiado, puesto que ahora es de noche; pero quiero desearte todos los buenos días que no he podido darte. Lo siento, Irene...

No he podido soportarlo. No he podido aceptar tu renuncia a quererme.

Se encoge de hombros con un movimiento que a mí me parece el más

maravilloso del mundo. Por fin, mis labios deciden que es hora de actuar y la voz sale de mi garganta:

—Yo también lo siento... Porque, aunque lo he intentado, no he podido dejar de quererte.

La sonrisa en su rostro se hace más grande si cabe. Con dulzura, me acaricia la mejilla y limpia las lágrimas que surcan por ella.

—Cuando te fuiste, casi me vuelvo loco. Estaba tan enfadado con Tamara que tuve que contenerme para no tratarla realmente mal. Le dije que se marchara

de mi casa y ella, extrañamente, accedió sin rechistar. Debió de darse cuenta que

esta vez se había pasado de la raya.

Escucho sin interrumpirlo. Sin poder remediarlo, vuelvo a vivir ese preciso instante en el que mi mundo se descontroló y, aunque trato de mantener en orden

mis sentimientos, no puedo negar que recordarlo me duele. Aun así, me exijo escucharlo. Si Dani ha sentido aunque sea una pizca del dolor que sentí yo cuando todo terminó, se merece, por lo menos, el derecho de explicarse.

—Después, cuando ella y mi hijo se marcharon de mi casa, me quedé solo.

Entonces comprendí que, en realidad, Tamara no tenía la culpa; no del todo. Yo

la había cagado, te había ocultado la parte más valiosa de mi vida y había perdido, de ese modo, lo segundo que más me importa en este mundo. Cuando

perdí a mi niño, todo se volvió negro para mí. Sé que en cierta manera no lo

había perdido del todo, pero no poder verlo como antes lo hacía, no poder pasar tiempo con él cuando quería, fue más duro para mí de lo que te puedas imaginar.

Él es mi todo; es mi bebé, mi pequeño, mi otra mitad, una parte más de mí sin la

que ya no puedo vivir.

Asiento, en señal de comprensión. Puedo imaginar lo que ha significado para él el distanciamiento con su hijo.

—Tamara me prohibió disfrutar de Daniel como me merecía —sigue

contándome Dani—. Me quitó el derecho de hacer de padre durante un tiempo.

Durante todo este tiempo que hemos estado separados, me ha dejado verlo solo

cuando a ella se le ha antojado, y siempre con alguna intención oculta de por medio. Todo eso lo ha hecho empujada por su absurda obsesión de volver conmigo. Ahora parece que, por fin, lo ha comprendido.

Mis ojos se abren un poquito más; tengo verdadera curiosidad por ese cambio tan drástico que me está contando sobre Tamara.

—Vino a hablar conmigo hace un par de días. Al principio, no quería atenderla, no soportaba ni siquiera verla. Pero al final acabé escuchándola. Y me

alegro de haberlo hecho. Tamara me confesó que se había dado cuenta de lo que

siento por ti. Me dijo que le había bastado con ver cómo te miraba yo, para saber

que jamás había estado tan enamorado de ella, ni de cualquier otra mujer, como

lo estoy de ti. Porque eso es lo que estoy, Irene, estoy enamorado hasta los topes; estoy enamorado de una manera que jamás consideré que fuera posible.

Si antes estaba llorando, ahora lo hago más todavía. Todo lo que me está diciendo es tan profundo, y tan bonito para mí, que supera cualquier intento de

control por mi parte. Con voz débil, le reconozco:

—Yo siento lo mismo por ti.

Los ojos de Dani se iluminan de felicidad. Supongo que, en el fondo, le asustaba la idea de que yo no quisiese escucharlo. Sin embargo, lo hago, y lo seguiré haciendo durante todo el tiempo que él crea necesario hablar.

—Irene, quiero que me perdones. Perdóname por no haberte contado todo en su debido momento, por no haberte hecho partícipe de lo que me sucedía. Sé que, en una pareja, es tan necesario compartir los momentos buenos como los malos; y eso es lo que quiero hacer ahora. Deseo vivir todo contigo,

absolutamente todo. Quiero contarte también que Tamara me ha pedido

disculpas por su comportamiento egoísta; ha reconocido que no estaba actuando

bien como madre y me ha pedido que, por el bien de nuestro pequeño, tratemos

de mantener una buena relación. He aceptado, por supuesto; y mucho más cuando me ha asegurado que, a partir de ahora, podré verlo cuando desee. De momento, ya hemos pedido cita con nuestros abogados y vamos a firmar un acuerdo. Ambos disfrutaremos del nene por igual, y me encantaría que tú estuvieras allí conmigo para compartir mi alegría.

Las dudas me invaden. No sé si Dani me está proponiendo lo que yo creo que está haciendo. Si es así, esa invitación me causa tanta dicha como miedo. Él,

como para disipar todas mis dudas, coge mis manos y las mantiene entre las suyas. Aparta su cuerpo solo lo suficiente para mirarme y me dice:

—Irene, Tamara no es nada para mí. En cualquier caso, solo la madre de mi

hijo. Eso nunca nadie va a cambiarlo, pero te aseguro que no siento nada más por ella que un profundo agradecimiento por haberme dado lo más bonito de mi

vida. Tienes que creerme, cariño. Necesito que me creas.

—Te creo, Dani. Te creo. No me preguntes cómo, porque ni yo misma lo sé,

pero supe que entre esa mujer y tú no había nada casi desde el instante en el que

me subí al avión. No he querido reconocérmelo, pero algo dentro de mí me decía

que tu corazón solamente me pertenece a mí, como el mío a ti. —Aprieto con más fuerza sus manos para transmitirle seguridad—. Y no me pidas perdón,

porque no hay nada que perdonar.

Dani no me deja continuar hablando. Con un beso corta mis palabras. Me rindo a él. Todo mi cuerpo, tanto por dentro como por fuera, se deja llevar por

esa sensación tan placentera que me causa el estar de nuevo en sus brazos. Tras

unos minutos, en los que ambos nos negamos a separarnos, se aparta de mí y me

observa fijamente. No queda ni rastro de aquella mirada triste que me mostró cuando, sin habérselo propuesto, fue consciente del daño que había provocado.

—Todavía me cuesta creer que no estoy solo; que tengo alguien, alguien que me quiere... y lo hace de verdad.

—Te quiero. ¡Te quiero, te quiero, te quiero! Lo repetiré tantas veces como haga falta.

De nuevo, otra sonrisa ante mi declaración de amor sincero. De nuevo, otro abrazo. De nuevo, otro beso. De nuevo, todo lo que él me hace sentir ha vuelto a

despertar.

Capítulo 29. No es un Adiós, sino un Hasta pronto

Nunca me han gustado las despedidas. En realidad, no creo que a nadie le gusten. Aun así, intento que Dani no note lo mucho que me afecta su partida, aunque intuyo que a él le sucede lo mismo.

Tras una noche maravillosa de besos, caricias y abrazos, llega el turno de volver a despedirnos, aunque solo sea temporalmente. Dani ha viajado a mi ciudad con el único propósito de recuperarme pero ahora, nos guste o no, tiene

que cumplir sus responsabilidades. Y, entre esas responsabilidades, está el incorporarse a su trabajo de nuevo. Él es su propio jefe, puesto que el taller es de su propiedad, pero eso no significa que pueda permitirse más lujos que cualquier

otro empleado. Todo lo contrario: en su lugar, sabe que las horas que dedique a

su empleo serán las que dictaminen el número de billetes que entre a su casa.

Anoche, en sus brazos, volví a ser feliz. Recuperé la alegría y las ganas de vivir. Desnuda, pegada a su piel, con la cabeza apoyada en su pecho, sentí que

había venido a esta vida únicamente para esto; para vivir junto a él, para soñar

junto a él, para luchar por un futuro en común. No hemos dormido en gran parte

de la noche, como mucho un par de horas; nos negábamos a perder ni uno solo

de los segundos que teníamos para compartir nuestro amor. Hablamos de muchas

cosas; entre ellas, de la posibilidad de cambiarme de ciudad. Dani no ha dejado

de insistir sobre la idea de irme a vivir con él. Agradezco su interés y, por supuesto, me colma de dicha saber que quiere una vida conmigo; pero mi parte

racional me dice que vaya con cuidado, que las prisas nunca fueron buenas consejeras. Intento que él me comprenda exponiéndole mis distintos argumentos,

aunque lo cierto es que no tengo muchos. Nada me detiene en Logroño, nada me

ata a este barrio, a esta casa; pero, en el fondo, y aunque no se lo diga, me causa cierta nostalgia dejar atrás todo lo que hasta ahora he sido. Voy a hacerlo, voy a aceptar su ofrecimiento; tendría que estar loca para negarme, puesto que es lo que más deseo, pero voy a hacerlo con calma. Antes debo comunicarles mi decisión a mi hermana y mi madre. Ellas, a pesar de encontrarse lejos

físicamente, siempre me han demostrado que están ahí cuando más las necesito y

merecen estar informadas del cambio tan drástico que va a dar mi mundo.

También quiero hablar con Nelia que, por cierto, es la causante del giro que han dado los acontecimientos y de este desenlace. Tengo mucho que agradecerle,

lo sé y quiero hacerlo. Por eso, no voy a alejarme de su lado sin antes darle una

explicación. Lo primero que tengo previsto hacer en cuanto Dani se monte en su

coche para emprender el viaje a Palma de Mallorca, es ir a casa de mi amiga.

Seguramente, estará esperándome para ponerse al día de todo.

—Cariño, todavía no me he ido y ya te echo de menos.

La voz de Dani me devuelve a la realidad y, al mismo tiempo, me transporta a otro mundo. Me abraza por detrás, posando las manos en mi vientre, e inclino

la cabeza hacia atrás para apoyarme en su pecho.

—Me pasa lo mismo. Me pregunto si alguna vez aprenderé a estar sin ti, aunque sea solo un par de horas, si algún día me afectará menos el no poder verte.

—Eso no va a pasar, preciosa. —Aparta un mechón de cabello que tapa mi rostro y lo pone con delicadeza detrás de mi oreja—. Y no va a pasar porque tú y

yo jamás estaremos separados.

Emito un largo suspiro que viene a decir tantas cosas. Quiero creerlo, necesito creer que hemos nacido para estar juntos, que podemos cambiar el destino que la vida parecía tener para nosotros. Dani me agarra con firmeza y me

hace girarme para quedar cara a cara con él. Sujeta mi rostro con sus grandes manos y junta su frente con la mía.

—Mírame, Irene. Esto no es una despedida. No es un adiós, sino un «hasta pronto». Solo van a ser unos cuantos días, podemos soportarlo, ¿a que sí?

Parpadeo un par de veces para contener las lágrimas que, no sé por qué, quieren salir de mis ojos. Y, con una media sonrisa en los labios, le respondo:

—Sí, supongo que sí.

—¡Así me gusta! Claro que podemos, pequeña. Nuestro amor es más fuerte

que todo esto; más que la distancia, más que los problemas, más que todo.
Así

que cambia esa cara y vuelve a sonreír. Jamás quiero dejar de ver esa sonrisa.

Obedezco y le dedico la mayor de mis sonrisas; porque se lo merece, porque en verdad me hacen muy feliz todas las palabras que me está diciendo. Sin embargo, no entiendo por qué esta sensación de angustia se niega a salir del todo

de mi interior.

—Prométeme que todo va a salir bien, que no voy a volver a perderte —le pido casi al borde del llanto.

—No puedo prometerte eso, mi niña. Si algo he aprendido, es que nunca sabemos qué sorpresas nos tiene preparadas la vida. Pero sí puedo asegurarte que, pase lo que pase, siempre y, escúchame bien, SIEMPRE, voy a amarte.

Incluso, si es verdad que existe otra vida, volveré a enamorarme de ti. Si pudiera retroceder en el tiempo, volvería a ti, siempre.

Otro suspiro sale de mi interior, al mismo tiempo que un par de lágrimas.

Hasta ahora, no sabía que se podía llorar de felicidad, pero acabo de

comprobarlo. Ese *siempre* reconforta cada parte de mi alma, alivia cada duda que alberga mi subconsciente.

Dani limpia la humedad de mi rostro con su mano y me da un beso en la frente. Me ciñe más a su cuerpo. Alzo la mirada para encontrarme con sus ojos.

Algo dentro de mí me dice que guarde esa mirada penetrante y así lo hago.

Guardo para siempre ese color oscuro en mi memoria y en mi corazón. Me

pongo un poco de puntillas para llegar a su altura. Huelo su cuello y aspiro su aroma. Siento una punzada en el corazón. De nuevo, las lágrimas vuelven a salir

de mis ojos. Las dejo correr con libre albedrío mientras Dani y yo nos sumimos

en un profundo beso; un beso mojado, un beso de promesas que, en realidad, no

se sabe si podrán cumplirse.

Capítulo 30. Despertar

Es triste ver la noche si no estás.

No puedo más, ni quiero más.

Te fuiste antes de tiempo sin hablar,

Sin explicar

Y ya no estás...

La voz de Sebastián Yatra, el cantante colombiano que tanto me gusta, con su nueva canción *Devuélveme el corazón*, me hace despertar de mi sueño. Estiro la mano para llegar a coger el móvil. Tanteo por la mesita y, aun a oscuras, lo encuentro. No me ha dado tiempo a responder a la llamada. Cuando he querido

hacerlo, quien quiera que fuera ya había colgado. Todavía adormecida, me pregunto quién puede llamarme a tan altas horas de la madrugada. Me froto los

ojos con las manos para tratar de enfocar mejor mi visión y lo primero que veo

es la hora en el lado superior de la pantalla: 5:17. De repente, me asusto. Sea lo que sea, no puede tratarse de nada bueno para recibir una llamada en estos

momentos. Pienso en mi madre y en mi hermana. ¡Dios, por favor, que no les haya pasado nada!

Me apresuro en abrir el apartado que indica que tengo una llamada perdida y mis ojos terminan de abrirse por completo cuando veo que se trata de María. La

sorpresa se apodera de mí en la misma medida que la inquietud. Sin dudarlo, pulso sobre su nombre y le devuelvo la llamada. No tardan más de dos segundos

en contestar, pero me asombro todavía más al encontrarme con que no es la voz

de María la que suena al otro lado.

—¿Irene?

Me siento sobre la cama y me apoyo en la cabecera, mientras trato de asimilar que sea ella precisamente quien haya cogido el teléfono. Quizá todavía

esté dormida, quizá se trate solo de un sueño... Pero no; esto está sucediendo y

la voz de Tamara, aunque débil, llega nítida a mis oídos.

—Di... dime.

—Perdona por llamar a estas horas, pero hay algo que tienes que saber.

Trago saliva. Su tono de voz no es el que recordaba. La arrogancia con la que me habló aquella mañana ahora ha dejado paso a un tono inseguro, diría que incluso triste.

—¿Qué ha pasado?

Estoy a punto de apartar el móvil de mi oreja derecha y colgar, evitando así la respuesta que, indudablemente, va a llegar. No quiero escucharla. Por alguna razón, sé que hacerlo va a cambiar mi vida.

—Antes de que puedas preguntarte por qué razón te estoy llamando yo desde el móvil de María, déjame decirte que está aquí conmigo. Es solo que ella... ella

no se encuentra bien para ponerse.

No iba a preguntárselo, no iba a comentar nada sobre lo extraño que me resulta que María le permita a su ya excuñada apropiarse de su teléfono móvil.

Es más, ¿ni siquiera entiendo qué hace en su casa! Pero creo que eso tampoco quiero saberlo. No digo nada, no pregunto nada. Bastante tengo con el hecho de

seguir respirando.

—Irene, ¿me escuchas?

—Sí, creo que sí. Dime.

Entonces, ocurre. Sus palabras llegan a mis oídos y me atacan con brutalidad.

—Es Dani... Ha tenido un accidente. Un camión que iba en dirección contraria chocó contra su coche y... —Guarda silencio unos breves segundos, buscando quizá una manera sutil con la que seguir hablándome—. Irene, Dani ha muerto.

Por segunda vez desde que la conozco, Tamara me parte el alma, pero esta vez lo hace del todo, sin dejar un solo trozo. La angustia se apodera de todo mi

ser y comienzo a temblar en un movimiento incontrolado. En un acto reflejo, me

llevo la mano izquierda a mi corazón y, con la otra, sujeto con más fuerza el móvil.

—¿Qué estás diciendo?! —grito sin poder controlar el volumen de mi voz

—. ¡Tamara, ¿qué estás diciendo?!

—Irene, cálmate. Ahora tienes que permanecer tranquila. Escucha...

—¡Pásame a María! No, mejor dicho, ¡pásame a Dani! ¡Quiero hablar con él!

Esto no tiene ninguna gracia. ¡Pásamelo! —exijo sin atender a razones.

No voy a escucharla, me niego a creerlo. Esta chica debe de ser muy mala para gastar una broma tan pesada con un tema así de serio. Sin embargo, su voz

vuelve a llegar a mí, como en una mala pesadilla que se repite una y otra vez.

—Irene, escúchame por favor. Sé que es duro, pero tienes que tranquilizarte.

Hace tan solo unas horas que he recibido esta triste noticia. Me han llamado, supongo que porque soy la madre de su hijo. —Me parece distinguir que está llorando—. Dani había decidido tomarse unos días libres en su trabajo. Lo sé porque me informó de ello. Ayer vino a verme para explicarme que no iba a poder recoger al nene, porque se iba a Logroño. Iba a buscarte, Irene, porque, palabras textuales, no podía aguantar más tiempo sin ti. A pesar de que habíais

quedado en que sería el siguiente fin de semana cuando iría a recogerte, él había

decidido adelantar esa fecha. No quería decirte nada porque era una sorpresa, pero el sorprendido fue él cuando ese camión se saltó todas las normas y arremetió contra su coche. Por lo que me han contado, parece que trató de esquivarlo, pero le fue imposible hacerlo. El impacto fue demasiado fuerte.

Trataron de reanimarlo, pero sufrió una lesión cerebral contra la que no han podido hacer nada. No ha sufrido, Irene. Dani se ha ido sin sufrir.

A estas alturas, desconecto y dejo de escucharla. Esas últimas palabras se repiten en mi cerebro como un disco rayado. Crueles, malvadas, despiadadas. *Se ha ido, se ha ido, Dani se ha ido.*

—Irene, tienes que venir. María cree... bueno, las dos creemos que deberías estar aquí. Están trasladando el cuerpo a Palma de Mallorca.

Me ahogo, juro que me ahogo. La opresión de mi pecho no me deja respirar.

El oxígeno no llega a mis pulmones. El dolor se ensaña conmigo, igual que lo hace Tamara al seguir hablando.

—Irene... ¡Irene! ¿Estás ahí? ¿Me escuchas?

Su voz, cargada de dolor, parece preocupada por mí; pero no digo nada. No puedo hacerlo. Me levanto de la cama casi por inercia, en un intento desesperado

por mantenerme con vida, por volver a respirar. Es en vano, no consigo hacerlo.

La habitación se tambalea ante mis ojos y los muebles comienzan a dar vueltas

en un movimiento descontrolado. «¡No! ¡NO, NO, NO!», quiero gritar, pero de mi garganta solo sale un murmullo lastimero. Ni siquiera puedo llorar, hasta las

lágrimas parecen haberme abandonado. Me dejo caer de rodillas al suelo y,

con

las últimas fuerzas que me quedan, miro el móvil que aún tengo en la mano y consigo colgar la llamada. Busco con desesperación el nombre de Nelia en mis

contactos y tecleo veloz una única palabra: «*Ayuda*».

A continuación, abro la mano para dejar caer el teléfono al suelo y me encojo, haciendo un ovillo con mi cuerpo sobre la fría baldosa. Cierro los ojos con fuerza y los dejo así, con la única esperanza de poder despertar de esa

pesadilla o, por el contrario, no hacerlo nunca más.

Capítulo 31. No, no estoy bien

Para cuando Nelia llega a mi casa, ya he perdido la noción del tiempo. Ni siquiera sé cómo consigo llegar hasta la puerta y abrirla. Todavía no he tenido tiempo de asimilar la noticia que acabo de recibir y no logro salir del shock en el que me encuentro sumida desde entonces. ¿Cómo digerir algo así? ¿Quién

podría hacerlo?

Supongo que, ahora mismo, me encuentro viviendo la tan famosa etapa de negación, la primera etapa que se sufre tras la muerte de un ser querido. Lo sé porque he leído algún que otro artículo sobre ello. En Internet te encuentras con

demasiadas cosas; cosas que, a veces, llaman tu curiosidad pero que ni por lo más remoto crees que llegarán a pasarte a ti. Sin embargo, la vida no siempre baila al ritmo que queremos, ella tiene sus propios pasos marcados para cada uno. Esto es real, lo sé pero no puedo aceptarlo. Sigo sin llorar, las lágrimas se niegan a salir de mí; así como la voz, que ha decidido darse a la fuga.

Me desplomo de nuevo y vuelvo a cerrar los ojos. Cuando Nelia entra en casa mi estado debe de ser bastante lamentable, porque comienza a gritar:

—¡Irene! ¡Irene! ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

No aguarda mi respuesta. Corre hacia mí y en menos de un segundo ya está arrodillada a mi lado. Siento sus manos sacudir mi pequeño cuerpo. Mi voz hace

un esfuerzo por salir y explicarle lo sucedido, pero mis cuerdas vocales parecen

haber dejado de funcionar.

—¡Irene! ¿Estás bien? —me pregunta Nelia preocupada.

Niego con la cabeza. Milagrosamente, consigo decir:

—No. No estoy bien. Me muero, amiga... voy a morirme.

Entonces, como por arte de magia, las lágrimas que antes no querían salir de mi cuerpo aparecen y lo hacen con toda su intensidad. Mi cuerpo convulsiona en

un sollozo incontrolado. El dolor se presenta ante mí y ya no puedo aplazarlo.

Desgarra mis entrañas, arranca a jirones mi alma.

De alguna manera, Nelia comprende al instante lo que sucede. No dice nada,

no sabría qué decir, porque, ¿acaso hay algo que pueda evitar este dolor? No...

no lo hay. Por eso, me dejo llevar por él, mientras mi amiga, la única que me queda, me acuna en sus brazos y me acaricia la frente, como a un bebé inocente

y vulnerable que acaba de perder lo que más necesitaba en este mundo para poder vivir. Porque, literalmente, así es: lo he perdido.

Capítulo 32. Infierno

Cuando mis pies pisan tierra firme, apenas han transcurrido diez horas desde que recibí esa llamada nocturna; para mí, una eternidad. He conseguido pillar un

vuelo a Palma de Mallorca. Bueno, en realidad, lo ha conseguido Nelia, ya que

yo no estaba en condiciones como para buscar nada en el ordenador. Ha sido ella

también la que me ha llevado hasta Madrid, en mi propio coche. Durante el camino, la conversación ha sido inexistente. Me he limitado a mirar por la ventana, con la vista puesta en un punto imaginario y dejando volar mis pensamientos, todos hacia la misma dirección. Nelia... simplemente, ha respetado mi dolor.

He vuelto a llorar como una niña pequeña cuando, antes de subir al avión, ella ha dado un paso hacia mí y me ha envuelto entre sus brazos. Su abrazo ha

intensificado el sufrimiento, lo ha vuelto más real. Aun así, se lo agradezco mucho, aunque todavía no pueda hacérselo saber. Ha insistido en acompañarme,

pero me he negado rotundamente. Esto es algo que debo hacer yo sola. Además,

soy consciente de que Nelia tiene que ir a trabajar y no puede abandonar sus responsabilidades por mi culpa. Esto no hace más que corroborar la acertada teoría de que, aunque el mundo se esté cayendo a pedazos para una persona, las

demás siguen con su vida; tienen que hacerlo.

Camino por el aeropuerto mecánicamente. Mis piernas se mueven por inercia

y buscan la salida. Atravieso la multitud con los ojos clavados en un punto fijo y, al mismo tiempo, en ninguna parte. Busco su mirada entre los ojos de la gente.

Pero no la encuentro. Dani no está, Dani se ha ido. Ha desaparecido para siempre. Se ha esfumado. Se ha convertido en aire. Ahora ya solo es un recuerdo; un recuerdo que, estoy segura, me acompañará durante el resto de mi

vida... si es que acaso queda vida para mí.

Una vez en la calle, me encamino directamente a la parada de taxis que hay a unos metros más allá de la entrada del aeropuerto. Me detengo junto a uno de ellos y, a los pocos minutos, ya estoy recorriendo Palma sentada desde los asientos traseros de un coche blanco, un coche cualquiera, que me lleva, directamente, a mi destino: al mismo infierno.

Capítulo 33. Hasta pronto.

Todavía como una sonámbula, en un estado de bloqueo del que no soy capaz de salir, acorto los pasos que me separan de la puerta del tanatorio. Me detengo antes de entrar y poso las manos sobre la puerta, esperando tal vez que esta me

dé las fuerzas necesarias para abrirla. Agacho la cabeza, evitando así las miradas indiscretas de las personas que hay en este lugar; personas que, por otro lado, estarán sufriendo su propia pérdida, estarán viviendo su propia batalla.

Cuando por fin reúno el valor suficiente, entro y comienzo a caminar por esos pasillos largos y levemente iluminados, buscando el número de habitación que Tamara me ha proporcionado en un mensaje de texto.

Es a ella a la primera persona que veo en cuanto irrumpo en la sala. Allí hay más gente, seguramente todos familiares y conocidos de Dani; personas que

han

formado parte de su vida de alguna manera. Que lo han conocido, que lo han escuchado hablar, que lo han visto sonreír, con esa sonrisa que me iluminaba el

corazón.

De pronto, siento unas intensas ganas de gritar, de ponerme a berrear o a dar patadas a todo cuanto se ponga en mi camino. Quiero dejar salir todo lo que llevo dentro, porque retenerlo en mi interior me está haciendo demasiado daño.

Sin embargo, me contengo. Supongo que acabo de entrar en la segunda fase.

Estoy enfadada, sí; ¿pero con quién? Con él, con la vida, conmigo misma... ni

siquiera yo lo sé.

Tamara se acerca a mí lentamente, lo hace tan despacio que me da la

impresión de que es una escena de esas a cámara lenta. O quizá es mi cerebro que no está funcionando correctamente y empieza a confundir las cosas. Un poderoso silencio se cierne sobre nosotras hasta que ella, pasados unos

segundos, decide romperlo.

—Lo siento.

Asiento silenciosamente. La creo. Su mirada es sincera y su voz también lo

es. Tamara está afectada; no puedo decir si más o menos que yo, pero lo está. Al

fin y al cabo, es la madre de Dani, de ese pequeño que ahora, sin poder elegirlo,

se ha quedado huérfano de padre.

—Lo siento —repite ella con voz compungida—. De verdad lo siento. Si yo no me hubiese entrometido, si no te hubiese empujado a marcharte de Palma...

Quizá... Quizá él...

Mi subconsciente termina la frase por ella. «Todavía estuviese vivo».

Comprendo lo que quiere decir y, aunque duela, debo evitar que cargue con pesos que no le corresponden. Pongo una mano en alto para impedir que siga hablando.

—No tienes que disculparte, Tamara. No te culpes, porque no es culpa de nadie. Estas cosas... estas cosas pasan... cada día —le digo con un nudo en la

garganta.

—Te quería, Irene. Dani te quería, y lo hacía de verdad, de la forma más pura y verdadera que he visto nunca. Él jamás me miró con los ojos con los que te miraba a ti, jamás lo vi sufrir por nuestra ruptura como lo hizo cuando tú te fuiste. Él te amaba y, donde esté, lo seguirá haciendo siempre.

Trago saliva. Como puedo, le mantengo la mirada. Busco una respuesta adecuada para sus palabras pero no la encuentro. Lo único que puedo decir es...

—Gracias.

Entonces, inesperadamente, Tamara me abraza y se derrumba con ese abrazo.

Me quedo inmóvil, rígida, dejando que esta mujer que parecía carecer de sentimientos dé rienda suelta a todo su sufrimiento mientras escondo el mío

propio.

Una débil voz interrumpe ese momento. Ha sido solo una palabra, han sido solos unos segundos... *Irene*... Pero ha sido suficiente para que todo mi cuerpo se ponga a temblar, tanto por dentro como por fuera. Me deshago del abrazo de

Tamara con delicadeza, con la certeza de que la bomba que aguarda dentro de mí

está a punto de explotar. Me giro lentamente y, entonces, la veo.

María se encuentra enfrente de mí. Solamente unos pocos metros nos separan; sin embargo, el vacío que se siente entre nosotras es tan grande que nos

dificulta incluso acercarnos. Es ella, es la misma chica que me recogió en su coche hace tan solo unas semanas. En cambio, su imagen ha dado un cambio radical. Parece más mayor, más... rendida.

Me mira y yo me esfuerzo por no apartar la mirada. Distingo en ella la llama de la furia, tal vez incluso un poco de frialdad; pero no me cuesta comprender que todo eso no es sino simple apariencia. Puede engañar a otros, puede fingir que no está sufriendo como lo está haciendo, pero no puede hacerlo conmigo.

Soy conocedora del gran amor que siente, o tal vez debería decir sentía, por su

hermano... quizá la única persona que de verdad le importaba en el mundo. Su

mirada la delata, sus ojos vidriosos llenos de dolor, de una desesperación para la que no existen los calmantes.

Sin hablar, lo decimos todo. Nuestros corazones adoloridos se convierten en

uno solo. Se unen en el mismo dolor, así como en los recuerdos. Casi puedo ver

en sus ojos castaños mi propio reflejo, pero en un lugar muy distinto a este.

Cierro los ojos y siento mi cuerpo moverse, está descendiendo por unas escaleras

para encontrarse con su amor, con su GRAN amor. Puedo, no solo recordad, sino

también sentir, la felicidad que viví en aquel momento. Y evocar esa felicidad ahora duele demasiado.

A continuación, ese *flashback* desaparece y llega otro. Las comisuras de mis labios se tuercen en una sonrisa al ver el bonito mar de la costa de Palma, con

dos enamorados jugando a salpicarse, dos enamorados jugando a quererse. Y así,

llega otro recuerdo, esta vez arropada entre los brazos de Dani, tumbados en una

cama, sin más seguridad que la que me daban sus brazos.

Cuando abro los ojos me encuentro de nuevo con los de María. Ella, aún en

su silencio, me cuenta que sabe lo que acabo de ver, lo que acabo de presenciar.

Solo entonces me percató de las lágrimas que ruedan por su rostro, silenciosas también. Una vez más, reprimo el nudo de emociones que llevo dentro y trato por todos los medios de mantener mi entereza. Lo consigo, hasta el momento en

el que María decide finalizar ese silencio que ella misma se ha impuesto y lo hace con unas palabras que logran que la sangre de mi cuerpo se congele.

—Está ahí. Puedes verlo.

Sigo con los ojos la dirección que su mano me está indicando. A su espalda hay una puerta. Es oscura, acorde con la estancia y los sentimientos que habitan

dentro de ella. Y, lo peor de todo, es la puerta final, la puerta que me llevará de golpe a la realidad que he estado tratando de esquivar.

—¿Quieres? —me pregunta en un murmullo.

—Sí —contesto de la misma forma.

Ella asiente y se hace a un lado para dejarme pasar. Busco sus ojos antes de dar el siguiente paso, mas no los encuentro. María ha agachado la cabeza y ha vuelto al modo «Off» en el que se hallaba cuando nos hemos encontrado. No la

juzgo por ello. Ahora mismo, estoy tan angustiada que no sé si voy a ser capaz

de entrar en esa habitación sin desmayarme.

Sin embargo, lo hago. El ser humano tiene una capacidad tan asombrosa

como grande: la capacidad de superar lo insuperable. Así que entro y, a partir de

ese momento, todo comienza a tornarse borroso, irreal; casi como en un sueño lejano en el que yo soy la protagonista. Imagino que cualquier otra persona en mi lugar habría corrido hacia ese ataúd largo y marrón que ocupa el centro de la

fría habitación. Yo, en cambio, soy incapaz de moverme, ni siquiera sé si sigo respirando. Permanezco así durante unos segundos más, tal vez unos minutos, hasta que mis dientes empiezan a castañear de frío y mi cuerpo aumenta el temblor en el que ya estaba sumido.

Despacio, me acerco. Dani, mi Dani, está ahí, está conmigo. Sus ojos están cerrados y su boca entreabierta en lo que parece ser una sonrisa. Su cuerpo, rígido y su mente, ahora ya sin lucidez; pero, para mí, su alma sigue estando presente. Puede sentirme, lo sé, y voy a dejarle que lo haga. Una fina manta blanca le cubre hasta casi el cuello, pero sus brazos sobresalen por encima de esta, descansando encima de su pecho. Poso una mano en su fuerte brazo, ahora

carente de vida. La corriente fría que recibo con ese contacto me paraliza, me aterroriza. Aun así, no desisto de mi intento. Dani va a escucharme. ¡Tiene que

hacerlo!

Trago saliva, suelto un largo suspiro y me prometo a mí misma que no voy a llorar. No voy a permitir que ese sea el último recuerdo que Dani tenga de mí, ahora que nuestra verdadera despedida ya ha llegado.

—Hola, Dani. Soy yo, soy Irene, aunque eso creo que ya lo sabes... Estás... estás un poco más feo, no puedo mentirte, pero eso no significa que no me sigas

gustando. Para mí, sigues siendo mi feo. Siempre lo serás. —Un gemido angustioso sale de mi garganta, rompiendo de golpe la promesa que acababa de

hacer—. ¿Sabes, Dani? Jamás creí que iba a encontrarte. Jamás creí en esas teorías que afirman que siempre, en alguna parte del mundo, existe una persona

destinada para otra. La media naranja, el alma gemela. Sin embargo, la vida me

ha hecho tragarme mis palabras, así como mis creencias. Tú... tú me has

devuelto las ganas de vivir.

El llanto se hace cada vez más intenso y tengo que detenerme para poder coger aire y seguir hablando, ya un poco más calmada, aunque solo un poco.

—No estaba en mi mejor momento sentimental. De hecho, estaba en el peor

de los momentos. Tú... llegaste cuando más lo necesitaba. Nos conocimos por una coincidencia, nos enamoramos en pocos meses, en pocos días... O quizá no

es cierto, quizá siempre lo habíamos estado. Quizá, sin saberlo, uno en cada parte de la orilla, nos habíamos estado esperando.

Guardo silencio, con la leve ilusión de que esa voz ronca que tanto me gusta

responda a mis palabras. Me niego a cerrar los ojos porque no quiero dejar de mirarlo, pero las lágrimas me nublan tanto la vista que apenas distingo su rostro

pálido. Ha perdido el color moreno que lo caracterizaba, así como su gesto alegre. Y yo, a consecuencia de eso, lo estoy perdiendo todo.

Sin despegar mi mano de la suya, vuelvo a hablar, sabiendo que son estas palabras las que se llevará a la tumba, sabiendo que si no le cuento ahora lo que

siento me arrepentiré durante toda mi vida.

—Dani, me devolviste las ganas de vivir, es cierto y te lo agradezco. Pero...

¡Ahora me las estás quitando! ¿No lo entiendes? ¿Por qué me haces esto?

¡Soy

yo! ¡Soy yo, soy Irene! Despierta, cariño, te lo suplico...

Mis ruegos se pierden en el aire, acompañados únicamente de mis sollozos.

Mi subconsciente sabe que es una locura, que probablemente él ni siquiera

me pueda oír, pero otra parte de mí se niega a dejarlo marchar, se niega a aceptar la derrota. Un leve sonido en la pared me indica que debo irme, que ya he pasado el

tiempo necesario para efectuar nuestra despedida. Pero, ¿cuánto tiempo hace falta para decir Adiós a quien uno tanto ama? ¿Bastan un par de minutos o, por

el contrario, no sería suficiente ni toda una vida?

—Ahora tengo que irme, mi amor. Pero quiero que sepas que, como me

dijiste, esto no es un *hasta siempre*, sino un *hasta pronto*. Volveremos a estar juntos, feísimo; no sé dónde ni cuándo, pero lo estaremos, eso te lo prometo.

Solo te pido una cosa: vayas donde vayas, cuida de mi corazón, porque te llevas

un trozo contigo.

Me incorporo y, sin dejar de mirarlo, limpio mis mejillas húmedas con la manga de mi chaqueta negra. Me arriesgo a lanzar una última mirada, aun sabiendo que será esa imagen la que perdurará en mi memoria.

Los pasos que doy hacia la salida son mecánicos, es como si estuviera

flotando y elevándome hacia el cielo. Lo primero que veo al cruzar la puerta es a

María. Vuelve a observarme con esa mirada cargada de dolor, pero esta vez no

duda. Se lanza hacia mí y me rodea con sus delgados brazos. De pronto, no solo

se unen nuestros corazones, también lo hacen nuestros sollozos. Lloro con fuerza, con rabia, con ganas.

Me duele el alma, mucho; tanto que no puedo soportarlo. De verdad no

puedo.

Epílogo

«Dios nunca te dará más de lo que puedas soportar»... El refrán que tantas veces he escuchado de los labios de mi madre se repite una y otra vez en mi cerebro. Si tengo que ser del todo sincera, siempre he tenido mis dudas respecto

a la existencia de ese llamado *Dios*. Por un lado, algo dentro de mí me empuja a creer; por otra parte, me niego a creer que alguien, o algo, que se supone que es

tan bueno se empeñe en llevarse a las personas que todavía no estaban

preparadas para finalizar su camino. A muchas de esas personas les quedaban demasiados años de vida por delante y, sin embargo, terminaron por marcharse

mucho antes de lo esperado, dejando a todos a su alrededor incapaces de superar

esa pérdida.

Pero, bueno, no es el momento ahora de entrar en debates religiosos ni de exponer mis ideas al respecto. La cuestión es que, de un modo u otro, es ese famoso refrán el que he utilizado (y utilizo) día tras día, como un mantra en el

que apoyarme. Lo cierto es que me ha ayudado, o eso creo. Estoy aquí, en medio

de mi habitación, mi respiración sigue funcionando y mi corazón continúa latiendo. Supongo que esa es la prueba más grande de que... Sí, aunque duela admitirlo, he podido soportar la carga que, quien sea que esté ahí arriba, quiso poner en mi camino.

En un acto casi mecánico, me dirijo al largo espejo que hay a un lado del dormitorio y me planto frente a él. Quizá lo que busco con este gesto es

encontrar a la mujer que un día fui, a la Irene de un tiempo atrás... Aunque sé de

antemano que la búsqueda no va a dar resultados, al menos no los que deseo.

En efecto, la imagen que me devuelve el espejo es, cuando menos,

impactante. En mi reflejo puedo ver a una mujer, sí, pero a una mujer perdida...

perdida y rota. Soy consciente de que no puedo, ni debo, dejarme arrastrar por la

pena. Y, no voy a mentir, la herida que habita dentro de mí ya no escuece como

antes. Todavía no ha cicatrizado del todo y dudo de que alguna vez pueda hacerlo, pero, por lo menos, ha dejado de sangrar...como lo hacía al principio.

El tiempo ha mitigado el dolor. Lo ha suavizado, lo ha vuelto un poco más...

soportable. Sin embargo, las huellas siguen presentes. Lo muestra mi rostro, marcado por unas hinchadas bolsas de color oscuro que cuelgan bajo mis ojos.

Mis ojos... me detengo un instante para observarlos. Si los cierro, casi puedo imaginar cómo lucían antes: risueños y llenos de vida. Ahora en cambio, cuando

los abro, solo reflejan cansancio; un cansancio extremo que a veces pienso que

va a acabar por derrumbarme.

Una mueca de desagrado se forma involuntariamente en mis labios. Ahora recuerdo por qué trato de no mirarme nunca en el espejo. No me gusta lo que veo en él, no me gusta lo que veo en mí; porque a veces pienso que no queda nada... y la nada me asusta. Me asusta casi tanto como el propio sufrimiento.

Caminando hacia atrás, vuelvo al mismo punto de la habitación en el que me encontraba. Esta vez, mi mirada vuela por todos los rincones de la estancia.
De

pronto, vuelvo a sentir la obligación de recordarme por qué estoy aquí,
aunque

no es difícil dar una respuesta. Todo se complicó aquella noche, eso ya lo sabemos, en el mismo segundo en el que decidí pulsar la tecla de respuesta en mi

móvil, aun sin saber todavía lo que eso iba a significar para mí.

Después, me vi perdida, pero no perdida sin más; perdida en todos los sentidos que la palabra difiere. Perdida de una forma tan devastadora que solo el

que lo ha pasado puede llegar a comprender. Recuerdo el último día, la hora de

decir el Adiós Definitivo, como si hubiese sido ayer. Afortunadamente, mi hermana Yanira y mi madre llegaron antes del entierro. Aún hoy doy gracias por

ello. Sin ellas, dudo mucho de haber podido soportar ese fatídico momento.

Aparecieron sin avisar; más tarde descubrí que habían sido informadas, tanto de la terrible noticia como de mi paradero, por mi querida Nelia, a la que también debo tanto. Su presencia fue para mí como un espejismo. Las imágenes

se me antojan ahora un tanto borrosas, como partes de una película en la que algunas escenas han sido cortadas. No obstante, hay algo que puedo recordar a la

perfección: mi madre, caminando con aire cansado hacia mí y llevándose las

manos a su rostro, en un vano intento de esconder su conmoción. Mi hermana,

siempre más impulsiva, corriendo hacia donde yo me encontraba parada, justo enfrente de la puerta del tanatorio. A continuación, su abrazo; un abrazo que, por unos segundos, lo envolvió todo. Y el intenso llanto en el que nos sumimos ambas.

No, ellas no lo conocían, la vida no me había proporcionado el tiempo suficiente para poder presentarles a esas dos mujeres tan importantes para mí, a

la tercera persona que movía mi mundo. Sin embargo, comprendieron y compartieron mi dolor, como si se tratase del suyo propio. Y, en cierta manera,

así lo siguen haciendo todavía.

Como ya he mencionado antes, todo se me dibuja ahora un tanto irreal respecto a ese momento; un momento que, supongo, muchos prefieren no guardar en su memoria y otros, en cambio, prefieren recrearse eternamente con

ese recuerdo. Me acuerdo del frío, de un frío horrible y casi inhumano que

recorría todas las partes de mi cuerpo. Me acuerdo de María, de su rostro contraído y su expresión desencajada. Me acuerdo de lo mucho que me afectó verla en ese estado. Lloró, pataleó y gritó hasta quedarse sin voz. Había más gente allí presente, más caras llenas de lágrimas y más voces rotas por la pena que, de una forma o de otra, todos compartíamos. Yo... no pude acercarme a ninguna de esas personas. No pude dar palabras de alivio ni dejar salir mis sentimientos. Sencillamente, no pude hacerlo. Me mantuve en una especie de trance durante todo el tiempo que duró el funeral. Cada segundo era una tortura.

Cada minuto, un paso más hacia el infierno. Pero guardé mi tormenta muy dentro. Ni siquiera pude llorar y, si en algún momento lo hice, no lo recuerdo.

Me acuerdo, por encima de todas las cosas, de la larga caja oscura que se fue adentrando, sin prisa pero sin pausa, en un hueco vacío y tenebroso, hasta terminar oculta por un mármol cualquiera. ¿Cómo olvidar? La caja que se llevó

mi felicidad, la caja que transportaba al dueño de esta misma dentro de ella. Fue

entonces cuando comprendí que no iba a volver a verlo, que no iba a poder disfrutar de nuevo de la calidez de su cuerpo ni de la paz que me proporcionaba

su compañía. De pronto, la realidad de la situación me golpeó con fuerza. Con

pasos vacilantes, logré llegar hasta donde se hallaban mi madre y mi hermana y,

entonces, me derrumbé; me derrumbé en sus brazos como nunca antes lo había

hecho. Allí, en ese preciso instante, rodeada por los dos pilares de mi vida, recibí el abrazo más reconfortante y, al mismo tiempo, más triste que he tenido jamás.

Después, todo mi alrededor se tornó oscuro. Todavía a día de hoy no sé cómo pudieron llevarme a casa, a su casa, en la que vivo desde entonces. No he vuelto

a pisar Logroño, ni siquiera para recoger mis pertenencias. Fueron Yanira y mi

madre, con la ayuda de Nelia, las que se encargaron de ese trabajo. No me cansaré de repetir que les estoy sinceramente agradecida por todo cuanto han

hecho por mí. Nelia viaja siempre que puede para visitarme. Cuando lo hace, mantenemos largas charlas, aunque más que charlas podrían llamarse

monólogos, pues la mayor parte del tiempo solo habla ella. Aun así, me agrada

mucho su compañía y me llena de dicha saber que forma parte de mi vida.

Incluso Javier se mostró preocupado por mi estado. A él también se lo

agradezco. Nos quisimos mucho en su debido momento, tal vez no lo suficiente,

pero lo hicimos y eso es otro recuerdo que mi corazón atesorará siempre en un

rincón. Su manera de expresarme sus condolencias fue en forma de texto:

« Lo siento. Me he enterado de lo que te ha sucedido y, de verdad, lo siento.

Sabes que te aprecio mucho y jamás te desearía ningún mal. Así que, enana, saca fuerzas (tú y yo sabemos que las tienes), y demuestra al mundo de qué estás

hecha. Sigue adelante, Irene, y, si algún día decides volver, sabes que cuentas conmigo para lo que sea. Un abrazo, Javi».

Me costó unos largos minutos asimilar esas palabras. Sabía que las había escrito con buena intención, con todo su cariño, pero creo que me costaba creer

que, aun después de todo, todavía le interesase mi bienestar. Releí varias veces

una parte exacta de ese mensaje: *« si algún día decides volver»*... ¡Qué difícil era solo pensarlo! ¡Qué duro el mero hecho de admitir que debía planear una nueva

vida! Porque eso es lo que nos toca a las personas que quedamos atrás:

luchar,

seguir o sobrevivir, como mejor podamos. Y solamente de nosotros depende cómo hacerlo.

Parece que ha pasado mucho tiempo desde aquellos días; desde aquella llamada que, sin lugar a dudas, cambió mi presente (y mi futuro) para siempre.

En realidad, han pasado cuatro meses. Pero, ¿qué significan unos meses cuando

lo has perdido todo? Un día, una semana, un mes, un año o un par de ellos...

incluso media vida no basta para curar un corazón que, involuntariamente, ha dejado de serlo. Y eso es lo que más me duele... que no fue por voluntad propia,

no fue una decisión premeditada el romper con todo cuanto amaba. No. La vida

me lo arrebató, la vida me lo arrebató de las manos justo cuando más lo necesitaba.

Estoy tan sumida en mis pensamientos que no percibo la puerta de mi cuarto al abrirse hasta que distingo la figura de Yanira a unos pocos pasos de mí. Lo que veo en su mirada me pone en alerta, y más todavía lo hacen sus palabras:

—Hay alguien que quiere verte.

Como respuesta, enarco las cejas en un gesto interrogante. No sé si quiero escucharla, aunque en el fondo llevo tiempo preparándome para esto.

—Es María. ¿Le digo que pase? Está en el salón con mamá. Ya sabes cómo

es, le ha ofrecido una taza de café y unas galletas. No sabíamos si decirle que no estabas o... No sé si tú quieres verla.

Pongo una mano en alto para impedir que siga hablando. No me pasa desapercibida la angustia en su voz ni tampoco el gesto preocupado con el que

me mira.

—Déjala pasar.

Dos palabras, solo dos palabras que consiguen que todo mi cuerpo comience a temblar; pero solo por dentro, no voy a permitir que mi hermana se preocupe

por mí más de lo que ya lo ha hecho.

—¿Estás segura? —me pregunta con sus ojos marrones clavados en los míos.

—Sí. Quiero verla. Necesito verla.

Yanira asiente sin mediar más palabras y sale de la habitación, no sin antes dirigirme una última mirada, supongo que sopesando si está actuando

correctamente o esto causará que caiga más hondo en la depresión en la que vivo

sumida. Para tratar de tranquilizarla, emito una sonrisa, pero creo que no llega a formarse del todo en mis labios.

Aprovechando los pocos segundos que me quedan a solas, me vuelvo a mirar

al espejo y paso las manos por mi cabello suelto, en un intento de dejarlo más presentable. Suspiro hondo. Ha llegado el momento. Tengo que enfrentarme a la

realidad, por mucho miedo que eso me dé. Permanezco de pie, incapaz de moverme, con el único sonido de mi respiración agitada. Así me encuentra María cuando entra al dormitorio. Hace ademán de acercarse a mí, pero algo

la

hace detenerse y se queda quieta, con los pies clavados en el suelo, así como su

mirada está clavada en la mía.

Una vez más, sobran las palabras entre nosotras. Dicen que los ojos son el espejo del alma, y yo leo la tristeza en los suyos; una tristeza que convive con ella, al igual que lo hace conmigo. Esta se filtra también a través de su voz, que rompe de pronto con el silencio que nos envolvía.

—Tenía muchas ganas de volver a verte.

Asiento. El nudo que tengo en la garganta me impide hablar. Esta es su manera de decirme que me ha echado de menos, que ha pensado en mí, a pesar

de su propio dolor y ¡maldita sea! Yo también la he extrañado muchísimo.

—Verte dolía demasiado —consigo decir al fin con un hilo de voz—. Sabía

que debía llamarte, que debía, por lo menos, contestar a tus llamadas. Tú has sido muy buena conmigo, apostaste por mí desde el principio, sin apenas conocerme. Y eso no voy a olvidarlo nunca...

Se me quiebra la voz al recordar momentos pasados; momentos en los que el

hombre que nos unió todavía estaba entre nosotras. María abre la boca con intención de decir algo, pero se lo impido adelantándome a ello.

—Déjame hablar, María. Por favor. Llevo tanto tiempo callando que no

puedo soportarlo ni un segundo más. Pensaba que no nombrarlo lo haría todo más fácil, que romper todos los lazos que me ataban a él volvería esto más llevadero. Me equivocaba. Lo sigo teniendo aquí. —Me llevo una mano al

corazón sin dejar de mirarla—. Tu hermano sigue conmigo y quiero que así siga

siendo siempre. Siento mucho no haber estado a tu lado cuando más necesitabas un hombro en el que apoyarte. He sido una completa egoísta, pensando

únicamente en la pena que cargaba yo. Sin pensar en la tuya, en la del pequeño

Dani o incluso en la de Tamara, que, al fin y al cabo, es la madre de ese angelito que ahora se ha quedado sin padre.

Hago una pausa. Necesito recobrar el aliento y las fuerzas para seguir hablando. Se me encoge el corazón al pensar en ese niño y en que Dani nunca podrá volver a verlo. Cuando me siento preparada para volver a hablar sin ponerme a llorar, prosigo:

—Quería verte, te lo prometo. ¿Sabes? Yo también te he necesitado. Pero tenía miedo...

No estoy mintiendo; desde que Dani se fue el miedo se ha convertido en mi más fiel compañero. Bueno, tal vez llevo conviviendo con él más tiempo y lo que sucede es que todavía no me había dado cuenta. Tal vez el miedo se instaló

en mí desde el mismo momento en que conocí a Dani, desde el primer mensaje,

la primera foto compartida, la primera llamada, el primer encuentro... Supe entonces que ya nada volvería a ser igual, que me estaba adentrando en un terreno peligroso del que, quizá, no iba a poder salir... por lo menos no intacta.

Pensamos que el miedo puede salvarnos, puede evitarnos el dolor y, sin embargo, la mayoría de las veces termina por convertirse en nuestro mayor enemigo.

—Yo también tengo miedo —confiesa María en un tono de voz ni demasiado alto ni demasiado bajo, pero que refleja todo el sufrimiento que lleva dentro.

De nuevo, asiento, moviendo sutilmente la cabeza de arriba hacia abajo. La miro fijamente. Me encuentro con su mirada y se la mantengo. Busco en esos ojos marrones la jovialidad que un día, que ahora me parece tan lejano, encontré

en ellos; pero ahora, lamentablemente, ya no queda rastro de esa mirada risueña... Ahora solo hay vacío, ahora solo veo oscuridad.

Entonces, un descubrimiento se abre paso sobre todo lo demás. Atrás dejo el dolor, el rechazo (hacia los demás y hacia mí misma) y, por supuesto, el mismo

miedo; no voy a permitir que esos sentimientos me priven de lo que la vida tiene

deparado para mí. Y mucho menos voy a ser injusta con alguien que no se merece este trato desconsiderado por mi parte.

Como empujada por una fuerza invisible, doy un paso al frente y, ante la atenta mirada de María, me lanzo a sus brazos. Ella me recibe, en principio, un

tanto indecisa. Permanece inmóvil, con los brazos estirados a ambos lados de su cuerpo, demasiado sorprendida quizá por mi reacción impulsiva. Sin embargo, no tarda en reaccionar. Tan necesitada como yo de este contacto, levanta sus brazos y rodea mi cuerpo, de la misma forma que lo estoy haciendo yo con ella.

Primero, me abraza con cautela, pero pronto el apretón con el que nos aferramos

la una a la otra se vuelve más intenso. Es ese abrazo el detonante de todo lo que

viene a continuación. Ya no puedo aguantar más, es demasiado para mí. Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos y fluyen por mi rostro sin apenas darme

cuenta. Enseguida el llanto de María se une al mío. Lloramos, temblamos, sufrimos... y todo eso lo hacemos sin separarnos un solo segundo. No sé cuánto

tiempo pasamos así, nos negamos a soltarnos.

En este preciso instante descubro que hay otro refrán que, si no existe, acabo de inventarlo yo misma: «Un abrazo tiene el poder curativo de sanar un alma rota». Y, en efecto, así es. En este momento, María y yo ya no somos solo dos

cuerpos unidos por el mismo dolor, ya no somos simplemente ella y yo... Ahora,

María y yo también somos él, somos Dani, somos parte de una historia revivida

en nuestras mentes e imborrable en nuestros corazones. Y duele, sí, claro que duele, ¿cómo no iba a hacerlo? Pero, al mismo tiempo, también alivia y vuelve

más ligera la pena. Porque las penas compartidas son menos penas y porque, en

realidad, nosotras somos, cada una para la otra, lo único que nos queda de esa persona tan especial con la que tuvimos la dicha de coincidir en esta vida.

Creo que si de nosotras hubiera dependido, hubiéramos vuelto eterno ese

abrazo. Pero, como ya se sabe, nada es eterno, y esta vez es Yanira la que interrumpe este momento tan mágico que se ha formado entre las cuatro paredes

de mi habitación.

—Perdón, ¿interrumpo? Es que mamá me ha mandado a deciros que tenéis la cena preparada, que si no se va a enfriar...

Me aparto de María con un movimiento rápido. Cuando lo hago, dirijo una rápida mirada a su rostro y compruebo lo que ya intuía. Su expresión es indescifrable, nadie diría que hace menos de unos segundos hubiésemos vivido

algo tan grande. No obstante, a mí no puede engañarme. Una lágrima surca por

su rostro y ella no se molesta en esconderla. Simplemente, se dedica a observarme, diciéndome sin palabras cosas que solamente yo puedo captar.

Me esfuerzo en apartar la mirada y la dirijo hacia mi hermana; la pobre está parada junto a la puerta y nos mira con gesto desconcertante, sin saber bien cómo actuar ante lo que han visto sus ojos.

—Gracias por avisar, Yani. Dile a mamá que ahora vamos.

Yanira suelta un suspiro aliviado.

—Vale, creo que no podía aguantar más su insistencia. ¡Me estaba poniendo la cabeza como un bombo!

Emito una sonrisa que, al parecer, tranquiliza a Yanira. Después, vuelvo a mirar a María:

—Te quedas, ¿verdad?

Por alguna razón, adivino cuál va a ser su respuesta antes de que la diga:

—No puedo. Muchas gracias por el ofrecimiento, de verdad, pero ya había hecho planes antes de venir. —Se disculpa mirándonos a ambas—. He venido con una amiga porque ella tiene familiares aquí y, ya que me acompañaba,

quería

aprovechar para verlos. Nos quedamos esta noche en su casa y mañana volvemos a Palma.

No respondo. Espero que no malinterprete mi silencio como un enfado por mi parte, es solo que soy consciente de que llega el momento de despedirnos y me causa angustia no saber cuándo volveremos a vernos.

—No te preocupes, lo entiendo y te agradezco mucho que hayas venido.

—Y yo a ti que me hayas recibido.

De pronto, se forma un momento incómodo entre nosotras. Supongo que, en el fondo, cada una estamos intentando aprender a gestionar las emociones que todo esto nos causa. Yanira se ofrece a acompañarla a la puerta de la entrada y

María acepta encantada, diciendo que así se despide de mi madre antes de irse.

Vuelvo a quedarme inmóvil en el mismo punto donde me había encontrado y, cuando está a punto de salir por la puerta, la ansiedad que había reprimido empieza a crecer con cada paso que ella da.

—¡María!

Tanto ella como Yanira se dan la vuelta, sorprendidas ante mi grito. Me interrogan con la mirada, pero yo solo me concentro en la de María. Sin acobardarme, echo de una patada a todos mis temores y le pregunto lo que tanto

quiero saber:

—¿Volverás?

—Sí. Vendré a verte siempre que pueda... y no dejaré de hacerlo nunca.

La determinación con la que me ha contestado me tranquiliza. Le dedico una sonrisa que, esta vez, sí sale del todo sincera de mis labios. Ella me la devuelve y, por primera vez en todo nuestro encuentro, me parece distinguir un brillo de

emoción en sus ojos.

Entonces sí, la dejo marchar, con la agradable sensación de que me he quitado un peso encima; ahora me siento más liviana.

Desde mi habitación, la oigo despedirse de mi madre. Sus voces llegan a mí y me hacen sentir algo que hace mucho que no sentía: felicidad. Soy feliz porque

las tengo a ellas y, ¿acaso hay algo más bonito que tener a personas que te quieren y a las que tú quieres de igual forma?

Voy hacia mi cama y me siento en el borde, de pronto extenuada de tantos sentimientos descargados. Aun así, no duro mucho tiempo en esa posición. Me

levanto y me acerco a la ventana. A través de los cristales observo la lluvia caer.

Me quedo pensando, en todo y en nada. Por mi cabeza pasan mil imágenes sucesivas, encadenadas unas con otras: María y yo en un coche casi idéntico al

mío de no ser por el color, María incitándome a bajar por unas escaleras que me

llevarían a mi mejor sueño, Dani y yo... conociéndonos, encontrándonos,

descubriéndonos. Una noche en esa misma playa, la playa en la que dejamos las

huellas de nuestro gran amor. Una despedida llena de lágrimas, un reencuentro...

Las lágrimas corren por mis mejillas casi al compás de las gotas de lluvia al caer en el exterior. Sin embargo, esta vez es distinto. Estas lágrimas no queman,

no desgarran, no me rompen por dentro; estas lágrimas son solo el principio de

mi curación. Son el primer paso a mi nueva vida, lo noto y por eso lloro; porque

me aterra y, al mismo tiempo, me esperanza lo que el futuro tenga preparado para mí.

Siento que no estoy sola sin necesidad de girarme para comprobarlo. La

presencia de mi madre y mi hermana se siente en la habitación. Desde mi espalda, me llega la reconfortante voz de mamá:

—Hija, ¿te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Estoy a punto de decirle que no, que no tiene de qué preocuparse, pero de pronto cambio de idea y me doy la vuelta para poder mirarlas.

—Sí, estoy bien. Y sí, necesito algo. Necesito salir a dar una vuelta.

Las dos me observan fijamente para después dedicarse miradas

interrogativas entre ellas. No me pasa por alto la preocupación que sienten, así que me apresuro en calmarlas.

—De verdad, estoy bien. Es solo que me apetece salir a dar un paseo.

—Está bien —acepta Yanira, siempre tan comprensiva—. ¿Quieres que te acompañe?

Niego con la cabeza, quizá con demasiada efusividad.

—No es necesario. Gracias, hermana, pero prefiero hacerlo sola. No tardaré, os lo prometo.

Aunque sé a ciencia cierta que no les hace gracia la idea de que salga a merodear por ahí sin compañía, no ponen pega alguna y aceptan sin rechistar.

Imagino que comprenden que, a veces, el mayor acto de ayuda hacia un ser querido es dejarle tomar sus propias decisiones. Y así lo hacen. Abandonan mi habitación al mismo tiempo, en silencio. Me apresuro a vestirme. No quiero perder ni un minuto de mi tiempo, pues acabo de darme cuenta de que el tiempo

es uno de los bienes más preciados que tenemos, y no tiene sentido

desperdiciarlo. Hace tanto que no me visto (mi atuendo diario han sido mis pijamas) que me cuesta un poquito decidir qué ponerme. Al final, opto por un conjunto de mayas negras y sudadera del mismo color con el cual me siento realmente cómoda. Frente al espejo, me arreglo el cabello recogéndolo en una coleta alta y, tras calzarme mis deportivas blancas, ya estoy lista para salir. Para salir a la vida, para enfrentarme a ella, con todas sus posibles consecuencias.

De repente, las paredes del piso me asfixian. Necesito respirar aire fresco, necesito comprobar que existe una vida más allá de la mía, más allá de estas paredes que me han mantenido en cautiverio (voluntario) durante los últimos meses. Decidida, me encamino hacia la puerta y no respiro tranquila hasta poner

un pie fuera de mi casa. Una vez en la calle, suelto un suspiro hondo. La satisfacción de haberlo conseguido me llena de ilusión, otra sensación que hacía

mucho que no experimentaba.

No tengo un destino fijado en mi mente, por lo que comienzo a andar sin un

rumbo fijo, con la única intención de perderme entre las calles que me rodean.

Tampoco quiero alejarme mucho, puesto que no conozco bien esta ciudad, pero

una voz dentro de mí me dice que estoy haciendo lo correcto, que siga, que estoy

cerca de encontrar las respuestas que con tanta desesperación he buscado y no he

podido hallar.

Camino sin rumbo no sé durante cuánto tiempo. En un momento dado, una

luz se enciende en mi cabeza y recuerdo que allí, a tan solo un par de calles, se

encuentra una de las tantas playas de Valencia. El frío de la noche me envuelve,

pero ni eso ni la lluvia que cae sobre mí van a impedir que siga adelante. Acelero

el paso hasta casi correr y no me detengo hasta llegar a la playa.

Una vez allí, me paro un momento para recobrar el aliento y, después, sigo

andando. No me acerco hasta el mar, que se agita nervioso en medio de esta oscuridad. Me limito a pasear por la arena, desde un punto donde puedo divisar

la orilla perfectamente pero sin necesidad de arriesgarme a que una de esas olas

me pille desprevenida. Con la mirada clavada en un punto lejano del horizonte,

me detengo. Y entonces, completamente empapada y con la respiración todavía

agitada, sonrío. Sí, sonrío. Y lo hago de verdad, con esa clase de sonrisas que solo pueden darse en los buenos momentos. Este, sin duda, es uno de ellos.

Porque hoy acabo de descubrir que no todo es tristeza, ni a veces la oscuridad es

eterna, aunque lo parezca. Porque una revelación se manifiesta ante mí y me cuenta que no todo está perdido. Así, en la negrura de la noche, con la única compañía de mis pensamientos, comprendo que debo abrir los ojos al mundo y

quitarme la capa que me estaba impidiendo vivir. ¡Voy a vivir! ¡Voy a hacerlo! Y

lo voy a hacer porque me lo merezco, porque las personas que me rodean se lo

merecen y porque Dani también se lo merecería. Él no habría soportado verme

mal, verme hundida, lo sé y esa certeza me encoge el corazón al mismo tiempo

que me lo agranda.

Dani me quería... y yo lo quería a él. Lo amé con los cinco sentidos, por encima de todo, por encima de mi pasado y de todo cuanto conocía hasta el momento. Y ese amor fue correspondido. No encuentro en el mundo mayor

dicha que esa.

Mi parte racional me pide deshacer mis pasos y regresar a casa, al calor de mi nuevo hogar. Sé que lleva razón y que es lo más sensato si no quiero pillarme

un buen resfriado. Aun así, me permito darme el lujo de disfrutar unos minutos

más de este paisaje y de la felicidad que, con tanto gusto, comienzo a saborear.

Ignoro si esa palabra es verdaderamente cierta, si acaso la felicidad puede darse con todas sus letras. Tampoco tengo mucho interés en averiguarlo. Lo único que me importa es que ahora la siento dentro de mí, en cada parte de mi cuerpo, en cada poro de mi piel, así como siento a Dani... y seguiré sintiéndolo

siempre. Porque él sigue conmigo, a pesar de todo, sigue presente en cada paso

que doy y en cada decisión que tomo. Y, ahora, la decisión que he tomado me llena de alegría. No voy a olvidarlo nunca, no voy a luchar contracorriente por

sacar este amor tan fuerte que vive en mi pecho, todo eso no tendría sentido.

Todo lo contrario, pensaré en él y lo recordaré siempre, pero lo haré mientras vivo. Porque la vida solo es una y hay que aprovecharla, porque esta no vuelve

para darnos una segunda oportunidad. Porque, ahora lo entiendo, soy una

persona afortunada. Porque allá, en la otra orilla, hay alguien que me está esperando. Y me esperará hasta que la vida, o la muerte, vuelva a juntarnos.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Su nombre es Patricia Alcantud Obregón, nacida un 21 de Marzo de 1989, en Logroño, La Rioja, donde actualmente reside con su marido y sus dos hijas.

Se define a sí misma como una aspirante a escritora. Descubrió su pasión por

la lectura desde muy joven, de la mano de autores como Enid Blyton, Michael Ende y muchos más. Desde entonces, los libros han pasado a formar una parte muy importante de su vida, tanto los que lee como los que ella misma escribe.

“Enséñame a Querer” fue su primer libro publicado, bajo el sello Editorial Multiverso, al que le sigue “Enséñame a Olvidar”, la segunda parte de la bilogía

“Enséñame”.

“Desde la otra orilla” es, por lo tanto, su tercera novela publicada, con la cual ha decidido lanzarse al interesante mundo de la autopublicación.

Actualmente, tiene otra novela terminada y su alocada imaginación ya está formando ideas para próximas historias, que espera y confía en que pronto vean

la luz.

Agradecimientos

Siempre me sucede lo mismo. La parte de los *agradecimientos* de cada libro que escribo siempre me parece una de las más complicadas. Esto es así porque,

afortunadamente, tengo muchas personas a las que, por una razón u otra, tengo

mucho que agradecer.

Son muchas las personas que han formado parte de mi vida; cada una ha tenido un papel fundamental en mi historia personal y, a todas ellas, les tengo guardado un rinconcito en mi corazón.

Empezando por la mujer que me dio la vida: mi madre, Encarna, a la que debo mucho más que eso. Ella, que ha sido y es una luchadora nata; que lee

mis

historias, me apoya y se emociona tanto o más que yo con mis logros. A ella, porque sé que puedo contar con su ayuda de forma incondicional y por haber soportado tanto como madre y como mujer, GRACIAS.

Mi hermana Yasmina, a la cual le deseo todo lo mejor del mundo; por ser la luz que iluminó mi camino, aun sin saberlo, durante mi infancia, GRACIAS.

Son tantas las personas a las que aprecio que nombrarlas a todas me daría casi para otra novela, pero aun así voy a intentar hacerlo. Pido disculpas si me

dejo alguna, cosa que espero que no suceda. Érica, Jéssica, Bea, Raquel, Marina,

Alba... gracias por aparecer en mi vida y por hacer esta mejor. Con cada una de

vosotras me une un lazo diferente, pero con todas he vivido momentos que perdurarán para siempre en mi memoria y, por todo ello, os quiero decir GRACIAS. ¡Os quiero, chicas!

Agradezco de todo corazón a mi corrector y amigo: Ger Getzen. He tenido una suerte inmensa al encontrarme contigo. Gracias a la comunidad literaria

“SttoryBox”, nos conocimos y, aunque ha sido solo virtualmente, confío en que

pronto podremos conocernos en persona. Por tu paciencia al resolver mis

infinitas dudas, porque me has ayudado desde el primer momento a dar lo mejor

de mí y a encontrar las palabras para conseguir que mis historias sean mejores;

por todo eso... GRACIAS.

No puedo dejar de nombrar a Esteff y Laura, dos chicas que, aun estando muy lejos de mí, han conseguido que la distancia no sea un impedimento a la hora de formar esta amistad. Chicas... gracias por estar ahí, escuchándome, ya no solo en lo literario, sino también en lo personal. Siento no estar tan pendiente de vosotras como me gustaría. ¡Ya sabéis que soy una despistada y que, a veces,

no logro sacar el tiempo necesario para todo! Sé que, algún día, nos daremos un

abrazo muy fuerte, de esos que salen en las películas, porque nos lo merecemos y porque tantas conversaciones mantenidas por Whattsap no pueden quedarse solo en eso.

Esteff... ¡sigue escribiendo! No te detengas, no te rindas nunca y lucha por tus sueños; sabes que me hará feliz que estos se cumplan.

Laura... ¿qué decirte? Que espero, de todo corazón, que consigamos nuestro propósito. Tú y yo sabemos cuál es y lo difícil que resulta para nosotras; pero, no lo olvides... ¡Somos fuertes, más de lo que a veces creemos!

Como siempre, quiero agradecer también a Gabriel, porque gracias a él he conocido el amor, el verdadero, el que lucha y se enfrenta a los problemas con

tal de que ese mismo amor siga a flote. ¡Gracias!

A ti, que tienes este libro en tus manos, bien sea en papel o en digital; que has decidido darle una oportunidad a esta historia... ¡MIL GRACIAS! Sin

vosotros, nada de esto sería posible.

Por último, quiero dedicar una parte de este apartado a todas esas personas que han pasado por algo similar a lo que esta historia cuenta, que se han visto obligadas a superar (o intentarlo) la pérdida de un ser querido. Porque... cuando

una persona importante para nosotros se va, no nos queda más remedio que seguir viviendo, con todo lo que eso conlleva. El vacío que se instala en nuestro

interior es demasiado profundo, pero hay que seguir adelante. Siempre,

SIEMPRE, hay que seguir adelante. Por todos vosotros y por vuestra fuerza, va

este libro. Y solo me queda decir que allá, en la otra orilla, esas personas que un día se marcharon nos están viendo y desean lo mejor para nosotros. ¡Por ellos

también, GRACIAS!